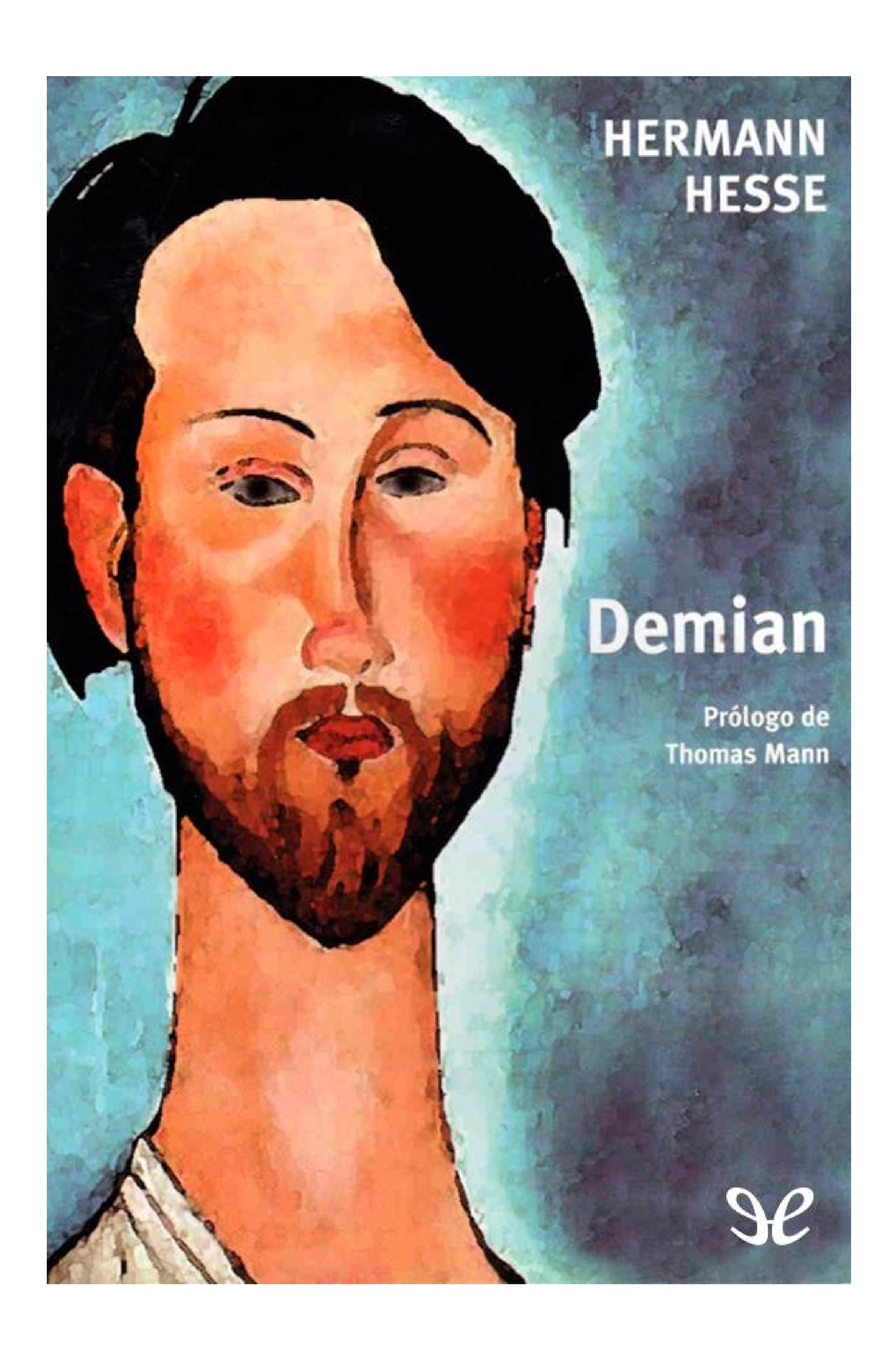

HERMANN
HESSE
Demian
Prólogo de
Thomas Mann

Demian es la historia de Emil Sinclair. La historia de un niño que ve, más allá de los algodones que envuelven su vida familiar, el otro mundo que le rodea: un mundo que teme pero a la vez le fascina. Es la historia de unos pasos tambaleantes por un agua que no es cristalina respirando un aire que no es puro. Es la historia de la duda entre la crisálida protectora de la infancia y el camino que conduce fuera de ella. Entre la facilidad de adaptarnos a nuestro entorno y la necesidad de adaptar el entorno a nosotros. Pero Demian es sobre todo la historia de la pregunta que nadie quiere contestar, del camino que nadie quiere recorrer. Demian es quien nos explica cómo sortear los obstáculos de ese camino, pero también quien rasga la fina capa de ignorancia que es nuestra crisálida y nos obliga a mirar entre las sombras que se forman alrededor de esos obstáculos antes de llevarnos a la luz. Demian es, en definitiva, la búsqueda de nuestro auténtico yo a través del rechazo de lo preestablecido.

Hermann Hesse

Demian

Historia de la juventud de Emil Sinclair

ePub r1.2

Horus 12.05.14

Título original: *Demian: Die Geschichte von Emil Sinclairs Jugend*

Hermann Hesse, 1919

Traducción: Genoveva Dieterich

Editor digital: Horus

Corrección de erratas: DiabloKhel, Jerome

ePub base r1.1

PRÓLOGO

Constituye para mí una gran alegría poder prologar esta edición del «Demian» de Herman Hesse, el vibrante poema en prosa de su edad madura, con una palabra de simpatía y una calurosa recomendación. Un volumen de pocas páginas, es verdad; pero los libros de escaso volumen son los que muchas veces desarrollan las dinámicas más intensas… pensemos en el «Werther» de Goethe, cuya repercusión en Alemania es ampliamente evocada por la del «Demian».

El sentimiento de Hesse respecto a la validez supraindividual de su creación debió haber sido muy intenso: de ello da testimonio la intencionada ambigüedad del subtítulo: «Historia de una juventud», que puede referirse tanto a un individuo como englobar a toda una generación de jóvenes. Prueba de ello es el hecho de que Hesse no quisiera publicar este relato bajo su verdadero nombre —ya conocido y muy difundido— sino que hizo imprimir en la portada el seudónimo «Sinclair» (nombre que proviene del círculo de Hölderlin) y ocultó cuidadosamente su paternidad por mucho tiempo. Yo le escribí entonces al editor, que también era el mío, preguntándole con insistencia acerca del llamativo del libro y de la identidad de «Sinclair». El fiel anciano mintió, diciéndome que había recibido el manuscrito de suiza a través de un intermediario. Sin embargo, la verdad fue imponiéndose poco a poco, gracias en parte a la crítica estilística y en parte también a la indiscreción. Pero sólo la décima edición apareció bajo el nombre de Hesse.

Hacia el final del libro, en 1914, Demian le dice a su amigo Sinclair: «Habrá guerra… á guerra… esto es sólo un comienzo, Sinclair. Será quizás una gran guerra, una guerra monstruosa. Pero, aún así, tampoco será más que un comienzo. Lo nuevo se inicia, y habrá de ser terrible para aquellos que permanezcan ligados a lo antiguo. ¿Qué harías tú?». La respuesta correcta sería: «Apoyar lo nuevo, sin renunciar a lo antiguo». Los mejores servidores de lo nuevo —entre los que Hesse es un ejemplo— son sin duda quienes conocen y aman lo antiguo, y lo traspasan a la dimensión de lo nuevo.

THOMAS MANN

Quería tan sólo intentar vivir lo que tendía a brotar
espontáneamente de mí.
¿Por qué había de serme tan difícil?

INTRODUCCIÓN

Para contar mi historia he de empezar muy atrás. Si me fuera posible, debería retroceder aún mucho más, hasta los primeros años de mi infancia, e incluso más allá en la lejanía de mi ascendencia.

Los poetas cuando escriben novelas, suelen hacer como si fuesen Dios mismo y pudieran abarcar con su mirada toda una historia humana, comprenderla y exponerla como si Dios mismo la relatase, sin velo ninguno, revelando en todo momento su más íntima esencia. Yo no puedo hacerlo así, como tampoco los poetas. Pero mi historia me es más importante y es la historia de un hombre —no la de un hombre inventado, posible o inexistente en cualquier otra forma, sino la de un hombre real, único y vivo—. Hoy se sabe menos que nunca lo que es eso, lo que es un hombre realmente vivo, y se lleva a morir bajo el fuego a millares de hombres, cada uno de los cuales es un ensayo único precioso de la Naturaleza. Si no fuéramos algo más que individuos aislados, si cada uno de nosotros pudiese realmente ser borrado por completo del Mundo por una bala de fusil, no tendría ya sentido alguno relatar historias. Pero cada uno de los hombres no es tan sólo él mismo; es también el punto único, particularísimo, importante siempre y singular, en el que se cruzan los fenómenos del Mundo, sólo una vez de aquel modo y nunca más. Así, la historia de cada hombre es esencial, eterna y divina, y cada hombre, mientras vive en alguna parte y cumple la voluntad de la Naturaleza, es algo maravilloso y digno de toda atención. En cada uno de los hombres se ha hecho forma el espíritu, en cada uno padece la criatura, en cada uno de ellos es crucificado un redentor.

Muy pocos saben hoy lo que es el hombre. Muchos lo sienten, y, por sentirlo, mueren más aliviados, como yo moriré más aliviado cuando termine de escribir esta historia.

No soy un hombre que sabe. He sido un hombre que busca y lo soy aún, pero no busco ya en las estrellas ni en los libros: comienzo a escuchar las enseñanzas que mi sangre murmura en mí. Mi historia no es agradable, no es suave y armoniosa como las historias inventadas; sabe a insensatez y a confusión, a locura y a ensueño, como la vida de todos los hombres que no quieren más mentirse a sí mismos.

La vida de todo hombre es un camino hacia sí mismo, la tentativa de un camino, la huella de un sendero. Ningún hombre ha sido nunca por completo él mismo; pero todos aspiran a llegar a serlo, oscuramente unos, más claramente otros, cada uno como puede. Todos llevan consigo, hasta el fin, viscosidades y cáscaras de huevo de un mundo primordial. Alguno no llega jamás a ser hombre, y sigue siendo rana, ardilla u hormiga. Otro es hombre de medio cuerpo arriba, y el resto, pez. Pero cada uno es un impulso de la Naturaleza hacia el

hombre. Todos tenemos orígenes comunes: las madres; todos nosotros venimos de la misma sima, pero cada uno —tentativa e impulso desde lo hondo— tiende a su propio fin. Podemos comprendernos unos a otros, pero sólo a sí mismo puede interpretarse cada uno.

1. LOS DOS MUNDOS

Comienzo mi historia como un acontecimiento de la época en que yo tenía diez años e iba al Instituto de letras de nuestra pequeña ciudad.

Muchas cosas conservan aún su perfume y me conmueven en lo más profundo con pena y dulce nostalgia: callejas oscuras y claras, casas y torres, campanadas de reloj y rostros humanos, habitaciones llenas de acogedor y cálido bienestar, habitaciones llenas de misterio y profundo miedo a los fantasmas. Olores a cálida intimidad, a conejos y a criadas, a remedios caseros y a fruta seca. Dos mundos se confundían allí: de dos polos opuestos surgían el día y la noche.

Un mundo lo constituía la casa paterna; más estrictamente, se reducía a mis padres. Este mundo me resultaba muy familiar: se llamaba padre y madre, amor y severidad, ejemplo y colegio. A este mundo pertenecían un tenue esplendor, claridad y limpieza; en él habitaban las palabras suaves y amables, las manos lavadas, los vestidos limpios y las buenas costumbres. Allí se cantaba el coral por las mañanas y se celebraba la Navidad. En este mundo existían las líneas rectas y los caminos que conducen al futuro, el deber y la culpa, los remordimientos y la confesión, el perdón y los buenos propósitos, el amor y el respeto, la Biblia y la sabiduría. Había que mantenerse dentro de este mundo para que la vida fuera clara, limpia, bella y ordenada.

El otro mundo, sin embargo, comenzaba en medio de nuestra propia casa y era totalmente diferente: olía de otra manera, hablaba de otra manera, prometía y exigía otras cosas. En este segundo mundo existían criadas y aprendices, historias de aparecidos y rumores escandalosos; todo un torrente multicolor de cosas terribles, atrayentes y enigmáticas, como el matadero y la cárcel, borrachos y mujeres chillonas, vacas parturientas y caballos desplomados; historias de robos, asesinatos y suicidios. Todas estas cosas hermosas y terribles, salvajes y crueles, nos rodeaban; en la próxima calleja, en la próxima casa, los guardias y los vagabundos merodeaban, los borrachos pegaban a las mujeres; al anochecer las chicas salían en racimos de las fábricas, las viejas podían embrujarle a uno y ponerle enfermo; los ladrones se escondían en el bosque cercano, los incendiarios caían en manos de los guardias. Por todas partes brotaba y pululaba aquel mundo violento; por todas partes, excepto en nuestras habitaciones, donde estaban mi padre y mi madre. Y estaba bien que así fuera. Era maravilloso que entre nosotros reinara la paz, el orden y la tranquilidad, el sentido del deber y la conciencia limpia, el perdón y el amor; y también era maravilloso que existiera todo lo demás, lo estridente y ruidoso, oscuro y brutal, de lo que se podía huir en un instante, buscando refugio en el regazo de la madre.

Y lo más extraño era cómo lindaban estos dos mundos, y lo cerca que estaban el uno del otro. Por ejemplo, nuestra criada Lina, cuando por la noche rezaba en el cuarto de estar con la familia y cantaba con su voz clara, sentada junto a la puerta, con las manos bien lavadas sobre el delantal bien planchado, pertenecía enteramente al mundo de mis padres, a nosotros, a lo que era claro y recto. Pero después, en la cocina o en la leñera, cuando me contaba el cuento del hombrecillo sin cabeza o cuando discutía con las vecinas en la carnicería, era otra distinta: pertenecía al otro mundo y estaba rodeada de misterio. Y así sucedía con todo; y más que nada conmigo mismo. Sí, yo pertenecía al mundo claro y recto, era el hijo de mis padres; pero adondequiera que dirigiera la vista y el oído, siempre estaba allí lo otro, y también yo vivía en ese otro mundo aunque me resultara a menudo extraño y siniestro, aunque allí me asaltaran regularmente los remordimientos y el miedo. De vez en cuando prefería vivir en el mundo prohibido, y muchas veces la vuelta a la claridad, aunque fuera muy necesaria y buena, me parecía una vuelta a algo menos hermoso, más aburrido y vacío. A veces sabía yo que mi meta en la vida era llegar a ser como mis padres, tan claro y limpio, superior y ordenado como ellos; pero el camino era largo, y para llegar a la meta había que ir al colegio y estudiar, sufrir pruebas y exámenes; y el camino iba siempre bordeando el otro mundo más oscuro, a veces lo atravesaba y no era del todo imposible quedarse y hundirse en él. Había historias de hijos perdidos a quienes esto había sucedido, y yo las leía con verdadera pasión. El retorno al hogar paterno y al bien era siempre redentor y grandioso, y yo sentía que aquello era lo único bueno y deseable; pero la parte de la historia que se desarrollaba entre los malos y los perdidos siempre resultaba más atractiva y, si se hubiera podido decir o confesar, daba casi pena que el hijo pródigo se arrepintiese y volviera. Pero aquello no se decía y ni siquiera se pensaba; existía solamente como presentimiento y posibilidad, muy dentro de la conciencia. Cuando imaginaba al diablo, podía representármelo muy bien en la calle, disfrazado o al descubierto, en el mercado o en una taberna, pero nunca en nuestra casa.

Mis hermanas pertenecían también al mundo claro. Estaban, así me parecía a mí, más cerca de nuestros padres; eran mejores, más modosas y con menos defectos que yo. Tenían imperfecciones y faltas, pero a mí me parecía que no eran defectos profundos; no les pasaba como a mí, que estaba más cerca del mundo oscuro y sentía, agobiante y doloroso, el contacto con el mal. A las hermanas había que respetarlas y cuidarlas como a los padres; y cuando se había reñido con ellas se consideraba uno, ante la propia conciencia, malo, culpable y obligado a pedir perdón. Porque en las hermanas se ofendía a los padres, a la bondad y a la autoridad. Había misterios que yo podía compartir mejor con el más golfo de la calle que con mis hermanas. En días buenos, cuando todo era radiante y la conciencia estaba tranquila, era delicioso jugar con las hermanas, ser bueno y modoso con ellas y verse a sí

mismo con un aura bondadosa y noble. ¡Así debía sentirse uno siendo ángel! Era la suma perfección que conocíamos; y creíamos que debía ser dulce y maravilloso ser ángel, rodeado de melodías suaves y aromas deliciosos como la Navidad y la felicidad. ¡Y qué pocas veces seguíamos aquellos momentos y aquellos días! En los juegos —juegos buenos, inofensivos, permitidos— yo era de una violencia apasionada, que acababa por hartar a mis hermanas y nos llevaba a la riña y al desastre; y cuando me dominaba la ira, me convertía en un ser terrible que hacia y decía cosas cuya maldad sentía profunda y ardientemente mientras las hacía y decía. Luego venían las horas espantosas y negras del arrepentimiento y la contrición, el momento doloroso de pedir perdón hasta que surgía un rayo de luz, una felicidad tranquila y agradecida, sin disensión, que duraba horas o instantes.

Yo iba al Instituto de letras. El hijo del alcalde y el del guardabosques mayor eran compañeros míos de clase y a veces venían a mi casa; eran chicos salvajes pero que pertenecían al mundo bueno y permitido. A pesar de ello, mantenía amistad estrecha con chicos vecinos, alumnos de la escuela de primera enseñanza a quienes generalmente despreciábamos. Con uno de ellos he de empezar mi relato.

Una tarde en que no teníamos clase —andaba yo por los diez años — vagaba con dos chicos de esta vecindad cuando se nos unió un chico mayor, más fuerte y brutal que nosotros, de unos 13 años, alumno de la escuela e hijo de un sastre. Su padre era un bebedor crónico y toda la familia tenía mala fama. Yo conocía bien a Franz Kromer; le tenía miedo y no me gustó que se uniera a nosotros. Tenía ya modales de hombre e imitaba los andares y la manera de hablar de los jóvenes obreros de las fábricas. Bajo su mando descendimos a la orilla del río, junto al puente, y nos ocultamos a los ojos del mundo bajo el primer arco. La estrecha orilla entre la pared arqueada del puente y el agua, que fluía lentamente, estaba cubierta de escombros, cacharros rotos y trastos, ovillos enredados de alambre oxidado y otras basuras. Allí se encontraban de vez en cuando cosas aprovechables; bajo la dirección de Franz Kromer nos pusimos a registrar el terreno para traerle lo que encontrábamos. Franz Kromer se lo guardaba o lo tiraba al agua. Nos llamaba la atención sobre objetos de plomo o zinc, y luego se lo guardaba todo, hasta un viejo peine de concha. Yo me sentía muy cohibido en su compañía; y no porque supiera que mi padre me prohibiría tratarme con él si se enteraba, sino por miedo a Franz mismo. Sin embargo, estaba contento de que me aceptara y me tratara como a los demás. Franz daba las órdenes y nosotros obedecíamos como si aquello fuera una vieja costumbre, aunque en verdad era la primera vez que estaba con él.

Por fin nos sentamos en el suelo. Franz escupía al agua, haciéndose el hombre; escupía por el colmillo y daba siempre en el blanco. Se inició una conversación y los chicos empezaron a

fanfarronear de sus hazañas escolares y sus travesuras. Yo me callaba, pero temía llamar la atención con mi silencio y despertar la ira de Kromer. Desde un principio mis dos compañeros se habían apartado de mí y unido a él. Yo era un extraño entre ellos y sentía que mis vestidos y mi manera de comportarme les provocaban. Era imposible que Franz me aceptara a mí, niño bien y alumno del Instituto; los otros dos chicos —yo me daba cuenta— renegarían de mí en el momento decisivo y me dejarían en la estacada.

Por fin, de puro miedo que tenía, empecé también a contar. Me inventé una historia de ladrones y me adjudiqué el papel de héroe principal. Les conté que en un huerto cerca del molino había robado por la noche, con la ayuda de un amigo, un saco de manzanas; pero no de manzanas corrientes sino de reinetas y verdes doncellas de las más finas. Huyendo de los peligros del momento me refugié en aquella historia, ya que inventar y narrar me resultaba fácil. Tiré de todos los registros con tal de no terminar en seguida y quizás enredarme en cosas peores. Uno de nosotros, seguí contando, tenía que hacer de guardia mientras el otro, subido en el árbol, tiraba las manzanas. El saco pesaba tanto que al final tuvimos que abrirlo y dejar allí la mitad del contenido; pero al cabo de media hora volvimos por el resto.

Al terminar mi relato esperé algún aplauso; al fin y al cabo, había entrado en calor dejándome arrastrar por la fantasía. Sin embargo, los dos chicos más pequeños se quedaron callados, a la expectativa, y Franz Kromer, observándome con ojos escrutadores, me preguntó en tono amenazador:

—¿Eso es verdad?

—Sí —contesté.

—¿De veras?

—Sí, de veras —aseguré, mientras el miedo me ahogaba.

—¿Lo puedes jurar?

Me asusté mucho, pero dije en seguida que sí.

—Entonces di: lo juro por Dios y mi salvación eterna.

Yo repetí:

—Por Dios y mi salvación eterna.

—Bien —dijo, y se apartó de mí.

Yo pensé que con esto me dejaría en paz; y me alegré cuando se levantó, poco después, y propuso regresar. Al llegar al puente dije tímidamente que tenía que irme a casa.

—No correrá tanta prisa —rió Franz—, llevamos el mismo camino.

Franz seguía caminando lentamente y yo no me atreví a escaparme, porque en verdad íbamos hacia mi casa. Cuando llegamos y vi la puerta con su grueso picaporte dorado, la luz del sol sobre las ventanas y las cortinas del cuarto de mi madre, respiré aliviado. La vuelta a casa. ¡Venturoso regreso a casa, a la luz, a la paz!

Abrí rápidamente la puerta, dispuesto a cerrarla detrás de mí, pero Franz Kromer se interpuso y entró conmigo. En el zaguán fresco y

oscuro, que recibía sólo un poco de luz del patio, se acercó a mí y, cogiéndome del brazo, dijo:

—Oye, no tengas tanta prisa.

Le miré asustado. Su mano atenazaba mi brazo con una fuerza de hierro. Me pregunté qué se propondría y si quizá me quería pegar. Si yo gritara ahora, pensé, si gritara fuerte, ¿bajaría alguien tan de prisa como para salvarme? Pero no lo hice.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué quieres?

—Nada especial. Quería preguntarte algo. Los otros no necesitan enterarse.

—¡Ah, bueno! ¿Qué quieres que te diga? Tengo que subir.

—Tú sabes a quién pertenece el huerto junto al molino, ¿verdad? —dijo Franz muy bajo.

—No lo sé. Creo que al molinero.

Franz me había rodeado con el brazo y me atrajo a sí de tal manera que tenía que mirarle a la cara muy de cerca. Sus ojos tenían un brillo maligno, sonreía torvamente y su rostro irradiaba crueldad y poder.

—Oye, pequeño, te diré de quién es el huerto. Hace tiempo que sé lo del robo de las manzanas y que el propietario ha prometido dos marcos al que le diga quién robó la fruta.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¿Pero no irás a decírselo?

Me di cuenta de que no serviría de nada apelar a su sentido del honor. Pertenecía al «otro» mundo; para él la traición no era un crimen. Lo sabía perfectamente. En estas cosas la gente del «otro» mundo no era como nosotros.

—¿No decir nada? —rió Kromer—. Amigo, ¿crees que falsifico monedas y que puedo fabricar dos marcos cuando quiera? Soy bastante pobre, no tengo un padre rico como tú; y si puedo ganarme dos marcos aprovecho la ocasión. Quizá me dé aún más.

Me soltó de pronto. Nuestro zaguán no olía ya a paz y a seguridad. El mundo se desmoronó a mi alrededor. Me denunciaría; yo era un delincuente. Se lo dirían a mi padre y quizá vendría hasta la policía a casa. Me amenazaban todos los horrores del caos; todo lo feo y todo lo peligroso se alzaba contra mí. Que en realidad yo no hubiera robado, carecía de importancia. Y además había jurado. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Me brotaron las lágrimas. Se me ocurrió que podría pagarle mi rescate y busqué desesperadamente en mis bolsillos. Ni una manzana, ni una navaja: no tenía nada. Entonces me acordé de mi reloj, un viejo reloj de plata que no funcionaba y que yo llevaba por llevar. Había pertenecido a nuestra abuela. Lo saqué rápidamente.

—Kromer —dije—, escucha, no me denuncies, no estaría bien. Toma, te regalo mi reloj, no tengo otra cosa. Te lo puedes quedar. Es de plata, y la maquinaria es buena; tiene sólo un pequeño fallo, pero se puede arreglar.

Kromer sonrió y tomó el reloj con su manaza. Miré aquella mano y me di cuenta de lo brutal y hostil que me era, de cómo amenazaba mi vida y mi paz.

—Es de plata —dije tímidamente.

—Me importa tres pitos tu plata y tu reloj —dijo con profundo desprecio—. Arréglalo tú.

—¡Pero, Franz! —grité, temblando y temiendo que se fuera—. ¡Espera, toma el reloj! ¡Es de plata, de verdad, y no tengo otra cosa!

Me miró fría y despectivamente.

—Bueno, ya sabes dónde voy a ir. O también se lo puedo decir a la policía. Conozco bien al sargento.

Se volvió para salir y yo le retuve por la manga. Aquello no podía suceder. Hubiera preferido antes morir que tener que soportar todo lo que pasaría si él se iba.

—Franz —imploré ronco de excitación—, ¡no hagas tonterías! Es sólo una broma, ¿no?

—Sí, una broma; pero puede salirte muy cara.

—Dime lo que tengo que hacer, Franz. Haré lo que sea.

Me miró de arriba abajo guiñando los ojos y volvió a reírse.

—¡No seas tonto! —dijo con falsa amabilidad—. Tú sabes tan bien como yo de qué se trata. Puedo ganarme dos marcos, y yo no soy un rico como tú para tirarlos. Tú lo sabes. Eres rico, tienes hasta un reloj. No necesitas más que darme esos dos marcos, y todo irá sobre ruedas.

Ahora comprendí la lógica. Pero ¡dos marcos! Para mí era tanto y tan imposible como diez, cien o mil marcos. Yo no disponía de dinero. Tenía una hucha, que estaba en el cuarto de mi madre, en la que había algunas monedas, de las visitas de los tíos y de otras ocasiones parecidas. Aparte de esto, no tenía nada. Por entonces no me daban aún dinero para mis gastos.

—No tengo nada —dije tristemente—. No tengo dinero. Pero te daré todo lo que tengo un libro de indios, y soldados, y una brújula. Ahora te los bajo.

Kromer sólo torció su boca agresiva y peligrosa y escupió en el suelo.

—No digas estupideces —dijo en tono imperativo—. Puedes guardarte todas tus porquerías. ¡Una brújula! Mira, no hagas que me enfade y dame el dinero.

—¡Pero si no tengo! No me dan nada. ¡No tengo la culpa!

—Bueno, tú tráeme mañana los dos marcos. Te espero después del colegio en el mercado. Asunto terminado. Si no me traes el dinero, ¡prepárate!

—¿Pero de dónde voy a sacarlo? ¡Por Dios, si no lo tengo!

—En tu casa hay dinero de sobra. Arréglatelas como puedas; así que mañana después del colegio. Y te aseguro que si no me lo traes…

Me lanzó una mirada terrible, escupió otra vez y desapareció como una sombra.

No podía subir a casa. Mi vida estaba destrozada. Pensé escaparme para no volver más o tirarme al río; pero no eran ideas claras. Me senté a oscuras en el último peldaño de la escalera, me hice un ovillo y me entregué a mi desgracia. Allí me encontró llorando Lina, cuando bajó a coger leña con una cesta.

Le pedí que no dijera nada y subí. En el perchero, junto a la puerta de cristal, colgaban el sombrero de mi padre y la sombrilla de mi madre; el hogar y la ternura me salían al encuentro en aquellos objetos, y mi corazón les saludó agradecido y suplicante, como el hijo pródigo a las viejas estancias de la casa paterna. Pero todo aquello ya no me pertenecía; era el mundo claro de los padres y yo me había hundido profunda y culpablemente en el torrente desconocido. Me había enredado en la aventura y el pecado, me amenazaba el enemigo, y me esperaban peligros, miedo y vergüenza. El sombrero y la sombrilla, el viejo suelo de ladrillo, el gran cuadro sobre el armario del pasillo, y desde el cuarto de estar la voz de mis hermanas mayores: todo aquello me resultaba más querido, más delicado y valioso que nunca, pero ya no era un consuelo y un bien seguro, sino un vivo reproche. Esto ya no era mío; yo no podía participar más de su alegría y tranquilidad. Llevaba en las botas barro que no podía limpiar en el felpudo, y traía conmigo sombras de las que el mundo del hogar nada sabía. Cuantos secretos y temores había yo tenido, habían sido un juego y una broma comparado con lo que traía hoy a estas habitaciones. El destino me perseguía; hacia mí se tendían unas manos de las que mi madre no podía protegerme y de las que nada debía saber. Que mi delito fuera hurto o mentira —¿no había jurado por Dios y mi salvación?— importaba poco. Mi pecado no era esto o aquello; mi pecado era haber dado la mano al diablo. ¿Por qué había ido con ellos? ¿Por qué había obedecido a Kromer en vez de a mi padre? ¿Por qué había inventado la historia del robo? ¿Por qué me había vanagloriado de un delito como si se tratara de una hazaña? Ahora el diablo me tenía agarrado por la mano; ahora el enemigo me perseguía.

Por un momento no sentí miedo por el día siguiente sino la terrible certidumbre de que mi camino iba cuesta abajo, hacia las tinieblas. Sentía claramente que a mi delito seguirían forzosamente otros, que mi presencia ante mis hermanas, mi saludo y mis besos a mis padres eran mentira porque yo llevaba en mí un destino y un secreto que escondía ante ellos.

Durante un instante tuve un destello de confianza y esperanza al ver el sombrero de mi padre. Podía decirle todo y aceptar su sentencia y su castigo; podía hacerle mi confidente y mi salvador. Esto sólo significaría una penitencia, como lo había hecho muchas veces, una hora difícil y amarga, un pedir perdón arrepentido y contrito.

¡Qué dulce me parecía aquello! ¡Cómo deseaba hacerlo! Pero era imposible. Sabía que no lo haría. Sabía que ahora guardaba un secreto, una culpa que tenía que llevar yo solo. Quizá me encontraba ahora en

un momento crucial; quizás iba a pertenecer desde ahora al mundo de los malos, a compartir secretos con los malvados, a depender de ellos, a obedecerles y a convertirme en uno de ellos. Había jugado a ser hombre y héroe y ahora tenía que soportar las consecuencias.

Me gustó que, al entrar, mi padre se fijara en mis zapatos mojados. Aquello distraería su atención; así no se daría cuenta de lo peor y yo podía cargar con una reprimenda que en secreto trasladaba a la otra culpa. Al mismo tiempo surgió en mí un extraño y nuevo sentimiento lleno de espinas. ¡Me sentía superior a mi padre! Sentí durante un momento cierto desprecio por su ignorancia; su reprensión por las botas mojadas me parecía mezquina. «¡Si tú supieras!», pensaba yo como un criminal al que interrogan por un panecillo robado, mientras él tiene asesinatos sobre su conciencia. Era un sentimiento feo y repulsivo pero muy fuerte y con un profundo encanto y que me encadenaba con fuerza a mi secreto y a mi culpa. Quizá, pensaba yo, Kromer ha ido ya a la policía y me ha denunciado; los nubarrones empiezan a amontonarse sobre mi cabeza y aquí me tratan como a un chiquillo.

De toda esta vivencia, de cuanto va relatado hasta aquí, constituyó este momento lo más importante y perdurable. Fue el primer resquebrajamiento de la divinidad del padre, el primer golpe a los pilares sobre los que había descansado mi niñez y que todo hombre tiene que destruir para poder ser él mismo. Estos acontecimientos, que nadie ve, forman la línea interior y esencial de nuestro destino. El desgarrón cicatriza y se olvida, pero en el interior del ser continúa existiendo y sangrando. A mí mismo me dio en seguida miedo del nuevo sentimiento, y me hubiera tirado al suelo para besar a mi padre los pies y pedirle perdón. Pero no se puede pedir perdón por algo esencial; y eso lo siente y sabe un niño tan profundamente como un sabio.

Tenía necesidad de pensar sobre este asunto y trazar caminos para el día siguiente; pero no pude hacerlo. Me pasé toda la tarde intentando acostumbrarme al ambiente transformado que reinaba en nuestro cuarto de estar. El reloj y la mesa, la Biblia y el espejo, la librería y los cuadros se despedían de mí; con el corazón helado, me veía obligado a contemplar cómo mi mundo y mi vida feliz y buena se transformaban en pasado y se desligaban de mí. Me veía sujeto por nuevas y absorbentes raíces al mundo extraño y tenebroso. Descubrí el gusto de la muerte; y la muerte sabe amarga porque es nacimiento, porque es miedo e incertidumbre ante una aterradora renovación.

Por fin, llegó la hora de acostarme. Pero antes, como último purgatorio, tuve que aguantar las oraciones de la noche, en las que se cantó una de mis oraciones preferidas. Yo no canté; cada tono era como hiel y veneno para mí. Tampoco recé con ellos; y cuando mi padre pronunció la acción de gracias y terminó con las palabras:

«Tu espíritu esté con nosotros», un impulso me apartó de su comunidad. La gracia de Dios estaba con todos ellos pero no conmigo.

Me fui a mi cuarto aterido y profundamente cansado.

En la cama, después de un rato, cuando el calor y la seguridad me envolvían cariñosamente, mi corazón volvió otra vez a la angustia, revoloteando temeroso en torno a lo que había pasado. Mi madre acababa de darme las buenas noches, como siempre; sus pasos aún resonaban en la habitación y el resplandor de su vela aún refulgía en la puerta entreabierta. «Ahora —pensé—, ahora vendrá otra vez. Se ha dado cuenta de todo. Me dará un beso, me preguntará con bondad y comprensión y entonces podré llorar. Se me derretirá el hielo que tengo en la garganta, la abrazaré y se lo diré todo. Entonces, todo volverá a la normalidad. ¡Será la salvación!». Cuando la rendija de la puerta volvió a quedar a oscuras, estuve un rato escuchando, convencido de que tenía que suceder así por fuerza.

Luego volví a mis penas y me enfrenté con mi enemigo. Le veía claramente. Tenía guiñado un ojo, su boca reía brutalmente y, mientras yo le miraba, seguro de que no podía escapar, él crecía y se hacía cada vez más horrible y sus ojos malvados lanzaban destellos diabólicos. Estuvo junto a mí hasta que me dormí; y entonces no soñé con él ni con las cosas de aquel día sino que mis padres, mis hermanas y yo íbamos en una barca y nos rodeaba la paz y la luz de un día de vacaciones. En medio de la noche me desperté, con el sabor de la felicidad aún en la boca; todavía veía brillar los trajes blancos de mis hermanas bajo el sol. Pero me precipité desde aquel paraíso a la realidad y de nuevo me encontré, cara a cara, con el enemigo de los ojos malvados.

Por la mañana, cuando mi madre entró presurosa diciendo que era tarde y preguntándome por qué estaba aún en la cama, tenía yo muy mala cara. Al preguntarme si me pasaba algo, vomité.

Parecía que con aquello ganaba algo. Me gustaba estar un poco enfermo y pasarme una mañana entera en la cama, tomando manzanilla y escuchando cómo mi madre arreglaba el cuarto de al lado y Lina recibía al carnicero en el pasillo. Una mañana sin colegio era algo maravilloso y legendario. El sol jugueteaba en la habitación, pero no era el mismo sol contra el que se bajaban las cortinas verdes en el colegio. Sin embargo, todo aquello no tenía hoy el sabor de otras veces y me sonaba a falso.

¡Ojalá me hubiera muerto! Pero sólo me sentía un poco mal, como muchas veces me había sentido, y con eso no se arreglaba nada. Sí; me salvaba del colegio, pero no me salvaba de Kromer, que me esperaría a las once en el mercado. El cariño de mi madre no me consolaba; me molestaba y me dolía. Me hice el dormido y me puse a pensar. No había salida: a las once tenía que estar en el mercado. A las diez me levanté y dije que estaba mejor. Me contestaron, como siempre en estos casos, que me volviera a la cama y que si no tendría que ir al colegio por la tarde. Dije que iría de buena gana al colegio. Ya tenía trazado un plan.

Sin dinero no podía presentarme a Kromer. Tenía que hacerme con la hucha, que al fin y al cabo me pertenecía. No contenía dinero

suficiente, eso ya lo sabía; pero algo era, y un presentimiento me decía que mejor era eso que nada y que así Kromer se apaciguaría.

Tuve una sensación malísima al entrar en calcetines en el cuarto de mi madre para sacar la hucha de su escritorio. Pero no era una sensación tan insoportable como la de ayer. Los latidos del corazón casi me ahogaban, y no me fue mejor cuando descubrí en el zaguán que la hucha estaba cerrada. Era fácil abrirla: sólo había que romper una fina rejilla de hojalata; pero me dolió hacerlo porque con ese acto había cometido realmente un robo. Hasta ahora sólo había goloseado terrones de azúcar y fruta. Esto, sin embargo, era robar, aunque fuera mi dinero. Me di cuenta de que había dado un paso más hacia Kromer y su mundo, de que iba poco a poco cuesta abajo, pero me obstiné en ello. ¡Al diablo todo! Ahora no podía volverme atrás. Conté el dinero con miedo. En la hucha hacía mucho ruido, pero ahora en la mano era una miseria: 65 céntimos. Escondí la hucha bajo la escalera y con el dinero en la mano salí de la casa, con una sensación totalmente nueva… Arriba alguien me llamaba, o eso me pareció; eché a andar de prisa.

Aún tenía mucho tiempo por delante y fui dando rodeos por las callejas de una ciudad transformada, bajo nubes nunca vistas, ante edificios que me observaban y entre personas que sospechaban de mí. En el camino me acordé de que un compañero mío había encontrado un día un táler en el mercado de ganado. De buena gana hubiera rezado para que Dios hiciera un milagro y me permitiera un descubrimiento así. Pero yo no tenía derecho a rezar. Además, eso no hubiera arreglado la hucha rota.

Franz Kromer me vio venir de lejos, pero se acercó lentamente y como si no me viera. Cuando llegó a mí me hizo un gesto para que le siguiera, bajó por la Strohgasse, cruzó el puente y siguió caminando hasta que se detuvo cerca de un edificio en construcción, ya en las afueras. Nadie estaba trabajando en la obra; los muros se levantaban desnudos, sin ventanas ni puertas. Kromer echó un vistazo a su alrededor y entró por una puerta. Yo le seguí. Se paró detrás de un muro, me llamó y tendió la mano.

—¿Qué, lo traes? —preguntó fríamente.

Saqué el puño del bolsillo y dejé caer mi dinero en la palma de su mano. Antes de que hubiera caído la última moneda, ya lo había contado.

—Son sesenta y cinco céntimos —dijo, y me miró.

—Sí —contesté tímidamente—. Es todo lo que tengo; no es bastante, ya lo sé. Pero es todo. No tengo más.

—Te creía más listo —me replicó casi con bondad—. Entre hombres de honor tiene que haber orden. No quiero aceptar nada de ti que no sea justo, tú lo sabes. ¡Toma tus perras! El otro, ya sabes quién, no intentará regatear conmigo. Ese paga.

—¡Pero no tengo más! Son todos mis ahorros.

—Eso es cosa tuya. Pero vamos, no quiero hacerte daño. Me

debes aún un marco y treinta y cinco céntimos. ¿Cuándo me los vas a dar?

—Los tendrás, Kromer. ¡Seguro! Aún no sé cuándo, pero quizá tenga pronto dinero, mañana o pasado. Comprenderás que no puedo decírselo a mi padre.

—A mí eso no me importa. Pero ya sabes que no quiero hacerte daño. Yo podía tener ese dinero antes del mediodía, y ya sabes que soy pobre. Tú tienes trajes bonitos y te dan mejor comida que a mí. Pero no voy a decir nada. Esperaré un poco. Pasado mañana te llamaré por la tarde, y me lo traes. ¿Conoces bien mi silbido? —Me silbó una señal que ya había oído muchas veces.

—Sí —dije—, ya sé.

Se marchó como si yo no tuviera nada que ver con él. Aquello había sido un negocio y nada más.

Hoy todavía me asustaría el silbido de Kromer si lo oyera inesperadamente. Desde aquel día lo tuve que escuchar muchas veces; me daba la impresión de oírlo constantemente, sin cesar. No había lugar, juego, trabajo o pensamiento adonde no llegara ese silbido que me esclavizaba y que era mi destino. A menudo bajaba yo en las tardes suaves y multicolores de otoño a nuestro pequeño jardín, que tanto me gustaba, y un extraño impulso me llevaba a los juegos infantiles de épocas pasadas; jugaba a ser un niño más pequeño de lo que yo era y que aún era bueno, libre, inocente y protegido. En medio de los juegos sonaba desde cualquier parte el silbido de Kromer, siempre esperado pero siempre terriblemente inquietante e inoportuno, rompiendo la paz, destruyendo mis pensamientos. Entonces tenía que salir y seguir a mi verdugo a sitios apartados y feos, justificarme ante él y escuchar sus amenazadoras peticiones de dinero. Todo esto duraría unas semanas, pero a mí me pareció que fueron años, una eternidad. Raras veces conseguía dinero: de vez en cuando, alguna perra que robaba en la cocina, cuando Lina dejaba allí la bolsa de la compra. Kromer siempre me reñía y me hundía en su desprecio, diciendo que yo quería engañarle y estafarle, que era yo quien le robaba lo suyo y le hacía desgraciado. Nunca, en toda mi vida, he sentido la desdicha tan cerca del corazón; nunca he sentido mayor desesperanza ni mayor dependencia.

Había llenado la hucha de fichas de jugar y la había vuelto a dejar en su sitio. Nadie preguntó por ella. Pero también aquello podía venírseme encima cualquier día. Más que al silbido brutal de Kromer temía yo a mi madre cuando se acercaba a mí suavemente: ¿vendría acaso a preguntarme por la hucha?

Como muchas veces me presentaba ante mi verdugo sin dinero, éste empezó a atormentarme y a utilizarme de otra manera. Me hacía trabajar para él. Me obligaba a hacer en su lugar los recados que le encargaba su padre, o me mandaba a hacer algo difícil como saltar diez minutos a la pata coja o colgar a un transeúnte un monigote en la

espalda. Estos suplicios se prolongaban muchas noches en los sueños y yo me despertaba empapado de sudor.

Durante un tiempo caí enfermo. Durante el día vomitaba a menudo y tenía frío; por la noche, sin embargo, tenía fiebre y sudores. Mi madre se daba cuenta de que algo no iba bien y me demostraba un cariño tan grande que me martirizaba, ya que no podía corresponderle con franqueza.

Una vez mi madre me trajo un trocito de chocolate a la cama. Aquello era un recuerdo de años pasados, cuando solía recibir estas pequeñas sorpresas si había sido bueno. Me dolió tanto el recuerdo que sólo pude mover la cabeza. Ella me preguntó qué me pasaba y me acarició el pelo. Sólo pude responder: «Nada, nada. No quiero que me des nada». Dejó el chocolate en la mesilla y salió de la habitación. Cuando al día siguiente me quiso interrogar sobre lo sucedido, hice como si no me acordara de ello. Un día trajo al médico, que me hizo un reconocimiento y me recetó abluciones frías por la mañana.

Mi estado durante aquel tiempo era una especie de desquiciamiento. En medio de la paz ordenada de nuestra casa yo vivía atemorizado y torturado como un fantasma; no participaba en la vida de los demás y raras veces me olvidaba de mí mismo. Con mi padre, que muchas veces me interrogaba irritado, me mostraba frío y hermético.

2. CAÍN

La salvación de mis penalidades vino de una manera totalmente inesperada y fue acompañada al mismo tiempo de algo nuevo que ha estado actuando hasta hoy en mi vida.

En nuestro colegio había ingresado hacía poco un nuevo alumno. Era hijo de una viuda rica, que había venido a vivir a nuestra ciudad, y llevaba un brazalete negro en la manga. Iba a una clase superior a la mía y tenía unos años más; pero a mí como a todos, me llamó en seguida la atención. Este alumno tan sorprendente parecía mucho mayor de lo que en realidad era. A nadie le daba la impresión de que fuera un chico. Entre nosotros se movía extraño y maduro, como un hombre, como un señor más bien. No era popular, no participaba en los juegos y menos en las peleas; únicamente su tono seguro y decidido frente a los profesores nos gustaba. Se llamaba Max Demian.

Un día, como solía ocurrir en nuestro colegio, instalaron a otra clase en nuestra espaciosa aula, por no sé qué motivos. Esta clase era la de Demian. Nosotros, los pequeños, teníamos Historia Sagrada, y los mayores debían hacer una redacción. Mientras nos explicaban la historia de Caín y Abel, yo miraba de reojo la cara de Demian, que me fascinaba de manera extraña, y observaba aquel rostro seguro, inteligente y claro inclinado sobre su trabajo con atención y carácter. No parecía en absoluto un alumno haciendo sus deberes, sino un investigador dedicado a sus propios problemas. En el fondo no me resultaba simpático; al contrario, sentía algo contra él: me resultaba superior y frío, demasiado seguro de sí mismo. Sus ojos tenían la expresión de los adultos —que nunca gusta a los niños—, un poco triste y con destellos de ironía. Pero yo me sentía obligado a mirarle constantemente, me gustara o no; sin embargo, cuando él me dirigía la mirada, yo apartaba los ojos asustado. Si hoy recuerdo el aspecto que tenía Demian entonces, puedo decir que era diferente de todos los demás en cualquier sentido y que tenía una personalidad muy definida; por eso mismo llamaba la atención, aunque él hacía todo lo posible por pasar inadvertido, comportándose como un príncipe disfrazado que se encuentra entre campesinos y se esfuerza en parecer uno de ellos.

Al terminar las clases, salió detrás de mí. Cuando los demás se dispersaron, me alcanzó y saludó. También este saludo resultaba muy adulto y cortés, aunque imitara nuestro tono de colegiales.

—¿Vamos un rato juntos? —me preguntó con amabilidad.

Me sentí muy halagado y dije que sí. Entonces le expliqué dónde vivía.

—¡Ah! ¿Allí? —dijo sonriendo—. Conozco esa casa. Sobre vuestra puerta hay una cosa muy curiosa que me ha interesado desde que la vi.

No supe al principio a lo que se refería y me asombró que

conociera mi casa mejor que yo. Debía referirse al escudo que campeaba sobre el portón; con el paso del tiempo se había desgastado y había sido pintado varias veces; creo que no tenía nada que ver con nosotros y nuestra familia.

—No sé lo que es —dije tímidamente—. Me parece que es un pájaro o algo parecido. Debe de ser muy antiguo. Dicen que la casa perteneció antiguamente a un convento.

—Puede ser —asintió él—. Obsérvalo bien; esas cosas suelen ser muy interesantes. Creo que el pájaro es un gavilán.

Seguimos adelante, yo muy aturdido. De pronto, Demian se rió, como si se le hubiera ocurrido algo muy divertido.

—Hoy he asistido a vuestra clase —dijo—. Sobre la historia de Caín, el que llevaba un estigma en la frente, ¿no? ¿Te gusta?

No, pocas veces me gustaba lo que tenía que estudiar. Sin embargo, no me atrevía a decirlo, porque era como si estuviera hablando con una persona mayor. Contesté que la historia me gustaba.

Demian me dio unas palmaditas en el hombro.

—No necesitas fingir, amigo. Pero esa historia es verdaderamente muy rara, mucho más que la mayoría de las que se tratan en clase. El profesor no ha dicho mucho; sólo lo habitual sobre Dios y el pecado, y todo eso. Pero yo creo…

Se interrumpió sonriendo y me preguntó:

—Oye, ¿pero esto te interesa? Pues yo creo —continuó— que la historia de Caín se puede interpretar de manera muy distinta. La mayoría de las cosas que nos enseñan son seguramente verdaderas, pero se pueden ver desde otro punto de vista que el de los profesores y generalmente se entienden entonces mucho mejor. Por ejemplo, no se puede estar satisfecho con la explicación que se nos da de Caín y la señal que lleva en su frente. ¿No te parece? Que uno mate a su hermano en una pelea, puede pasar; que luego le dé miedo y se arrepienta, también es posible; pero que precisamente por su cobardía le recompensen con una distinción que le proteja y que inspire miedo, eso me parece muy raro.

—Sí, es verdad —dije interesado. El asunto empezaba a intrigarme—. ¿Pero cómo vas a interpretar si no la historia?

Me dio una palmada en el hombro.

—¡Muy sencillo! El estigma fue lo que existió en un principio y en él se basó la historia. Hubo un hombre con algo en el rostro que daba miedo a los demás. No se atrevían a tocarle; él y sus hijos les impresionaban. Quizás, o seguramente, no se trataba de una auténtica señal sobre la frente, de algo como un sello de correos; la vida no suele ser tan tosca. Probablemente fuera algo apenas perceptible, inquietante: un poco más de inteligencia y audacia en la mirada. Aquel hombre tenía poder, aquel hombre inspiraba temor. Llevaba una «señal». Esto podía explicarse como se quisiera; y siempre se prefiere lo que resulta cómodo y da razón. Se temía a los hijos de Caín, que

llevaban una «señal». Esta no se explicaba como lo que era, es decir, como una distinción, sino como todo lo contrario. La gente dijo que aquellos tipos con la «señal» eran siniestros; y la verdad, lo eran. Los hombres con valor y carácter siempre les han resultado siniestros a la gente. Que anduviera suelta una raza de hombres audaces e inquietantes resultaba incomodísimo; y les pusieron un sobrenombre y se inventaron una leyenda para vengarse de ellos y justificar un poco todo el miedo que les tenían. ¿Comprendes?

—Sí, eso quiere decir que Caín no fue malo. Entonces, ¿toda la historia de la Biblia es mentira?

—Sí y no. Estas viejas historias son siempre verdad, pero no siempre han sido recogidas y explicadas como debiera ser. Yo pienso que Caín era un gran tipo y que le echaron toda esa historia encima sólo porque le tenían miedo. La historia era simplemente un bulo que la gente contaba; era verdad sólo lo referente al estigma que Caín y sus hijos llevaban y que les hacían diferentes a la demás gente.

Yo estaba asombrado.

—¿Y crees que lo del asesinato no fue tampoco verdad? —pregunté emocionado.

—¡Oh, sí! Seguramente es verdad. El más fuerte mató a uno más débil. Que fuera su hermano, eso ya se puede dudar. Además, no importa; a fin de cuentas, todos los hombres son hermanos. Así que un fuerte mató a un débil. Quizá fue un acto heroico, quizá no lo fue. En todo caso, los débiles tuvieron miedo y empezaron a lamentarse mucho. Y cuando les preguntaban: «¿Por qué no le matáis?», ellos no contestaban, «porque somos unos cobardes», sino que decían: «No se puede. Tiene una señal. ¡Dios le ha marcado!». Así nació la mentira. Bueno no te entretengo más. ¡Adiós!

Dobló por la Altgasse y me dejó solo, sorprendido como jamás en toda mi vida. Nada más desaparecer, todo lo que me había dicho me pareció increíble. ¡Caín un hombre noble y Abel un cobarde! ¡La señal que llevaba Caín en la frente era una distinción! Era absurdo, blasfemo e infame. Y Dios, ¿dónde se quedaba? ¿No había aceptado el sacrificio de Abel? ¿No quería a Abel? ¡Qué tontería! Y empecé a pensar que Demian me había tomado el pelo y quería ponerme en ridículo. ¡Qué chico más inteligente y qué bien que hablaba! Pero no, no podía ser.

De todos modos, nunca había recapacitado tanto sobre una historia, fuera o no de la Biblia. Y hacía tiempo que no olvidaba tan por completo a Franz Kromer, durante horas, una tarde entera. En casa leí la historia otra vez, tal como estaba en la Biblia. Era breve y clara. Resultaba una insensatez buscarle una interpretación especial y misteriosa. ¡Así cualquier asesino podría declararse elegido de Dios! No, era absurdo. Lo fascinante era la manera tan ligera y graciosa con que Demian sabía decir las cosas, como si todo fuera tan natural. Y además, ¡con qué mirada!

Sin embargo, algo había en mí mismo que no estaba en orden sino

en franco desorden. Yo había vivido en un mundo claro y limpio, había sido una especie de Abel, y ahora me encontraba metido en el «otro» mundo. Había caído tan bajo y, sin embargo, no tenía en el fondo tanta culpa. ¿Qué había sucedido? En ese momento me vino un recuerdo que casi me cortó la respiración. En aquella tarde aciaga, que dio comienzo a mi actual desgracia, había ocurrido aquello mismo con mi padre; durante un momento fue como si le hubiera desenmascarado y despreciado a él, a su mundo y a su sabiduría. Sí, en aquel momento yo, que era Caín y llevaba una marca en la frente, pensé que esa marca no era una vergüenza sino una distinción y que yo era superior a mi padre, superior a los buenos y piadosos precisamente por mi maldad y mi desgracia.

Entonces no comprendí estas cosas con mente clara, pero las intuí en una llamarada de sentimientos, de extrañas emociones, que me dolían pero me llenaban de orgullo.

¡De qué manera tan extraña había hablado Demian de los valientes y de los cobardes! ¡Cómo había interpretado la señal en la frente de Caín! ¡Y cómo habían brillado sus ojos, sus extraños ojos de hombre! Se me ocurrió que Demian mismo era un Caín. ¿Por qué le defendía si no se sentía semejante a él? ¿Por qué tenía aquel poder en la mirada? ¿Por qué hablaba tan despectivamente de los «otros», los cobardes, que son en verdad los piadosos, los elegidos de Dios?

Con estos pensamientos no acababa de llegar a ninguna conclusión. Una piedra había caído en el pozo: el pozo era mi alma joven. Durante mucho tiempo esta historia de Caín, con el homicidio y la «señal», fue el punto de partida de mis intentos de conocimiento, duda y crítica.

Observé que también los otros condiscípulos se preocupaban mucho de Demian. No comenté con nadie nuestra conversación sobre la historia de Caín, pero Demian parecía interesar también a los otros. En todo caso, surgieron muchos rumores sobre el «nuevo». ¡Si aún los pudiera recordar todos!; cada uno de esos rumores le caracterizaría, cada uno se podría interpretar. Sólo recuerdo que primero se dijo que la madre de Demian era muy rica. Se decía, también, que nunca iba a la iglesia, y tampoco su hijo. Que eran judíos, opinaba uno, pero que también podían ser mahometanos.

Se contaban verdaderas leyendas sobre la fuerza física de Max Demian. Desde luego, era el más fuerte de su clase; y cuando uno le retó a una pelea y le llamó cobarde porque no quería aceptarla, Demian le humilló horriblemente. Los que presenciaron la escena decían que Demian le había cogido con una mano por la nuca y apretado con tanta fuerza que el otro se puso pálido y abandonó la lucha. Durante días no había podido mover el brazo. Una tarde hasta se dijo que había muerto. De Demian se afirmaban las cosas más insólitas, que eran creídas durante unos días. Todo era muy raro y excitante. Al cabo del tiempo todos se cansaron del tema. Pero en seguida surgieron nuevos cuentos

entre los chicos, que afirmaban que Demian tenía relaciones intimas con chicas y que «lo sabía todo».

Mientras tanto, mi asunto con Franz Kromer seguía su curso fatal. No llegaba a librarme, porque yo me sentía atado a él aunque me dejara tranquilo unos días. En mis sueños estaba a mi lado como una sombra; y lo que no me hacía en la realidad, se lo permitía mi fantasía en mis sueños, en los que me convertí en su esclavo. Acabé por vivir más en estos sueños que en la realidad —siempre he soñado mucho— y por perder fuerza y vida con estas sombras. Entre otras cosas soñaba a menudo que Kromer me maltrataba, que me escupía y se arrodillaba sobre mí; y, lo que era peor, que con su tremenda influencia me inducía a cometer crímenes terribles. El más espantoso de ellos, del que me desperté como enloquecido, era una tentativa de asesinato contra mi padre. Kromer afilaba un cuchillo. Estábamos escondidos entre los árboles de un paseo esperando a alguien, yo no sabía a quién; pero cuando apareció una persona y Kromer me indicó, apretándome el brazo, que era aquella a quien tenía yo que apuñalar, vi que era mi padre. Entonces me desperté.

Con todo esto, pensaba mucho en Caín y Abel pero poco en Demian. Volvió a aparecer, es curioso, también en sueños. Yo volvía a soñar con malos tratos y violencias; pero esta vez, en lugar de Kromer, era Demian el que se arrodillaba sobre mí. Pero —y esto era nuevo y me impresionó profundamente— todo lo que había sufrido bajo Kromer con angustia y repulsión lo sufría a gusto bajo Demian, con un sentimiento mezcla de placer y temor. Este sueño lo tuve dos veces; después, Kromer volvió a su lugar.

Lo que vivía en estos sueños y lo que vivía en la realidad no puedo ya separarlo con exactitud. En todo caso, mi ruin relación con Kromer siguió su curso y no terminó cuando, por fin, le pagué la suma debida a costa de una serie de pequeños hurtos. Ahora Franz conocía esos hurtos, porque siempre me preguntaba de dónde sacaba el dinero; de esta forma me tenía más que nunca en sus manos. A veces me amenazaba con contarle todo a mi padre; y entonces el miedo no era más grande que el profundo pesar de no haberlo hecho yo desde un principio. No obstante, a pesar de lo mal que me sentía, no me arrepentía del todo; al menos, no siempre. A menudo sentía que todo tenía que ser necesariamente así, que sobre mí pesaba un maleficio y que era inútil querer romperlo.

Probablemente mis padres sufrían también con esta situación. Yo estaba poseído por un espíritu extraño; ya no cabía en nuestra comunidad, que tan unida había estado y a la que solía añorar desesperadamente como un paraíso perdido. Me trataban, sobre todo mi madre, más como a un enfermo que como a un malvado; pero mi verdadera situación la veía claramente reflejada en el comportamiento de mis dos hermanas, que era cariñoso, pero que me hacia muy desdichado. La conducta de mis hermanas me hacia ver claramente que

yo era una especie de poseído, más digno de compasión que de reproche, pero a fin de cuentas en manos del mal. Sabía que rezaban por mí, de manera diferente que antes; y sabía que era inútil. Sentía ardientemente el deseo de descargarme, la necesidad de una verdadera confesión; y presentía, sin embargo, que no podría explicar o decir todo ni a mi padre ni a mi madre. Sabía que escucharían con cariño, que me tratarían con cuidado y hasta me compadecerían; pero no me comprenderían del todo y aquello se juzgaría como una especie de desliz, siendo como era el propio destino.

Ya sé que muchos no creerán que un niño de casi once años pueda sentir esto. Para ellos no escribo mi historia: se la cuento a los que conocen mejor al ser humano. El hombre adulto, que ha aprendido a convertir una parte de sus sentimientos en pensamientos, echa de menos éstos en el niño y cree que las vivencias tampoco han existido. Pero yo no he sentido nunca en mi vida nada tan profundamente, ni he sufrido nunca tanto como entonces.

Un día de lluvia fui citado por mi verdugo en la plaza del castillo, y allí permanecí esperándole, hurgando con los pies en la hojarasca mojada que aún caía de los árboles negros y goteantes. Yo no traía dinero pero había apartado dos trozos de pastel que llevaba conmigo, para por lo menos poder entregarle algo a Kromer. Ya me había acostumbrado a esperarle así en cualquier esquina, a veces un rato largo, y lo aceptaba como quien acepta lo inevitable.

Por fin apareció Kromer. Esta vez se entretuvo poco. Me dio unos cuantos puñetazos en las costillas, se rió, se comió el pastel y me ofreció incluso un cigarrillo húmedo que yo rechacé. Estaba más amable que de costumbre.

—Oye —dijo al marcharse—, que no se me olvide: podrías traerte la próxima vez a tu hermana, a la mayor. ¿Cómo se llama?

No comprendía. Tampoco di contestación. Sólo le miré desconcertado.

—¿Qué te pasa? ¿No entiendes? ¡Que traigas a tu hermana!

—Pero Kromer, eso es imposible. No puedo hacerlo; además, ella no vendría.

Estaba seguro de que se trataba otra vez de un pretexto para martirizarme. Así acostumbraba a hacer; me exigía algo imposible, me daba un susto, me humillaba, y luego lentamente se avenía a un compromiso. Entonces yo me tenía que rescatar con dinero y obsequios.

Pero esta vez era completamente diferente. Casi no se enfadó ante mis negativas.

—Bueno —dijo sin darle importancia—, ya lo pensarás. Quiero conocer a tu hermana, ya nos las arreglaremos. Te la traes de paseo y yo me hago el encontradizo. Mañana te llamaré y hablaremos sobre ello.

Cuando se marchó, empecé a darme cuenta de lo que significaba su plan. Yo era aún un niño, pero sabía de oídas que los chicos y las

chicas, cuando eran un poco mayores, podían hacer entre sí cosas misteriosas, indecentes y prohibidas. Y entonces yo... De pronto, me di cuenta de lo monstruoso que era aquello. Decidí no hacerlo jamás. Pero no me atrevía casi a pensar en lo que sucedería, en cómo se vengaría Kromer. Comenzaba un nuevo suplicio; aún no era bastante lo ya pasado.

Desesperado, crucé la plaza desierta, con las manos en los bolsillos. ¡Nuevos tormentos, nueva esclavitud!

De pronto, me llamó una voz fresca y grave. Me asusté y eché a correr. Alguien corría detrás de mi y una mano me sujetó suavemente. Era Max Demian. Me rendí.

—¿Eres tú? —dije vacilante—. ¡Qué susto!

Me miró de una manera que nunca me había parecido tan penetrante, tan adulta y tan sensata como en aquel momento. Hacia mucho que no habíamos hablado.

—Lo siento —dijo con sus modales correctos y tan peculiares—. Pero, oye, ¡no debe uno asustarse así!

—Sí..., pero puede ocurrir.

—Eso parece. Mira, si te sobresaltas de esa manera ante alguien que no te ha hecho nada, ese alguien empieza a reflexionar, se extraña, se intriga. Ese alguien piensa que eres demasiado asustadizo, y se dice: «eso pasa sólo cuando se tiene miedo». Los cobardes tienen siempre miedo; yo creo que tú no eres un cobarde, ¿verdad? Claro que tampoco un héroe. Hay cosas y también personas que te asustan. Y eso no debe ser. No, nunca hay que tener miedo de los hombres. Tú no me tienes miedo a mí, ¿no? ¿O quizá sí?

—Oh, no, en absoluto.

—¿Lo ves? Pero hay personas de las que tienes miedo.

—No sé... ¡Déjame!, ¿qué quieres de mí?

Demian seguía a mi lado, aunque yo había acelerado el paso pensando en huir. Sentía su mirada sobre mí.

—Suponte —continuó— que yo te quiero ayudar. Desde luego, no tienes por qué temerme. Me gustaría hacer un experimento contigo; es divertido, y además aprenderás algo, lo que nunca está de más... Verás, de vez en cuando me ensayo en el arte de leer los pensamientos. No se trata de brujería; pero cuando no se sabe cómo se hace, resulta muy extraño. Se puede desconcertar mucho a la gente. Vamos a probar contigo. Bueno, yo te tengo simpatía, me intereso por ti, y me gustaría descubrir cómo eres por dentro. Para ello ya he dado el primer paso. Te he asustado: eres, pues, asustadizo. Hay cosas y personas que te asustan. ¿Por qué? No es necesario tener miedo de nadie. Si se teme a alguien, es porque ese alguien tiene poder sobre uno. Por ejemplo, se ha cometido algo malo y otro lo sabe; entonces, esa persona tiene poder sobre ti. ¿Comprendes? ¿Está claro, no?

Le miré aturdido. En lo que decía había seriedad e inteligencia, como siempre; pero ninguna ternura, sino más bien severidad, justicia o

algo parecido. No supe qué decir. Me parecía tener un mago ante mí.

—¿Comprendes? —me preguntó otra vez.

Asentí con la cabeza. No podía decir nada.

—Ya te dije —continuó— que resulta muy raro esto de leer los pensamientos, pero tiene una explicación completamente normal. Por ejemplo, podría decirte con exactitud lo que pensaste de mí cuando te conté la historia de Caín y Abel. Pero, vamos, esto no viene a cuento. Incluso creo posible que hayas soñado conmigo. Dejémoslo. Eres un chico inteligente. ¡Los demás son tan tontos...! De vez en cuando me gusta charlar con un chico sensato, en el que pueda confiar. ¿Te parece bien?

—Desde luego. Aunque no comprendo...

—Sigamos con nuestro experimento. Hemos descubierto que el muchacho es asustadizo. Teme a alguien; probablemente comparte con ese alguien un secreto que le resulta incómodo. ¿Es así, más o menos?

Como en el sueño, sucumbí a su voz y a su influjo. Asentí. ¿No hablaba por él una voz que sólo podía salir de mí mismo? ¿Que lo sabía todo? ¿Que sabía todo mejor y con más claridad que yo?

Demian me dio una fuerte palmada en la espalda.

—Entonces, estoy en lo cierto. Ya me lo imaginaba. Ahora, otra pregunta: ¿sabes cómo se llama el chico que se marchó hace un rato?

Me quedé aterrado. Mí secreto, violado, se retorcía dolorosamente en mí interior, no queriendo salir a la luz.

—¿Qué chico? No había ningún chico aquí, solamente yo.

Se echó a reír.

—Dilo, anda —dijo riendo—. ¿Cómo se llama?

Murmuré:

—¿Te refieres a Franz Kromer?

Asintió satisfecho.

—¡Bravo! Eres un gran chico. Nos haremos buenos amigos. Ahora tengo que decirte una cosa: ese Kromer, o como se llame, es una mala persona. Su cara me dice que es un golfo. ¿Qué te parece a ti?

—¡Oh, sí —suspiré—, es malo! ¡Es un demonio! ¡Pero que no se entere! ¡Por Dios, que no se entere! ¿Le conoces? ¿Te conoce él a ti?

—Tú, tranquilo. Se ha marchado y no me conoce..., al menos todavía. Pero me gustaría conocerlo. ¿Va a la escuela?

—Sí.

—¿A qué clase?

—A la quinta. ¡Pero no le digas nada! Por favor, no le digas nada, te lo suplico.

—No te asustes, que no pasará nada. Probablemente no tendrás muchas ganas de contarme algo más de ese Kromer, ¿verdad?

—¡No puedo! ¡No! ¡Déjame!

Permaneció en silencio un rato.

—Es una pena —prosiguió—, podríamos haber continuado el experimento. Pero no quiero martirizarte. Te darás cuenta de que ese

miedo que te produce no es bueno, ¿verdad? Un miedo así nos va destrozando, hay que liberarse de él. Tienes que hacerlo si quieres convertirte en un hombre. ¿Comprendes?

—Sí, tienes toda la razón…, pero no puede ser. No sabes…

—Ya has visto que algo sé, más de lo que tú creías. ¿Acaso le debes dinero?

—Sí, eso también, pero no es lo más importante. ¡No puedo decírtelo, no puedo!

—¿No te serviría de nada sí yo te diera todo el dinero que le debes? Podría muy bien dártelo.

—No, no. No es eso. Y te ruego que no digas a nadie nada. ¡Ni una palabra!

—Confía en mí, Sinclair. Ya me contarás un día tus secretos…

—¡Nunca! ¡Jamás! —grité violentamente.

—Como tú quieras. Sólo pienso que quizá más adelante me cuentes más cosas. ¡Voluntariamente, por supuesto! ¿No irás a creer que yo voy a actuar como el mismísimo Kromer?

—¡Oh, no! ¿Pero no sabes nada de todo esto?

—Nada. Únicamente pienso sobre ello. Y nunca haré lo que hace Kromer, puedes creerme. Además, a mí no me debes nada.

Nos callamos un rato y me tranquilicé un poco. Pero lo que sabía Demian cada vez me parecía más misterioso.

—Me voy a casa —dijo, y se apretó más su abrigo bajo la lluvia—. Aún quería decirte otra cosa, ya que hemos ido tan lejos: deberías librarte de ese tipo. Sí no puedes de otra manera, mátalo. Me impresionaría y me gustaría que lo hicieras. Yo te ayudaría.

El miedo me asaltó de nuevo. Recordé de pronto la historia de Caín. Aquello empezaba a ser terrible y empecé a llorar silenciosamente. Había demasiados enigmas a mi alrededor.

—Bueno, bueno —sonrió Max Demian—, anda, vete a tu casa. Ya lo arreglaremos. Aunque matarlo sería lo más sencillo. En estos casos, lo más sencillo es siempre lo mejor. No estás tú en buenas manos con tu amigo Kromer.

Al llegar a casa me pareció que había estado fuera un año. Todo tenía otro aspecto. Entre Kromer y yo había surgido algo como un futuro, como una esperanza. ¡Ya no estaba solo! Y ahora me di cuenta de lo espantosamente solo que había permanecido durante semanas y semanas con mi secreto. Enseguida volví a pensar lo de tantas veces: que una confesión a mis padres me aliviaría pero no me redimiría por completo. Casi me había confesado a otro, a un extraño; y el presentimiento de liberación volaba hacia mí como un fuerte perfume.

De todos modos, mi miedo no había aún desaparecido ni mucho menos. Estaba preparado para largas y horribles disputas con mi enemigo. Por eso me pareció muy raro que todo transcurriera con tanta tranquilidad, calma y secreto.

El silbido de Kromer delante de mi casa no se oyó durante un día,

dos, tres, una semana. No me atrevía a creerlo; y en mi fuero interno estaba alerta, no fuera a aparecer de pronto, precisamente cuando menos lo esperaba. ¡Pero no apareció! Desconfiando de la nueva libertad, no terminaba de creerlo. Hasta que por fin me encontré con Franz Kromer en la calle. Bajaba por la Seilergasse, justo a mi encuentro. Al verme se estremeció, torció la cara en una mueca terrible y se volvió sin más para no tener que encontrarse conmigo.

Aquello fue para mi un momento indescriptible. ¡Mi enemigo huía de mí! ¡Mi verdugo me tenía miedo! La alegría y la sorpresa me traspasaron por completo.

Por aquellos días volví a ver a Demian, que me esperaba a la puerta del colegio.

—¡Hola! —dije.

—Buenos días, Sinclair. Quería saber cómo te va. Supongo que Kromer te deja ahora tranquilo.

—¿Es cosa tuya? Pero ¿cómo lo has conseguido? No lo comprendo. ¡Ha desaparecido por completo!

—Muy bien. Y por si acaso se le ocurre volver —creo que no lo hará, pero es un caradura—, dile entonces que se acuerde de Demian.

—Pero ¿cómo te las has arreglado? ¿Te has peleado con él, le has pegado?

—No, eso no me gusta. Sólo he hablado con él, como he hecho contigo, y le he explicado que sería mucho mejor para él que te dejara en paz.

—¿No le habrás dado dinero?

—No, querido. Ese camino ya lo has intentado tú.

Se separó de mí, aunque yo intenté preguntarle más cosas. Me quedé con el viejo y confuso sentimiento que Demian me inspiraba, mezcla extraña de agradecimiento y recelo, admiración y miedo, simpatía y repulsa.

Me propuse verle pronto, para hablar más con él de todo y también de la historia de Caín.

No llegué a hacerlo.

La gratitud es una virtud en la que no tengo ninguna fe, y pedírsela a un niño me parece un error; así que no me sorprende demasiado la total ingratitud que demostré a Max Demian. Hoy tengo la certeza de que hubiera enfermado y me hubiera estropeado para toda la vida si él no me hubiera liberado de las garras de Kromer. Ya entonces sentí aquella liberación como el acontecimiento más grande de mi joven vida; pero al libertador mismo, cuando hubo llevado a cabo el milagro, lo dejé a un lado.

Como he dicho, la ingratitud no me resulta extraña. Sólo me sorprende la falta de curiosidad que demostré. ¿Cómo era posible que yo siguiera viviendo un solo día con tranquilidad sin intentar acercarme a los misterios con que Demian me había puesto en contacto? ¿Cómo podía dominar el deseo de oír más cosas sobre Caín, sobre Kromer y la

lectura de pensamientos?

Es incomprensible, pero así fue. Me vi de pronto liberado de unas redes diabólicas; el mundo se me ofrecía de nuevo luminoso y alegre; ya no me asaltaban los miedos y las angustiosas palpitaciones. El maleficio estaba roto; ya no era un condenado sometido a terribles torturas, sino otra vez un colegial, como antes. Mi naturaleza intentaba volver con toda rapidez al equilibrio y a la tranquilidad y se esforzaba sobre todo en apartar y olvidar todo lo feo y amenazador. Mi memoria olvidó con fantástica rapidez toda la historia de mi culpa y mis miedos, sin dejar aparentemente una cicatriz o una huella.

También comprendo hoy que olvidara a mi salvador con la misma rapidez. Del valle de lágrimas de mi condenación, de la espantosa esclavitud a Kromer huí con todos los instintos y las fuerzas de mi alma maltrecha a refugiarme allí donde me había sentido feliz y tranquilo: al paraíso perdido que se volvía a abrir, al mundo claro de los padres y de las hermanas, a la fragancia de la pureza, a la gracia del Dios de Abel.

El mismo día de mi breve conversación con Demian, cuando me convencí del todo de mi recobrada libertad y ya no temí las recaídas, hice lo que tantas veces y tan ardientemente había deseado: confesé. Fui a mi madre, le enseñé la hucha con el cierre roto y llena de fichas en lugar de dinero, y le conté cómo me había encadenado por mi propia culpa a un malvado verdugo durante largo tiempo. Ella no comprendió todo; pero vio mi hucha, mi mirada transformada, oyó mi voz y sintió que yo había sanado, que su hijo le había sido devuelto.

Y entonces celebré con elevados sentimientos la fiesta de mi reintegración, la vuelta al hogar del hijo pródigo. Mi madre me condujo ante mi padre; se repitió la historia, interrumpida por preguntas y exclamaciones de asombro. Mis padres me acariciaban la cabeza y suspiraban, aliviados de su preocupación. Todo era maravilloso, todo era como en los cuentos, todo se resolvía en una fantástica armonía.

En ella me refugié con verdadero apasionamiento. No me saciaba de comprobar que había conseguido otra vez mi paz y la confianza de mis padres. Me convertí en un niño modelo. Jugaba más que nunca con mis hermanas y durante los rezos me unía a las entrañables y viejas canciones y plegarias con el sentimiento del que ha sido liberado de las culpas. Lo hacía de todo corazón; en aquello no había engaño.

Sin embargo, las cosas no estaban en orden. Y aquí está la razón que explica mi ingratitud hacia Demian de una manera satisfactoria. ¡Debía haberme confesado a él! La confesión habría resultado menos decorativa y emocionante, pero hubiera sido para mí más fructífera. Ahora yo me agarraba con todas mis raíces a mi antiguo mundo paradisíaco; había vuelto a él, y fui acogido con clemencia. Demian no pertenecía a este mundo, no encajaba en él. Además, también él —de otro modo que Kromer— era un seductor que me unía al mundo malo y corrupto; ahora que volvía a ser Abel, yo no quería traicionar a Abel y ayudar a ensalzar a Caín.

Hasta aquí, el proceso exterior. El interior, sin embargo, era otro; me sentía liberado de las garras de Kromer y del diablo, pero no por mi propia fuerza o mérito. Había intentado caminar por los caminos del mundo, pero éstos habían resultado demasiado inseguros para mí. Ahora que una mano amiga me había salvado, yo huía, sin echar una mirada atrás, al regazo de mi madre y a la seguridad de una infancia protegida y piadosa. Me hice más joven, dependiente e infantil de lo que en verdad era. Me sentí obligado a sustituir la dependencia de Kromer por otra nueva, pues era incapaz de andar solo. Elegí con mi ciego corazón la dependencia de mis padres, del viejo y querido «mundo de luz», del que ya sabía que no era el único. De no haberlo hecho así, tendría que haberme decidido por Demian y haberle confiado todo. Me pareció justificarme por la desconfianza que me inspiraban sus extraños pensamientos; en el fondo, no era más que miedo. Porque Demian me hubiera exigido más que los padres, mucho más; él hubiera intentado hacerme más independiente, con estímulos y reprimendas, con burlas e ironía. Si, eso lo sé yo; nada hay más molesto para el hombre que seguir el camino que le conduce a sí mismo.

Sin embargo, no pude evitar que medio año más tarde, en un paseo con mi padre, surgiera la pregunta de por qué algunas gentes opinaban que Caín era mejor que Abel. Se quedó muy sorprendido y me explicó que era una interpretación bastante antigua que databa de los primeros tiempos del cristianismo; se había enseñado en determinadas sectas, entre ellas la llamada de los «cainitas». Naturalmente, esta disparatada teoría no era más que un intento del demonio para destruir nuestra fe; porque si creemos en el derecho de Caín y en la falta de derecho de Abel, entonces resulta que Dios se ha equivocado y que el Dios de la Biblia no es el único verdadero sino un Dios falso. En realidad, esto es lo que habían predicado los cainitas. Pero esta herejía había desaparecido hacía mucho y le sorprendía que un compañero mío hubiera llegado a saber algo de ella. De todos modos, me aconsejó seriamente que olvidara aquellos pensamientos.

3. EL MAL LADRÓN

Se podrían contar cosas hermosas, delicadas y amables de mi infancia, de mi seguridad junto a los padres, del amor filial y de la vida apacible, caprichosa en aquel ambiente suave, cariñoso y diáfano. Pero sólo me interesan los pasos que di en la vida para llegar a mí mismo. Todos los bellos momentos de reposo, los islotes de felicidad y los paraísos cuyo encanto conocí quedan en la lejanía resplandeciente y no deseo volver a pisarlos.

Por eso, al evocar mi juventud, hablaré sólo de lo nuevo que me salió al encuentro, impulsándome adelante y desarraigándome.

Las acometidas vinieron una y otra vez del «otro mundo», y siempre trajeron consigo miedo, violencia y remordimiento. Siempre fueron turbulentas y pusieron en peligro la paz en que yo hubiera querido vivir constantemente.

Vinieron los años en los que volví a descubrir que en mi interior latía un instinto que en el mundo permitido y diáfano había que disimular y ocultar. Como a todo ser humano, también a mí me asaltó el lento despertar del sentimiento del sexo, como un enemigo destructor, como la tentación, lo prohibido y el pecado. Lo que mi curiosidad buscaba, lo que suscitaba sueños, placer y miedo —el gran misterio de la pubertad— no encajaba en absoluto dentro de la felicidad mimada de mi paz infantil. Yo hice como todos. Llevé la doble vida del niño que ya no es un niño. Mi conciencia habitaba en el mundo familiar y permitido; mi conciencia negaba el nuevo mundo que surgía. Pero al margen de aquél, yo vivía en sueños, instintos y deseos subconscientes sobre los que construía puentes la conciencia, cada vez más atemorizada porque el mundo infantil se desmoronaba. Como casi todos los padres, tampoco los míos colaboraron en el despertar de los instintos vitales, de los que nunca se hablaba. Sólo colaboraban con un cuidado infatigable en mis esfuerzos desesperados por negar la realidad y seguir viviendo en un mundo infantil, que cada día era más irreal y más falso. No sé si los padres pueden hacer mucho en estos casos, y no hago a los míos ningún reproche. Acabar con mi problema y encontrar mi camino era sólo cosa mía; y yo no actué bien, como la mayoría de los bien educados.

Todos los hombres pasan por estas dificultades. Para el hombre medio es éste el punto en que las exigencias de su propia vida entran en colisión dramática con las circunstancias, el punto en que tiene que luchar más duramente por alcanzar el camino que conduce hacia adelante. Muchos viven tal morir y renacer, que es nuestro destino, sólo en ese momento de su vida en que el mundo infantil se resquebraja y se derrumba lentamente, cuando todo lo que amamos nos abandona y, de pronto, sentimos la soledad y la frialdad mortal del universo que nos rodea. Muchos se estrellan para siempre en este escollo y permanecen

toda su vida apegados dolorosamente a un pasado irrecuperable, al sueño del paraíso perdido, que es el peor y más nefasto de todos los sueños.

Volvamos a nuestra historia. Las sensaciones y los sueños con que se me anunció el fin de mi infancia no son tan importantes como para relatarlos. Lo importante fue el «mundo oscuro»; el «otro mundo» había vuelto a aparecer. Lo que un día significó Franz Kromer se hallaba ahora en mí mismo. Y con esto, y también desde fuera, consiguió el «otro mundo» poder sobre mí.

Habían pasado ya varios años desde la historia con Kromer. Aquella época dramática y culpable de mi vida parecía estar muy lejana y haberse disuelto en la nada como una corta pesadilla. Franz Kromer hacía mucho tiempo que había desaparecido de mi vida, y apenas si me fijaba en él cuando me lo encontraba alguna vez en la calle. Sin embargo, la otra figura importante de mi tragedia, Max Demian, no llegó a desaparecer ya nunca de mi horizonte. Durante mucho tiempo se mantuvo muy al margen, visible pero pasivo. Lentamente fue acercándose, irradiando otra vez su fuerza y haciendo sentir su influjo.

Intento recordar lo que sabía de Demian en aquel tiempo. Puede ser que no hablara con él ni una vez durante un año o más. Yo lo evitaba y él no me importunaba en absoluto. Quizá me saludaba cuando alguna vez nos encontrábamos. Me parecía entonces que en su amabilidad había un leve destello de sarcasmo o de irónico reproche; pero probablemente eran imaginaciones mías. La aventura que yo había vivido con él y el extraño ascendiente que había ejercido sobre mí parecían como olvidados, tanto por su parte como por la mía.

Busco su imagen; y ahora que reflexiono sobre él recuerdo que permanecía siempre allí y que yo me daba cuenta de ello. Lo veo ir al colegio, solo o entre algunos alumnos mayores; y lo veo extraño, solitario y silencioso, caminando entre ellos como un astro, rodeado de su atmósfera propia, viviendo según sus propias leyes. Nadie le quería. Nadie tenía trato íntimo con él, excepto su madre; y tampoco ella parecía tratarle como a un niño sino como a un adulto. Los profesores procuraban dejarle tranquilo. Era un buen alumno, pero no intentaba gustar a nadie; y de vez en cuando oíamos algún rumor sobre una respuesta, un comentario o una réplica que había dado a algún profesor, en un tono difícilmente superable por su áspera provocación y su ironía.

Cierro los ojos y me parece ver su imagen. ¿Dónde fue? Sí, ahora vuelvo a recordar. Fue en la calle, frente a nuestra casa. Le vi allí un día, con un bloc en la mano, dibujando. Estaba copiando el viejo escudo con el pájaro tallado que campeaba sobre el portal de nuestra casa. Yo me encontraba en la ventana, escondido detrás de la cortina y le observaba. Con profundo asombro vi su rostro atento, distante y despejado, vuelto hacia el escudo. Era el rostro de un investigador o de un artista, inteligente y lleno de voluntad, extrañamente despejado y

distante, con ojos llenos de experiencia.

De nuevo lo veo. Fue un poco más tarde, en la calle; estábamos a la salida del colegio, agrupados en torno a un caballo caído. El caballo, aún enganchado a su carro, yacía resoplando angustiada y lastimeramente por los ollares dilatados y sangrando de una herida invisible, mientras el polvo blanco de la carretera se iba tiñendo lentamente de oscuro. Cuando aparté los ojos de aquel espectáculo, con una sensación de malestar, vi el rostro de Demian. No se había acercado; se mantenía en segundo término, con aquel aire de siempre, tranquilo y elegante. Su mirada estaba fija en la cabeza del caballo y tenía de nuevo una atención profunda y silenciosa, casi fanática pero desapasionada. No pude apartar los ojos de él y sentí entonces, lejos, en el subconsciente, algo muy especial.

Observé el rostro de Demian y descubrí no sólo que no tenía cara de niño, sino que su rostro era el de un hombre; y aún más, me pareció ver o sentir que tampoco era la cara de un hombre, sino algo distinto. Era como si en aquel rostro hubiera algo femenino. Durante un instante no me pareció ni masculino, ni infantil, ni viejo, ni joven, sino milenario, fuera del tiempo, marcado por otras edades diferentes a la que nosotros vivimos. Los animales suelen tener esa expresión, o los árboles, o las estrellas. Yo no lo sabía; aunque entonces no sentía exactamente lo que ahora puedo formular como adulto, sí sentía algo parecido. Quizás era guapo, no sé si me gustaba o me repelía; tampoco aquello estaba claro. Yo sólo veía una cosa que era diferente a nosotros, como un animal, como un espíritu, o como una pintura. No sé bien cómo era; pero sí que era distinto, inexplicablemente distinto a todos nosotros.

Los recuerdos no me dan más datos; y probablemente éstos estén determinados en parte por impresiones posteriores.

Pasaron varios años antes de que mi relación con él volviera a ser más estrecha. Demian no había recibido la confirmación en la Iglesia con los chicos de su curso, como lo hubiera exigido la tradición del colegio, y esto dio lugar automáticamente a rumores. Se empezó a decir que era judío, o más bien que era pagano; otros opinaban que tanto él como su madre carecían de toda religión o que pertenecían a una fabulosa y peligrosa secta. En relación con esto creo haber oído también que Demian vivía con su madre como con una amante. Lo más probable es que Demian hasta entonces hubiera crecido sin una determinada confesión y que aquello le hiciera tener dificultades en el futuro. En todo caso, su madre decidió que fuera confirmado, dos años más tarde que sus compañeros; y así sucedió que durante unos meses fue mi compañero en la clase preparatoria para la confirmación.

Durante algún tiempo me mantuve alejado de él por completo; no quería tener nada que ver con él. Lo encontraba rodeado de demasiadas habladurías y misterios, pero sobre todo me molestaba la sensación de compromiso hacia él que tenía desde la historia de Kromer. Y precisamente entonces estaba yo muy ocupado con mis

propios secretos. La clase preparatoria para la confirmación coincidió para mí con la aclaración definitiva de los problemas sexuales; y, a pesar de mi buena voluntad, mi interés por la enseñanza religiosa se veía muy mermado por este hecho. Los temas de que hablaba el pastor quedaban muy lejos de mí, en un mundo irreal, tranquilo y venerable: quizás eran muy bonitos e importantes, pero no eran nada actuales o interesantes; y aquellas otras cosas que me preocupaban lo eran precisamente en grado máximo.

Esta situación hizo que creciera por un lado mi indiferencia hacia las clases y aumentara por otro mi interés por Max Demian. Algo parecía unirnos. Me voy a esforzar en seguir este hilo con la mayor exactitud. Que yo recuerde, la cosa empezó en una clase, muy temprano por la mañana, cuando la luz del aula aún estaba encendida. Nuestro profesor de religión hablaba de la historia de Caín y Abel. Yo no atendía, estaba adormilado y apenas escuchaba. Entonces el cura empezó a hablar en voz alta e insistente del estigma de Caín. En ese momento sentí una especie de contacto o llamada; y, levantando los ojos, vi a Demian que se volvía hacia mí desde las primeras filas de pupitres con una mirada penetrante y significativa, cuya expresión lo mismo podía ser burlona que grave. Me miró sólo un instante; y, de pronto, me fijé con toda atención en las palabras del párroco. Le oí hablar de Caín y del estigma sobre su frente, y tuve en lo más profundo la conciencia de que las cosas no eran como él las decía, que también se podían interpretar de otra manera y que era posible una crítica.

En este momento se estableció de nuevo contacto entre Demian y yo. Y es curioso: apenas surgió en el alma aquella sensación de concordancia con él, se reflejó también, como por arte de magia, en el espacio. No sé si lo consiguió él o si fue pura casualidad; yo entonces creía firmemente en las casualidades. A los pocos días, Demian había cambiado de sitio y vino a sentarse delante de mí durante las clases de religión. (Aún recuerdo con qué placer aspiraba yo, en el aire viciado de hospicio de aquella aula repleta, el perfume fresco y suave de jabón que exhalaba su nuca). Y unos días después volvió a cambiar de lugar y se sentó junto a mí, y allí permaneció durante todo el invierno y la primavera.

Las clases de la mañana se habían transformado por completo. Ya no eran adormecedoras y aburridas. Me hacían ilusión. A veces escuchábamos los dos al pastor con la mayor atención; y una mirada de mi vecino bastaba para que me fijara en una historia curiosa, en una frase extraña, y otra mirada, muy especial, bastaba para alertarme y despertar en mí la crítica y la duda. Pero muchas veces éramos malos alumnos y no oíamos nada de la clase. Demian era siempre muy correcto con los profesores y con los compañeros; nunca hacía tonterías de colegial, nunca se le oía reír ruidosamente o charlar, nunca provocaba las reprimendas del profesor. Sin embargo, en voz baja, y más por señas y miradas que por palabras, supo hacerme partícipe de

sus propios problemas. Estos eran en parte muy curiosos.

Me dijo, por ejemplo, qué compañeros le interesaban y de qué manera les estudiaba. A algunos les conocía muy bien. Un día me dijo antes de clase:

—Cuando te haga una señal con el dedo, fulano o mengano se dará la vuelta para mirarnos o se rascará la cabeza.

Durante la clase, cuando apenas me acordaba ya de aquello, Max me hizo una señal muy ostensible con el dedo; miré rápidamente hacia el alumno señalado y le vi en efecto hacer el gesto esperado, como movido por un resorte. Yo insistí en que Max hiciera el experimento con el profesor, pero no quiso. Sin embargo, una vez llegué a clase y le conté que no había estudiado la lección y que confiaba en que el pastor no me preguntara. Entonces Demian me ayudó. El cura buscaba a un alumno para que le recitara un trozo del catecismo, y su mirada vacilante se posó sobre la expresión culpable de mi rostro. Se acercó lentamente y alargó un dedo hacia mí; ya tenía mi nombre en los labios cuando de pronto se puso inquieto y distraído, empezó a dar tirones de su alzacuello, se acercó a Demian, que le miraba fijamente a los ojos, pareció que quería preguntarle algo, y finalmente se apartó bruscamente, tosió un rato y llamó a otro alumno.

Poco a poco, en medio de aquellas bromas que tanto me divertían, me di cuenta de que mi amigo, a menudo, también jugaba conmigo. A veces, yendo al colegio, presentía de pronto que Demian me seguía y, al volverme, le encontraba efectivamente allí.

—¿Puedes conseguir, de verdad, que otro piense lo que tú quieres? —le pregunté.

Me respondió amablemente con la tranquilidad y objetividad de su madurez adulta:

—No —dijo—, eso no es posible. No tenemos una voluntad libre, aunque el párroco haga como si así fuera. Ni el otro puede pensar lo que quiere, ni yo puedo obligarle a pensar lo que quiero. Lo único que puede hacerse es observar atentamente a una persona; generalmente se puede decir luego con exactitud lo que piensa o siente y, por consiguiente, también se puede predecir lo que va a hacer inmediatamente después. Es muy sencillo; lo que ocurre es que la gente no lo sabe. Naturalmente se necesita entrenamiento. Entre las mariposas hay, por ejemplo, cierta especie nocturna en la que las hembras son menos numerosas que los machos. Las mariposas se reproducen como los demás animales: el macho fecunda a la hembra, que pone luego los huevos; si capturas una hembra de esta especie —y esto ha sido comprobado por los científicos— los machos acuden por la noche, haciendo un recorrido de varias horas de vuelo. Varias horas, ¡imagínate! Desde muchos kilómetros de distancia los machos notan la presencia de la única hembra de todo el contorno. Se ha intentado explicar el fenómeno, pero es imposible. Debe de tratarse de un sentido del olfato o algo parecido, como en los buenos perros de caza, que

saben encontrar y perseguir un rastro casi imperceptible. ¿Comprendes? Ya ves, la naturaleza está llena de estas cosas, y nadie puede explicarlas. Y yo digo entonces: si entre estas mariposas las hembras fueran tan numerosas como los machos, éstos no tendrían el olfato tan fino. Lo tienen únicamente porque lo han entrenado. Si un animal o un ser humano concentra toda su atención y su voluntad en una cosa determinada, la consigue. Ese es todo el misterio. Y lo mismo ocurre con lo que tú dices. Observa bien a un hombre y sabrás de él más que él mismo.

Estuve a punto de pronunciar las palabras «adivinación de pensamiento» y recordarle con ellas la historia de Kromer, que quedaba tan lejana. Pero con respecto a ese asunto sucedía algo muy raro entre nosotros: ni él ni yo hacíamos nunca la más mínima alusión a que hacía unos años él había intervenido de una manera tan decisiva en mi vida. Era como si nunca hubiera habido nada entre nosotros o como si cada uno contara con que el otro hubiera olvidado lo pasado. Sucedió incluso que nos encontramos una o dos veces con Franz Kromer yendo por la calle pero no intercambiamos ni una mirada ni pronunciamos palabra alguna sobre él.

—¿Cómo explicas lo de la voluntad? —pregunté—. Dices que no tenemos libre albedrío, pero también aseguras que uno no tiene más que concentrar su voluntad sobre un objetivo para conseguirlo. Ahí hay una contradicción. Si no soy dueño y señor de mi voluntad, tampoco puedo concentrarla libremente sobre esto o aquello.

Me dio unas palmadas en el hombro. Siempre lo hacía cuando alguna ocurrencia mía le gustaba.

—Así me gusta, que me preguntes —exclamó riendo—. Siempre hay que preguntar, que dudar. Verás, es muy sencillo. Si una de esas mariposas, por ejemplo, quisiera concentrar su voluntad sobre una estrella, o algo por el estilo, no podría hacerlo. Así, ni lo intenta siquiera. Elige como objetivo sólo lo que tiene sentido y valor para ella, algo que necesita, algo que le es imprescindible. Por eso logra lo increíble; desarrolla un fantástico sexto sentido, que ningún animal excepto ella posee. Nosotros tenemos un radio de acción más amplio y más intereses que un animal. Pero también estamos limitados a un círculo relativamente estrecho y no podemos salir de él. Yo puedo fantasear sobre esto o aquello, imaginarme algo —por ejemplo, que me es indispensable ir al Polo Norte, o algo por el estilo— pero sólo puedo llevarlo a cabo y desearlo con suficiente fuerza si el deseo está completamente enraizado en mí, si todo mi ser está penetrado de él. En el momento en que esto sucede e intentas algo que se te impone desde dentro, la cosa marcha; entonces puedes enganchar tu voluntad al carro, como si fuera un buen caballo de tiro. Si yo, por ejemplo, me propusiera conseguir que nuestro pastor no volviera a llevar gafas, no lo lograría. Sería un puro juego. Pero cuando me propuse en el otoño que me cambiara de pupitre, lo logré fácilmente. De pronto apareció un

chico que me precedía en la lista alfabética y que había estado enfermo hasta entonces; como alguien tenía que cederle el sitio, fui yo quien lo hizo porque mi voluntad estaba decidida a aprovechar inmediatamente la ocasión.

—Sí —dije—, a mí también me produjo una sensación muy extraña aquello. Desde el momento en que empezamos a interesarnos el uno por el otro te fuiste acercando a mí cada vez más. Pero ¿cómo sucedió? Al principio no conseguiste sentarte a mi lado; durante algún tiempo ocupaste el banco delante del mío. ¿Cómo sucedió aquello?

—De la manera siguiente: yo mismo no sabía con exactitud a dónde quería trasladarme. Sabía únicamente que quería estar sentado más atrás. Me lo dictaba mi deseo de acercarme a ti pero no lo sabía conscientemente. Al mismo tiempo, tu voluntad también actuaba tirando de mí, ayudándome. Hasta que no estuve sentado delante de ti no me di cuenta de que mi deseo estaba realizado solamente en parte; me di cuenta de que lo que deseaba era estar junto a ti.

—Pero entonces no entró ningún alumno nuevo en nuestra clase.

—No, pero yo hice simplemente lo que me apetecía y me sente por las buenas a tu lado. El chico con el que cambié de sitio sólo se extrañó y me dejó hacer. El cura notó una vez que allí se había producido un cambio; en general cada vez que tiene que dirigirse a mí, algo le inquieta oscuramente: sabe muy bien que me llamo Demian y que yo, con un apellido empezando con la letra D, no debo estar detrás, entre la 5. Pero eso no llega a su conciencia porque mi voluntad se lo impide y porque yo le pongo obstáculos. El buen hombre se da cuenta de que hay algo que no funciona, me mira y empieza a devanarse los sesos. Pero tengo un remedio muy sencillo. Siempre le miro fijamente a los ojos. La mayoría de la gente no lo resiste. Todos se ponen muy inquietos. Cuando quieras conseguir algo de alguien, le miras inesperadamente a los ojos con firmeza; si ves que no se intranquiliza, puedes renunciar a tu deseo, no vas a conseguir nada de él. Yo no conozco más que una persona con la que me falle el sistema.

—¿Quién? —pregunté rápidamente.

Me miró con los ojos levemente guiñados, como cuando pensaba intensamente. Luego los apartó y no dio ninguna respuesta. A pesar de la curiosidad tan fuerte que sentía, no pude repetir la pregunta.

Creo, sin embargo, que se refería a su madre. Parecía vivir con ella en una confianza total. Sin embargo, nunca me hablaba de ella, ni me llevaba a su casa. Yo apenas la conocía.

En aquella época intenté algunas veces imitarle y concentrar mi voluntad sobre un deseo con toda intensidad para conseguirlo. Eran deseos que me parecían bastante apremiantes. Pero no lograba nada. Nunca me atreví a hablar de ello con Demian. Lo que yo deseaba no hubiera podido confesárselo; y él tampoco preguntaba.

Mi fe religiosa había sufrido entretanto bastante deterioro; sin embargo, mis pensamientos, influenciados por Demian, se

diferenciaban de aquellos de mis compañeros que habían llegado al escepticismo total. Había unos cuantos que ocasionalmente dejaban caer frases sobre lo ridículo e indigno que era creer aún en Dios y en historietas tales como la Santísima Trinidad y la Inmaculada Concepción, y que opinaban que era una vergüenza seguir contando todavía semejantes patrañas. Yo no pensaba así en absoluto. Aun en los casos de duda, conocía a través de las experiencias de mi niñez la realidad de una vida piadosa como la que llevaban mis padres, y sabía que no era indigna ni falsa. Es más: seguía sintiendo el mayor respeto por lo religioso. Pero Demian me había acostumbrado a considerar e interpretar los relatos y dogmas religiosos con más libertad y personalidad, con más fantasía; por lo menos yo seguía siempre con agrado las interpretaciones que él me proponía, aunque muchas me parecieran demasiado extremistas, como la historia de Caín. Una vez, sin embargo, llegó a asustarme durante la clase de religión con una teoría aún más atrevida. El profesor había hablado del Gólgota. El relato bíblico de la Pasión y Muerte del Salvador me había impresionado mucho ya desde niño; cuando mi padre nos leía en Viernes Santo la historia de la Pasión, yo vivía profundamente emocionado en ese mundo dolorosamente hermoso de Getsemani y del Gólgota, pálido y fantasmal pero tremendamente vivo. Cuando escuchaba La Pasión según San Mateo, de Bach, el sombrío y poderoso fulgor del dolor que irradiaba aquel mundo misterioso me inundaba con estremecimientos místicos. Aun hoy esta música y el Actus tragicus son para mí la quintaesencia de la poesía y la expresión artística.

Al final de aquella clase, Demian me dijo muy pensativo:

—Hay algo, Sinclair, que no me gusta. Vuelve a leer la historia y analízala bien; verás que tiene un sabor falso. Me refiero a los dos ladrones. ¡Es grandioso el cuadro de las tres cruces erguidas allá, sobre la colina! ¿Para qué nos vienen con la historia sentimental del buen ladrón? Primero fue un criminal y cometió Dios sabe cuántos delitos; después se desmorona y celebra verdaderos festines de arrepentimiento y contrición. ¿Me puedes decir qué sentido tiene ese arrepentimiento a dos pasos de la tumba? No es más que la típica historia de curas, dulzona, falsa y sentimentalona con fondo muy edificante. Si hoy tuvieras que escoger de entre los dos hombres a uno como amigo, o tuvieras que decidirte por uno para darle tu confianza, seguro que no elegirías a ese converso llorón. No, elegirías al otro, que es todo un hombre y tiene carácter; le importa tres pitos la conversión, que, dada su situación, no puede ser más que palabrería, y sigue su camino hasta el final, sin renegar en el último momento cobardemente del demonio que le había ayudado hasta entonces. Es un carácter; y los hombres con carácter quedan siempre malparados en la Biblia. Quizá fuera un descendiente de Caín; ¿tú que crees?

Me quedé consternado. Había creído estar totalmente familiarizado con la historia de la Pasión y ahora descubría con qué

poca personalidad, imaginación y fantasía la había escuchado y leído. Sin embargo, el nuevo pensamiento de Demian me sonaba muy mal y amenazaba conceptos cuya existencia me creía obligado a salvar. No, no se podía jugar así con las cosas, incluso con las más sagradas. Él, como siempre, notó inmediatamente mi resistencia, antes de que yo dijera algo.

—Ya sé —dijo resignado—, es la eterna historia. ¡El caso es no ser consecuente! Pero te voy a decir una cosa: éste es uno de los puntos en los que aparecen con toda claridad los fallos de nuestra religión. El Dios del Antiguo y Nuevo Testamento es, en efecto, una figura extraordinaria; pero no es lo que debe representar. Él es lo bueno, lo noble, lo paternal, lo hermoso, y, también, lo elevado y lo sentimental. ¡De acuerdo! Sin embargo, el mundo se compone de otras cosas; y éstas se adjudican simplemente al diablo, escamoteando y silenciando toda una mitad del mundo. Se venera a Dios como padre de la vida, negando al mismo tiempo la vida sexual, sobre la que se basa la vida misma, declarándola diabólica y pecaminosa. No tengo nada en contra de que se venere al Dios Jehová. ¡En absoluto! Pero opino que deberíamos santificar y venerar al mundo en su totalidad, no sólo a esa mitad oficial, separada artificialmente. Por lo tanto, deberíamos tener un culto al demonio junto al culto divino. Sería lo justo. O si no, habría que crear un dios que integrara en sí al diablo y ante el que no tuviéramos que cerrar los ojos cuando suceden las cosas más naturales de la vida.

Demian —en contra de su costumbre— se había acalorado; mas en seguida volvió a sonreír y dejó de acosarme.

Sus palabras dieron en el misterio de mis años infantiles, misterio que sentía en cada momento y del que no había dicho ni una palabra a nadie. Lo que dijo Demian sobre Dios y el demonio, sobre el mundo oficial y divino frente al mundo demoníaco silenciado, correspondía a mi propio pensamiento, a mi mito, a mi idea de los dos mundos o mitades, la clara y la oscura. El descubrimiento de que mi problema era el de todos los seres humanos, un problema de toda vida y todo pensamiento, se cernió de pronto sobre mí como una sombra divina y me llenó de temor y respeto al ver y sentir que mi vida y mis pensamientos más íntimos y personales participaban de la eterna corriente del pensamiento humano. El descubrimiento no fue alegre, aunque sí alentador y reconfortante. Era duro y áspero, porque encerraba en sí responsabilidad, soledad y despedida definitiva de la infancia.

Revelando por primera vez en mi vida un secreto tan íntimo, conté a mi amigo los conceptos, tan arraigados desde mi infancia, de los «dos mundos»; y él se dio cuenta en seguida de que, en lo más profundo, yo aceptaba sus razonamientos. Pero no era su estilo aprovecharse de ello. Me escuchó con más atención que nunca, mirándome fijamente a los ojos, hasta que tuve que apartar los míos porque volví a sorprender en su mirada aquella extraña intemporalidad

casi animal, aquella inconcebible antigüedad.

—Ya hablaremos otro día —dijo con cuidado—. Veo que piensas más de lo que puedes expresar. Claro que si es así te darás cuenta también de que nunca has vivido completamente lo que piensas; y eso no es bueno. Sólo el pensamiento vivido tiene valor. Hasta ahora has sabido que tu «mundo permitido» sólo era la mitad del mundo y has intentado escamotear la otra mitad, como hacen los curas y los profesores. ¡Pero no lo conseguirás! No lo consigue nadie que haya empezado a pensar.

Sus palabras me llegaron al alma.

—Pero —exclamé casi gritando— hay cosas verdaderamente feas y prohibidas; ¡no puedes negarlo! Están prohibidas y tenemos que renunciar a ellas. Yo sé que existen el crimen y los vicios; pero porque existan no voy yo a convertirme en un criminal.

—Hoy no agotaremos el tema —me tranquilizó Max—. Desde luego, no vas a asesinar o violar muchachas, no. Pero aún no has llegado al punto en que se ve con claridad lo que significa en el fondo «permitido» y «prohibido». Has descubierto sólo una parte de la verdad. Ya vendrá el resto, no te preocupes. Por ejemplo: desde hace un año sientes en ti un instinto, que pasa por «prohibido», más fuerte que todos los demás. Los griegos y muchos otros pueblos, en cambio, han divinizado este instinto y lo han venerado en grandes fiestas. Lo «prohibido» no es algo eterno; puede variar. También hoy cualquiera puede acostarse con una mujer si antes ha ido al sacerdote y se ha casado con ella. En otros pueblos es de otra manera. Por eso cada uno tiene que descubrir por sí mismo lo que le está prohibido. Se puede ser un gran canalla y no hacer jamás algo prohibido. Y viceversa. Probablemente es una cuestión de comodidad. El que es demasiado cómodo para pensar por su cuenta y erigirse en su propio juez, se somete a las prohibiciones, tal como las encuentra. Eso es muy fácil. Pero otros sienten en sí su propia ley; a esos les están prohibidas cosas que los hombres de honor hacen diariamente y les están permitidas otras que normalmente están mal vistas. Cada cual tiene que responder de sí mismo.

De pronto, como si se arrepintiera de haber hablado tanto, enmudeció. Ya entonces intuía yo de forma aproximada lo que Demian sentía cuando actuaba así; pues aunque solía exponer sus ideas de una manera muy agradable y aparentemente ligera, detestaba «hablar por hablar», como me dijo un día. Notaba en mí que, junto al auténtico interés, había demasiado juego, demasiado placer en el parloteo intelectual; en una palabra, falta de absoluta seriedad.

Al volver a leer las últimas palabras que he escrito: «absoluta seriedad», recuerdo otra escena que viví con Max Demian en aquellos tiempos aún semiinfantiles y que me impresionó vivamente.

Se acercaba la fecha de nuestra confirmación. Las últimas clases de religión trataban de la comunión. El pastor dio mucha importancia al

tema, cuidó mucho sus explicaciones y consiguió que en estas últimas clases hubiera un cierto ambiente de unción religiosa. Sin embargo, precisamente entonces mis pensamientos se concentraban en otra cosa: en la persona de mi amigo. Esperando la confirmación, que se nos explicaba como solemne acogida en la comunidad de la Iglesia, yo pensaba constantemente que el valor de aquel medio año de enseñanza religiosa no estaba en lo que había aprendido sino en la proximidad e influencia de Demian. No me preparaba a ser recibido en la Iglesia, sino en algo muy distinto: en una orden del pensamiento y de la personalidad que tenía que existir sobre la tierra y cuyo enviado o emisario consideraba yo a mi amigo.

Intenté rechazar aquella idea porque sería vivir, a pesar de todo, la ceremonia de la confirmación con cierta dignidad, que me parecía poco compatible con mis nuevos pensamientos. Pero fue en vano: el pensamiento estaba ahí y lentamente se fue uniendo al de la cercana ceremonia religiosa. Estaba dispuesto a celebrarla de manera distinta a los demás. Para mí iba a significar la entrada en un mundo ideológico que me había sido revelado por Demian.

En aquellos días volví a discutir vivamente con él; fue antes de una clase de religión. Mi amigo estaba distante y no se animaba ante mis palabras, que seguramente eran muy sabihondas y pretenciosas.

—Hablamos demasiado —dijo con desacostumbrada seriedad—. Las palabras ingeniosas carecen totalmente de valor. Sólo le alejan a uno de sí mismo. Y alejarse de uno mismo es pecado. Hay que saber recogerse en sí mismo por completo, como las tortugas.

Poco después entramos en clase. Comenzó la lección y yo me esforcé en atender. Demian no intentó distraerme. Al cabo de un rato empecé a sentir a mi lado, donde estaba él sentado, algo extraño: un vacío, un frío o algo parecido, como si el lugar que ocupaba se hubiera quedado desierto. Cuando aquella sensación empezó a hacérseme insoportable, volví la cabeza.

Vi a mi amigo sentado muy derecho y correcto, como siempre. Sin embargo, tenía un aspecto totalmente diferente al acostumbrado; algo que yo desconocía irradiaba de él y le rodeaba. Creí que tenía cerrados los ojos, pero luego vi que los mantenía abiertos; estaban fijos, no miraban, no veían. Estaban dirigidos hacia dentro, hacia una remota lejanía. Demian estaba completamente inmóvil y parecía que no respiraba; su boca parecía como esculpida en madera o mármol, su rostro pálido, de una palidez uniforme, era como de piedra, y sólo su pelo castaño tenía vida. Sus manos descansaban delante de él, sobre el pupitre, inertes y quietas como objetos, como piedras o frutas, pálidas e inmóviles; pero no blandamente, sino como firme y segura protección de una intensa y oculta vida.

Aquel espectáculo me hizo temblar. «¡Está muerto!», pensé y estuve a punto de gritar. Pero sabía que no lo estaba. Fascinado, no podía apartar los ojos de su rostro, de aquella pálida y pétrea máscara,

sintiendo que aquel era el verdadero Demian. Lo que solía aparentar cuando iba y hablaba conmigo no era más que una parte de Demian, aquel que durante un rato representaba un papel, plegándose y amoldándose para dar gusto. Pero el verdadero Demian tenía este aspecto pétreo, ancestral, animal, bello y frío, muerto y al mismo tiempo rebosante de una vida fabulosa. ¡Y en torno suyo el vacío silencioso, el éter, los espacios siderales, la muerte solitaria!

«Ahora se ha sumergido del todo en sí mismo», pensé estremecido. Nunca me había sentido tan solo. Yo no participaba de él; estaba fuera de mi alcance, más lejos que si se encontrara en la isla más lejana del mundo.

No podía comprender cómo nadie, excepto yo, se daba cuenta. ¡Todos tenían que verle, todos tenían que estremecerse! Pero nadie se fijó en Demian. Seguía erguido como una estatua, rígido como un ídolo —según me pareció entonces—, mientras una mosca se posaba sobre su frente y recorría lentamente su nariz y sus labios, sin que él reaccionara con el más leve gesto.

¿Dónde se encontraba en esos instantes? ¿Qué pensaba, qué sentía? ¿Se hallaba en un paraíso o en un infierno?

No me fue posible preguntárselo. Cuando al final de la clase le volví a ver vivir y respirar, nuestras miradas se cruzaron y constaté que era el de antes. ¿De dónde venía? ¿Dónde había estado? Parecía cansado. Su rostro tenía otra vez color, sus manos se movían; su pelo castaño, sin embargo, parecía ahora sin brillo y como cansado.

En los días que siguieron intenté varias veces en mi dormitorio un nuevo ejercicio: me sentaba muy derecho en una silla, inmovilizaba los ojos, me quedaba completamente quieto y esperaba a ver cuánto tiempo podía aguantar y qué sensaciones tenía. Pero sólo conseguí cansarme y que los párpados me escocieran fuertemente.

Poco después fue la confirmación, de la que no me ha quedado ningún recuerdo importante.

Después, todo cambió. La niñez fue derrumbándose a mi alrededor. Mis padres empezaron a mirarme un poco desconcertados. Mis hermanas me resultaban muy extrañas. Un vago desengaño deformaba y desteñía los sentimientos y las alegrías a que estaba acostumbrado. El jardín ya no tenía perfume, el bosque no me atraía; el mundo a mi alrededor parecía un saldo de cosas viejas, gris y sin atractivo; los libros eran papel y la música ruido. Así van cayendo las hojas de un árbol otoñal, sin que él lo sienta; la lluvia, el sol o el frío resbalan por su tronco, mientras la vida se retira lentamente a lo más íntimo y lo más recóndito. El árbol no muere, espera.

Se había decidido que después de las vacaciones iría a otro colegio, por vez primera, lejos de casa. A veces, mi madre se acercaba a mí con especial ternura, despidiéndose ya por adelantado y esforzándose en llenar mi corazón de amor, nostalgia y recuerdo. Demian estaba de viaje. Yo estaba solo.

4. BEATRICE

Al terminar las vacaciones, salí para St. sin haber vuelto a ver a mi amigo. Mis padres me acompañaron, dejándome, con toda clase de cuidados, en una pensión internado para colegiales regida por un profesor del Instituto. Se hubieran quedado helados de espanto si hubieran sabido a qué cosas me exponían.

El problema seguía siendo si, con el tiempo, podría yo llegar a ser un buen hijo y un ciudadano útil o si mi naturaleza me empujaría por otros caminos. Mi último intento de ser feliz a la sombra del hogar y dentro del espíritu paterno había durado mucho; a veces lo había conseguido, pero al final fracasé por completo.

El extraño vacío y la soledad que por primera vez sentí durante las vacaciones después de la Confirmación —luego se me haría muy familiar este vacío, este aire enrarecido— no desaparecieron tan deprisa. La despedida del hogar no me costó gran esfuerzo; casi me avergoncé de no estar más triste. Mis hermanas lloraban sin motivo; yo no podía. Estaba asombrado de mí mismo. Siempre había sido, en el fondo, un niño sentimental y bueno. Ahora estaba completamente transformado. El mundo exterior me era completamente indiferente, y, durante días, no hacía más que escucharme a mí mismo y los torrentes misteriosos y oscuros que fluían dentro de mí. Había crecido mucho en el último medio año y me asomaba al mundo como un muchacho largirucho, delgado e inmaduro. La gracia del niño había desaparecido del todo; yo mismo sentía que así no se me podía querer, y tampoco yo me quería nada a mí mismo. Muchas veces echaba de menos a Max Demian; pero no pocas también le odiaba y le reprochaba el empobrecimiento de mi vida, que soportaba como una fea enfermedad.

En el internado al principio no me querían ni estimaban. Primero me tomaron el pelo, después se apartaron de mí, considerándome un cobarde y un solitario antipático. Me volqué en mi papel, exagerándolo, y me encastillé en una soledad rencorosa que hacia fuera tenía todas las apariencias de un desprecio muy viril del mundo mientras en el fondo sucumbía a devoradores ataques de melancolía y desesperación. En las clases pude ir tirando con los conocimientos acumulados en casa; mi curso estaba un poco retrasado en comparación conmigo y me acostumbré a tratar a mis compañeros con cierto desprecio, como si fueran niños.

Las cosas siguieron así un año y más; tampoco las primeras vacaciones en casa trajeron nada nuevo; volví a marcharme contento al colegio.

Era a principios de noviembre. Yo había cogido la costumbre de dar cortos y pensativos paseos, hiciese el tiempo que hiciese, en los que solía disfrutar de una especie de placer, lleno de melancolía, de

desprecio al mundo y a mí mismo. Una tarde húmeda y nebulosa divagaba yo por los alrededores de la ciudad. El ancho paseo del parque, completamente desierto, invitaba a pasear por él; el camino estaba cubierto de hojas caídas, en las que yo hundía los pies con oscura voluptuosidad. Olía a humedad amarga, y los árboles lejanos surgían de la niebla, fantasmagóricos, grandes y sombríos.

Al final del paseo me paré indeciso, con los ojos clavados en la hojarasca negra, respirando con ansia el aroma mojado de descomposición y muerte, al que algo en mí respondía y saludaba. ¡Oh, qué insípida me resultaba la vida!

De uno de los caminos laterales salió alguien con capa flotante; yo quería seguir andando, pero el recién llegado me llamó.

—¡Eh! ¡Sinclair!

Se acercó. Era Alfons Beck, el mayor del internado. A mí me resultaba simpático y no tenía nada contra él, excepto que siempre me trataba, como a todos los más pequeños, de una manera irónica y paternal. Todos le considerábamos como el más fuerte; decían que tenía dominado al director del internado y era el héroe de muchas leyendas escolares.

—¿Qué haces tú por aquí? —me gritó jovialmente, en el tono que adoptaban los mayores cuando se dignaban hablar con nosotros—. ¡Apuesto a que estás haciendo versos!

—Ni pensarlo —negué bruscamente.

Beck soltó una carcajada y echó a andar junto a mí, charlando como yo no estaba ya acostumbrado a hacerlo.

—No creas que no lo comprendo, Sinclair. Tiene un no sé qué caminar así en la niebla al atardecer, con pensamientos otoñales. Comprendo que se caiga en la tentación de hacer versos. Sobre la naturaleza que muere y sobre la juventud perdida que se le parece. Como Heinrich Heine.

—No soy tan sentimental —me defendí.

—Bueno, bueno ¡déjalo! Pero con un tiempo así creo que es mejor buscar un lugar recogido donde se pueda tomar un vasito de vino o algo por el estilo. ¿Te vienes conmigo un rato? Precisamente estoy completamente solo. O ¿quizá no te apetece? No quiero pervertirte amigo, a lo mejor eres un niño modelo.

Poco después nos encontrábamos en un tabernucho de las afueras de la ciudad, bebiendo un vino dudoso y entrechocando los vasos de vidrio grueso. Al principio aquello no me gustaba demasiado, pero al menos era algo nuevo. Al poco rato, bajo el efecto del vino, me volví muy locuaz. Era como si en mi interior se hubiese abierto una ventana y el mundo entrara resplandeciente. ¡Cuánto tiempo hacía que mi alma no se desahogaba hablando! Me puse a fantasear y de pronto saqué a relucir la historia de Caín y Abel.

Beck me escuchaba complacido. ¡Por fin alguien a quien yo daba algo! Me golpeaba en el hombro y me llamaba «chico del demonio»; y a

mí se me hinchaba el corazón del placer de dejar correr generosamente todos los deseos acumulados de hablar y comunicarme, de ser reconocido por alguien y de valer algo a los ojos de uno mayor que yo. Cuando me dijo que era un «pillastre genial», sus palabras me inundaron el alma como un vino dulce y embriagador. El mundo ardía con nuevos colores, los pensamientos me venían de cien mil fuentes audaces, sentía llamear en mí el fuego y el ingenio. Hablamos de los profesores y de los compañeros y a mí me dio la impresión de que nos entendíamos estupendamente. Hablamos sobre los griegos y los paganos. Beck quería a toda costa que le hiciera confidencias sobre aventuras amorosas. Pero en ese terreno yo no podía seguir la conversación; no había vivido nada y nada podía contar. Y lo que había sentido, construido y fantaseado en mi cabeza, lo llevaba ardiendo en el alma y no se hubiera disuelto o hecho comunicable sólo con el vino. Beck sabía mucho más de las chicas que yo, y escuché con la cara encendida sus cuentos. Me enteré de cosas increíbles; cosas que nunca hubiera creído posibles se hacían reales y parecían normales. Alfons Beck, con sus dieciocho años, tenía ya alguna experiencia. Entre otras, que la relación con las chicas jóvenes tenía sus pegas; no querían más que carantoñas y galanterías, y eso estaba bien pero no era lo verdadero. De las mujeres se podía esperar mucho más. Las mujeres eran más razonables. Por ejemplo, la señora Jaggelt, la de la tienda de cuadernos y lapiceros; con ésa se podía uno entender; y las cosas que habían sucedido detrás del mostrador no eran para contarlas.

Yo estaba fascinado y aturdido. Yo, desde luego, no hubiera podido enamorarme de la señora Jaggelt precisamente; pero, a fin de cuentas la historia era increíble. Parecía que había posibilidades —por lo menos para los mayores— que yo nunca hubiera imaginado. Sin embargo, también había algo falso en todo aquello; me sabía a menos y a más vulgar de lo que, según mi opinión, debía ser el amor; pero era la realidad, era la vida y la aventura. A mi lado tenía a uno que lo había vivido y a quien parecía natural.

Nuestra conversación había bajado de nivel, había perdido algo. Yo no era ya el niño genial; ahora sólo era un chico escuchando a un hombre. Pero aun así, comparado con lo que había sido mi vida desde hacía meses y meses, resultaba maravilloso y paradisíaco.

Además fui dándome cuenta lentamente de que todo lo que estaba haciendo, desde estar en la taberna hasta el tema de nuestra conversación, estaba prohibido terminantemente, saboreaba al menos el espíritu rebelde de la situación.

Recuerdo con todo detalle aquella noche. Al volver los dos a casa, tarde, bajo los faroles mortecinos, en la noche fresca y mojada, iba borracho por primera vez en mi vida. No era nada grato, sino muy desagradable; y, sin embargo, hasta esto tenía algo, un atractivo, una dulzura: era la rebelión y la orgía, la vida y el espíritu. Beck se portó muy bien conmigo, aunque iba enfadado y me regañaba por novato. Me

llevó casi en brazos hasta el internado, donde consiguió que entráramos, sin ser descubiertos, por una ventana abierta.

Al despertar de la borrachera, tras un breve y mortal sueño, me sobrevino una desesperada tristeza. Me erguí en la cama, aún con la camisa del día anterior —mi ropa y mis zapatos andaban tirados por el suelo y olían a tabaco y a vomitona—, entre dolores de cabeza, vértigo y una sed abrasadora; en mi alma surgió una imagen con la que hacia tiempo que no me enfrentaba. Vi mi ciudad natal y la casa de mis padres, a mi padre y a mi madre, a mis hermanas, el jardín; mi dormitorio tranquilo y acogedor, el colegio y la Plaza Mayor; vi a Demian, las clases de religión. Y todo era diáfano y estaba como bañado en luz; todo era maravilloso, divino y puro; y todo —en ese momento me daba cuenta— me había pertenecido hasta hacía unas horas, me había estado esperando, y ahora, sólo ahora, en este momento, había desaparecido: ya no me pertenecía, me excluía, me miraba con asco. Todo el amor y el cariño que me habían dado mis padres, remontándome hasta los más lejanos y dorados paraísos de la infancia, cada beso de mi madre, cada Navidad, cada mañana de domingo, clara y piadosa, cada flor del jardín… todo estaba destrozado. ¡Yo había pisoteado todo con mis pies! Si ahora hubieran aparecido unos esbirros y me hubiesen agarrado y conducido al patíbulo, por descastado y sacrílego, habría estado de acuerdo, les hubiera seguido con gusto y me hubiera parecido justo y bien.

Así era yo en el fondo. ¡Yo, que despreciaba a todo el mundo! ¡Yo, que sentía el orgullo de la inteligencia y compartía los pensamientos de Demian! Así era yo: una infame basura, borracho y sucio, asqueroso y grosero, una bestia salvaje dominada por horribles instintos. Este era yo, el que venía de los jardines donde todo es pureza, luz y suave delicadeza, el que había disfrutado con la música de Bach y los bellos poemas. Aún me parecía escuchar con asco y con indignación mi propia risa, una risa borracha, descontrolada, que brotaba estúpidamente a borbotones. Así era yo.

A pesar de todo, constituía casi un placer sufrir estos tormentos. Había vegetado tanto tiempo, ciego e insensible, y mi corazón había callado tanto tiempo, empobrecido y arrinconado, que esta autoacusación, este horror, todo este sufrimiento espantoso del alma, eran un alivio. Eran al menos sentimientos, sentimientos ardientes en los que latía un corazón. Desconcertado, sentí en medio de la miseria algo así como una liberación y una nueva primavera.

Sin embargo, visto desde fuera, iba yo decididamente cuesta abajo. La primera borrachera dejó pronto paso a otras nuevas. En nuestro colegio se iba mucho de juerga a las tabernas, y yo era uno de los más jóvenes entre los asiduos. Pronto dejé de ser considerado como un chiquillo al que se tolera y me convertí en un cabecilla, famoso y atrevido cliente de las tabernas. Volvía a pertenecer por completo al mundo oscuro, al demonio; y en ese mundo me consideraban un tipo

sensacional.

A todo esto, yo me sentía muy mal. Vivía en una orgía autodestructiva y constante; y mientras mis compañeros me consideraban un cabecilla y un jabato, un muchacho valiente y juerguista, mi alma atemorizada aleteaba llena de angustia en lo más profundo de mi ser. Recuerdo que al salir de una taberna un domingo por la mañana me brotaron las lágrimas al ver a unos niños jugando en la calle, limpios y alegres, recién peinados y vestidos de domingo. Y mientras yo me divertía y a menudo, en torno a una mesa sucia en tabernas de baja estofa, asustaba a mis amigos con mi inaudito cinismo, tenía en el fondo del corazón un gran respeto por todo aquello que ridiculizaba y en mi interior me arrodillaba ante mi alma, ante mi pasado, ante mi madre, ante Dios.

Que yo nunca me compenetrara con mis compañeros, que permaneciera solitario entre ellos, tenía su explicación. Yo era todo lo juerguista y todo lo cínico que los demás brutos de nuestro grupo deseaban, y tenía ingenio y valentía en mis pensamientos y palabras sobre los profesores, el colegio, los padres, la Iglesia. También aceptaba los chistes obscenos y hasta me animaba a hacer alguno. Pero nunca acompañaba a mis compinches cuando iban en busca de las chicas. Me encontraba solo y lleno de un profundo deseo de amor, un deseo desesperado, en tanto que mis palabras eran las de un libertino redomado. Nadie era en este punto tan vulnerable y tímido como yo. Y cuando veía pasear a las muchachas jóvenes, arregladas y limpias, alegres y graciosas, me parecían maravillosos sueños de pureza, demasiado buenos y puros para mí.

Durante una temporada tampoco pude entrar en la papelería de la señora Jaggelt porque nada más mirarla me ponía colorado, recordando lo que Alfons Beck me había contado de ella.

Cuanto más solitario y extraño me sentía en aquella compañía, más trabajo me costaba separarme de ella. Verdaderamente no sé ya si el beber y fanfarronear me gustaron alguna vez demasiado; nunca llegué a acostumbrarme a la bebida y siempre sufrí sus penosas consecuencias. Era todo como una obligación. Yo hacía lo que creía que debía hacer; de otra forma, no hubiera sabido qué hacer conmigo mismo. Tenía miedo de los arrebatos, terriblemente intensos, de ternura y timidez a que tendía constantemente. Tenía miedo de los suaves pensamientos amorosos que me asaltaban.

Lo que más echaba de menos era un amigo. Había uno o dos compañeros que me resultaban simpáticos; pero como pertenecían al grupo de los buenos y mis vicios hacía tiempo que no eran ningún secreto, me evitaban. Todos me consideraban un perdido irremisible, bajo cuyos pies se tambaleaba ya el suelo. Los profesores conocían mis trastadas; ya había sido castigado varias veces: mi expulsión definitiva del colegio era algo que todos esperaban. Yo también lo sabía; además, hacía tiempo que no era un buen alumno y que me limitaba a seguir mal

que bien las clases, con la convicción de que aquello no podía seguir así mucho tiempo.

Hay muchos caminos por los que Dios puede llevarnos a la soledad y a nosotros mismos. Este fue el camino por el que me condujo entonces a mí. Fue como una pesadilla. A través de basura y viscosidad, sobre vasos de cerveza rotos y en noches enteras de cinismo, me veo a mí mismo, soñador hechizado, arrastrándome desasosegado y atormentado por un camino sucio y feo. Hay sueños así en los que de camino al castillo de la princesa encantada uno queda empantanado en barrizales y callejas llenas de malos olores y basuras. Así me sucedió a mí. De esta manera tan poco refinada, aprendí a estar solo y a levantar entre mi infancia y yo una puerta cerrada por guardianes implacables y resplandecientes. Esto fue un principio, un despertar de la nostalgia de mí mismo.

Aún me asusté cuando mi padre, alarmado por las cartas del director de la pensión, apareció por primera vez en St. y se enfrentó inesperadamente conmigo. Cuando vino por segunda vez, hacia fines del invierno, yo ya estaba endurecido e indiferente; le dejé que me riñera, que me rogara y que me recordara a mi madre. Al final se irritó mucho y dijo que si no cambiaba permitiría que me expulsaran del colegio ignominiosamente y me metería en un correccional. ¡A mí qué me importaba! Cuando partió, me dio pena de él; no había conseguido nada ni había encontrado un camino hasta mí; en algunos momentos, llegué a pensar que le estaba muy bien empleado.

Me tenía sin cuidado lo que iba a ser de mí. A mi modo, extraño y poco agradable, me encontraba en disensión con el mundo y lo expresaba metido en las tabernas y fanfarroneando. Esa era mi manera de protestar, con la que yo mismo me destrozaba; a veces me planteaba la cuestión en los siguientes términos: si el mundo no necesita gente como yo, si no sabe darles otro papel mejor y no puede emplearles en empresas superiores, entonces la gente como yo se irá a pique. Muy bien, que el mundo cargue con eso.

Las vacaciones navideñas de aquel año fueron bastante tristes. Mi madre se asustó al verme. Había crecido aún más y mi rostro delgado tenía un aspecto gris y demacrado, con rasgos cansados y párpados enrojecidos. La primera sombra de bigote y las gafas que llevaba desde hacía poco me hacían más extraño a sus ojos. Mis hermanas retrocedieron entre risitas. Todo fue muy enojoso: enojosa y amarga la conversación con mi padre en su despacho, enojoso saludar a los parientes, enojosa sobre todo la Nochebuena. Aquél había sido siempre el gran día de nuestra casa, la noche de la fiesta y el amor, de la gratitud, de la renovación de la alianza entre mis padres y yo. Esta vez todo resultó agobiante y embarazoso. Como siempre, mi padre dio lectura al Evangelio de los pastores «que cuidan sus rebaños en el campo»; como siempre, mis hermanas contemplaron deslumbradas sus regalos. Pero la voz de mi padre tenía un tono desgarrado y su rostro

parecía envejecido y abrumado. Mi madre estaba triste y a mí todo me resultaba desagradable y penoso: los regalos y las felicitaciones, el Evangelio y el árbol de Navidad. Las pastas navideñas olían dulces y exhalaban nubes de recuerdos más dulces aún. El árbol de Navidad despedía su perfume, hablando de cosas que ya no existían. Yo deseaba intensamente que llegara el fin de la noche y de las fiestas.

Y así prosiguió todo el invierno. El claustro de profesores me acababa de amonestar de nuevo y me amenazaba con la expulsión. Aquella situación no iba a durar mucho. Por mí... Sentía un especial rencor contra Max Demian. Durante todo este tiempo no le había vuelto a ver. Al principio de mi estancia en St. le había escrito dos veces pero sin recibir respuesta; por eso no fui a visitarle tampoco durante las vacaciones.

En el mismo parque donde había encontrado en el otoño a Alfons Beck, vi al comenzar la primavera, precisamente cuando los matorrales empezaban a ponerse verdes, a una muchacha que me llamó la atención. Yo había salido a pasear solo, lleno de pensamientos y preocupaciones desagradables porque mi salud estaba debilitada y además me encontraba constantemente en apuros económicos: debía ciertas cantidades a mis compañeros, tenía que inventar gastos necesarios para que me mandaran algo de casa, y había dejado acumular en varias tiendas cuentas de cigarros y cosas por el estilo. No es que estas preocupaciones fueran muy profundas; cuando mi estancia en el colegio tocara a su fin y yo me suicidara o fuera encerrado en un correccional, pensaba, todas estas minucias tampoco tendrían ya mucha importancia. Sin embargo, vivía constantemente cara a cara con estas cosas tan feas y sufría. Aquel día de primavera encontré en el parque a una muchacha que me atrajo mucho. Era alta y delgada, iba vestida elegantemente y tenía un rostro inteligente, casi de muchacho. Me gustó en seguida. Pertenecía al tipo de mujer que yo admiraba y empezó a ocupar mi fantasía. No sería mucho mayor que yo, pero estaba más hecha; era elegante y bien definida, casi ya una mujer, y tenía un aire de gracia y juventud en el rostro que me cautivó.

Nunca había conseguido acercarme a una chica de la que estuviera enamorado, y tampoco esta vez lo conseguí. Pero la impresión que me hizo fue más profunda que todas las anteriores y la influencia de este enamoramiento sobre mi vida fue decisiva.

De pronto volvió a alzarse ante mis ojos una imagen sublime y venerada. ¡Ah! ¡Ninguna necesidad, ningún deseo en mí tan profundo y fuerte como el de venerar y adorar! Le puse el nombre de Beatrice, nombre que conocía, sin haber leído a Dante, por una pintura inglesa cuya reproducción guardaba: una figura femenina, prerrafaelista, de esbeltos y largos miembros, cabeza fina y alargada y manos y rasgos espiritualizados. Mi joven y bella muchacha no se le parecía del todo, aunque tenía esa esbeltez un poco masculina que tanto me gustaba y algo de la espiritualidad del rostro.

Nunca crucé con Beatrice ni una palabra. Sin embargo, ejerció en aquella época una influencia profundísima sobre mí. Colocó ante mí su imagen, me abrió un santuario, me convirtió en un devoto que reza en un templo. De la noche a la mañana dejé de participar en las juergas y correrías nocturnas. De nuevo podía estar solo. Recobré el gusto por la lectura, por los largos paseos.

Esta súbita conversión me hizo blanco de todas las burlas. Pero ahora tenía algo que querer y venerar; tenía otra vez un ideal, la vida volvía a rebosar de intuiciones y misteriosos presagios; y aquello me inmunizaba. Volvía a encontrarme a mí mismo, aunque como esclavo y servidor de una imagen venerada.

No puedo recordar aquel tiempo sin cierta emoción. Otra vez intentaba reconstruir con sincero esfuerzo un «mundo luminoso» sobre las ruinas de un período de vida desmoronado. Otra vez vivía con el único deseo de acabar con lo tenebroso y malo en mi interior y de permanecer por completo en la claridad, de rodillas ante unos dioses. Al menos, el «mundo luminoso» de ahora era mi propia creación; ya no trataba de refugiarme y cobijarme en las faldas de mi madre y en la seguridad irresponsable. Era un nuevo espíritu de sumisión, creado y exigido por mí mismo, con responsabilidad y disciplina. La sexualidad bajo la que sufría y de la que siempre iba huyendo, se vería purificada en este fuego y convertida en espiritualidad y devoción. Ya no habría nada oscuro ni feo; se acabarían las noches en vela, las palpitaciones del corazón ante imágenes obscenas, el escuchar tras puertas prohibidas, la concupiscencia. En su lugar levantaría yo mi altar con la imagen de Beatrice; y, al consagrarme a ella, me consagraría al mundo del espíritu y a los dioses. La parte de vida que arrebataba a las fuerzas del mal, la sacrificaba a las de la luz. Mi meta no era el placer, sino la pureza; no la felicidad, sino la belleza y el espíritu.

Este culto a Beatrice transformó del todo mi vida. Todavía ayer un cínico precoz, era ahora sacerdote de un templo, con el deseo de convertirme en un santo. No sólo renuncié a la mala vida, a que me había acostumbrado, sino que intenté cambiar en todo e imbuir de pureza, nobleza y dignidad hasta el comer, el beber, el hablar y el vestir. Empezaba la mañana con abluciones frías, que en un principio me costaron gran esfuerzo de voluntad. Me comportaba seria y dignamente, andaba muy derecho, con paso lento y parsimonioso. Para un espectador todo aquello debía resultar ridículo; para mí, era puro culto divino.

Entre las nuevas actividades con que yo intentaba expresar el espíritu nuevo que me animaba, hubo una que adquirió gran importancia para mí. Empecé a pintar. Todo comenzó porque la pintura inglesa de Beatrice, que yo poseía, no se parecía del todo a aquella muchacha. Quería pintarla para mí. Con una alegría y una esperanza totalmente nuevas reuní en mi cuarto —hacía poco que tenía uno propio — papel, colores y pinceles y preparé paleta, vasos, platillos y lápices.

Los finos colores de temple en sus pequeños tubos me entusiasmaban. Había entre ellos un verde fogoso que aún me parece ver resplandecer en el pequeño cuenco de porcelana blanca.

Empecé con cuidado. Pintar un rostro era difícil; preferí ensayarme antes con otros temas. Pinté ornamentos, flores, pequeños paisajes imaginarios, un árbol junto a una ermita, un puente romano con cipreses. A veces me perdía del todo en aquel juego, feliz como un niño con su caja de colores. Por fin, comencé a pintar a Beatrice.

Los primeros dibujos fracasaron y los tiré. Cuanto más intentaba imaginarme el rostro de la muchacha, a la que solía ver por la calle, menos lo conseguía. Por fin renuncié a ello y me puse a dibujar simplemente un rostro, siguiendo a mi fantasía y las direcciones que surgían del pincel y los colores. Resultó un rostro imaginario y no me disgustó. Seguí inmediatamente haciendo nuevos ensayos. Cada dibujo era más elocuente, se aproximaba más al tipo deseado, aunque no a la realidad.

Me fui acostumbrando más y más a trazar líneas con pincel soñador y a llenar superficies que no correspondían a modelo alguno y que resultaban un tanteo caprichoso del subconsciente. Un día pinté, casi sin darme cuenta, un rostro que me decía más que los anteriores. No era el rostro de aquella muchacha ni pretendía serlo. Era otra cosa, algo irreal pero no menos valioso. Parecía más una cabeza de muchacho que de muchacha; el pelo no era rubio sino castaño, con un matiz rojizo; la barbilla enérgica y firme contrastaba con la boca, que era como una flor roja: el conjunto resultaba un poco rígido, con algo de máscara, pero impresionante y lleno de vida secreta.

Cuando contemplé mi obra terminada, me hizo una extraña impresión. Me parecía una especie de ídolo o máscara sagrada, medio masculina, medio femenina, sin edad, a la vez enérgica y soñadora, tan rígida como misteriosamente viva. Este rostro me decía algo, me pertenecía, me exigía. Y además tenía un parecido con alguien, no sabía con quién.

El retrato acompañó durante un tiempo todos mis pensamientos, compartiendo mi vida. Lo guardaba en un cajón para que nadie lo encontrara y pudiera burlarse de mí. Pero cuando me hallaba a solas en mi cuartito, sacaba el retrato y conversaba con él. Por la noche lo sujetaba con un alfiler a la pared, frente a mi cabecera, y lo contemplaba hasta dormirme; y por la mañana le dedicaba mi primera mirada.

Precisamente en aquel tiempo volví a soñar mucho, como cuando era pequeño. Me parecía no haber soñado hacía años. Ahora volvían los sueños, una especie nueva de imágenes entre las que aparecía frecuentemente el retrato pintado, viviendo y hablando, amistoso u hostil, a veces deformado hasta la mueca y otras increíblemente bello, armonioso y noble.

Y una mañana, al despertar de uno de aquellos sueños, de pronto

le reconocí. Me miraba con un gesto muy familiar, parecía llamarme por mi nombre, parecía conocerme como una madre, parecía estar esperándome desde tiempos inmemoriales. Con el corazón palpitante, contemplé la pintura, el pelo castaño y espeso, la boca blanda, casi femenina, la frente firme, extrañamente clara —con aquel color se había secado la pintura— y sentí cada vez más cerca el reconocimiento, el reencuentro, la certeza.

Salté de la cama, me planté delante del retrato y lo miré de cerca, directamente a los ojos, dilatados, verdosos y fijos, uno de los cuales, el derecho, estaba más alto que el otro. Y de pronto éste parpadeó, parpadeó leve pero perceptiblemente. En este parpadeo reconocí al retratado… ¡Cómo pude haber tardado tanto! Era el rostro de Demian.

Más tarde comparé muchas veces mi obra con los verdaderos rasgos de Demian, tal como los recordaba. No eran los mismos, aunque sí parecidos. A pesar de todo, era Demian.

Un atardecer, al principio del verano, el sol entraba oblicuo y rojo por mi ventana, que daba al oeste. Mi habitación iba quedando en la penumbra. Entonces se me ocurrió sujetar el retrato de Beatrice, o de Demian, al marco de la ventana y observar cómo lo atravesaba la luz del crepúsculo. El rostro desapareció, sin contornos; pero los ojos enmarcados de rojo, la claridad de la frente y la boca intensamente roja ardían profunda y violentamente sobre la superficie blanca. Permanecí sentado delante de él durante largo rato, aún después de haberse apagado los colores. Y lentamente intuí que no se trataba de Beatrice ni de Demian, sino de mí mismo. El retrato no se me parecía —yo sentía que tampoco era necesario— pero representaba mi vida, era mi interior, mi destino o mi demonio.

Así sería mi amigo si volvía a encontrar uno. Así sería mi amada si alguna vez tenía una. Así seria mi vida y mi muerte; éste era el tono y el ritmo de mi destino.

Durante aquellos días empecé una lectura que me impresionó más hondamente que todo lo que había leído hasta entonces. Tampoco más adelante he vivido tan intensamente un libro, excepto quizá Nietzsche. Era un tomo de Novalis con cartas y sentencias, muchas de las cuales no comprendía pero que me atraían y fascinaban enormemente. Una de ellas me vino en aquel momento a la memoria y la escribí con la pluma al pie del retrato:

«Destino y sentimiento son nombres de un solo concepto». Ahora lo comprendía.

Aún volví a encontrar a menudo a la muchacha que yo llamaba Beatrice. Ya no sentía ninguna emoción al verla pero sí una suave simpatía, una intuición: «Estás unida a mí, pero no tú, sino tu retrato; eres una parte de mi destino».

Nuevamente volví a sentir con fuerza la nostalgia de Max Demian. No sabía nada de él desde hacía años. Le había visto una sola vez durante las vacaciones. Ahora me apercibo de que he omitido este

breve encuentro en mis anotaciones; y veo que lo he hecho por vergüenza y amor propio. Tengo que repararlo. Una vez, en las vacaciones, iba yo paseando por mi ciudad natal con la cara hastiada y siempre algo cansada de mi época de juergas, balanceando mi bastón y mirando con descaro a los burgueses con sus rostros de siempre, aburridos y despreciables, cuando me vino al encuentro mi antiguo amigo. Me sobresalté al verle. Automáticamente tuve que pensar en Franz Kromer. ¡Ojalá hubiera olvidado Demian aquella historia! Era muy desagradable estar en deuda con él; aunque, en el fondo, había sido una estúpida historia de niños, al fin y al cabo yo no dejaba de estar en deuda con él.

Pareció esperar a que yo le saludara; y cuando lo hice lo más tranquilo posible, me tendió la mano. Otra vez su apretón de manos ¡firme, cálido y, sin embargo, distante y viril!

Me miró atentamente a la cara y dijo:

—Has crecido, Sinclair.

Él me pareció el mismo, tan maduro y tan joven como siempre.

Se unió a mí y dimos un paseo. Hablamos de muchas cosas sin importancia; pero nada sobre el pasado. Recordé que le había escrito varias veces, sin recibir contestación. ¡Ojalá hubiera olvidado también las estúpidas cartas! Él no habló de ellas.

Entonces aún no existía Beatrice ni el retrato; me encontraba en mi época de disipación. En las afueras de la ciudad le invité a entrar conmigo en una taberna. Me acompañó. Yo encargué con mucha jactancia una botella de vino, llené los vasos, brindé con él y me mostré muy familiarizado con las costumbres estudiantiles. El primer vaso lo vacié de un tirón.

—¿Vas mucho a la taberna? —me preguntó.

—Pues sí —contesté con desgana—; ¿qué va uno a hacer? En fin de cuentas, es lo más divertido.

—¿Tú crees? Puede ser. Desde luego, la embriaguez, lo báquico, tienen su misterio. Pero me parece que la mayoría de la gente que anda sentada en las tabernas no tiene idea de eso. Me da la impresión que precisamente el meterse en las tabernas es algo muy adocenado. ¡Lo bueno sería pasar la noche entera con antorchas encendidas, en una verdadera orgía desenfrenada! Pero eso de tomar un vasito tras otro no creo que sea muy interesante, ¿no? ¿O acaso puedes imaginarte a Fausto sentado noche tras noche en la taberna?

Yo bebí y le miré con hostilidad.

—Bueno, no todos somos Fausto —respondí secamente.

Me miró un poco sorprendido. Luego se echó a reír con la frescura y la superioridad de siempre.

—¡Bah! ¿Para qué discutir? En todo caso, es probable que la vida de un borracho y libertino sea más animada que la del ciudadano intachable; y además —he leído una vez— el libertinaje es la mejor preparación para el misticismo. Siempre son hombres como San

Agustín los que se convierten en profetas. También él fue antes un disoluto y un hombre de mundo.

Yo sentía desconfianza y no quería dejarme dominar por él. Así contesté muy indiferente:

—¡Sí, cada cual según su gusto! A mí, si quieres que te sea sincero, no me interesa ser profeta o algo parecido.

Demian me lanzó una mirada inteligente con ojos ligeramente entornados.

—Querido Sinclair —dijo lentamente—, no tenía intención de molestarte. Además, ninguno de los dos sabemos con qué fin vacías ahora tu vaso. Pero aquello que tienes en tu interior, aquello que conforma tu vida, sí lo sabe; y es bueno tener conciencia de que en nosotros hay algo que lo sabe todo, lo quiere todo y lo hace todo mejor que nosotros. Pero, perdona, tengo que irme a casa.

Nos despedimos brevemente. Yo me quedé muy malhumorado, vacié aún la botella y, al marcharme, me encontré con que Demian había pagado. Aquello me molestó aún más.

Mis pensamientos se concentraron en este pequeño suceso; y Demian los ocupaba todos. Las palabras que pronunció en aquella taberna de las afueras de la ciudad me volvieron a la memoria, frescas e indelebles. «Y es bueno tener conciencia de que en nosotros hay algo que lo sabe todo».

¡Qué ganas tenía de ver a Demian! No sabía nada de él ni estaba a mi alcance. Sólo sabía que probablemente estaría estudiando en la Universidad y que su madre había abandonado nuestra ciudad al terminar él sus estudios en el colegio.

Evoqué todos mis recuerdos de Max Demian, remontándome hasta mi aventura con Kromer. ¡Cuántas cosas, de las que había dicho entonces, volvieron a surgir! Y todas tenían aún sentido, eran actuales, me concernían. También lo que me había dicho, en nuestro último y poco grato encuentro, sobre el libertinaje y la santidad, surgió con toda claridad en mi alma. ¿No era exactamente lo que me había pasado a mí? ¿No había vivido yo en la embriaguez y en el lodo, aturdido y perdido hasta que un nuevo instinto vital había despertado en mí precisamente lo contrario: el ansia de pureza, la nostalgia de la santidad?

Fui siguiendo mis recuerdos mientras caía la noche. Fuera llovía. También en mis recuerdos oía caer la lluvia, bajo los castaños, el día que Demian me preguntó qué me pasaba con Franz Kromer y acertó mi secreto. Una a una fueron saliendo las conversaciones camino del colegio y durante las clases de religión. Al final recordé mi primera entrevista con Max Demian. ¿De qué había tratado?

Aunque no me acordaba bien, tenía tiempo y me sumí totalmente en mis pensamientos. Volví a precisar mis recuerdos. Habíamos estado parados delante de nuestra casa, después de que él me había comunicado su opinión sobre Caín. Había hablado del viejo y borroso

escudo que campeaba sobre nuestro portal; y me había dicho que el escudo le interesaba, que había que fijarse bien en estas cosas. Por la noche soñé con Demian y con el escudo, que cambiaba de forma constantemente.

Demian lo sostenía entre sus manos; unas veces era pequeño y gris, otras imponente y colorido, pero, según me explicaba él, siempre era el mismo. Al final me instó a comer el escudo. Cuando lo hube tragado, sentí un temor terrible de que el ave heráldica reviviera en mí, me llenara del todo y empezara a devorarme las entrañas. Lleno de terror, me desperté.

Era aún noche cerrada. Me despabilé y oí que la lluvia caía dentro de la habitación. Me levanté a cerrar la ventana y pisé algo blanquecino que había caído en el suelo. Por la mañana vi que era mi pintura. Estaba en el suelo, mojada, y se había arrugado. La puse a secar entre dos secantes dentro de un libro pesado. Cuando fui a verla al día siguiente, se había secado y también había cambiado. La boca roja había palidecido y parecía más fina. Era la boca de Demian.

Me puse a hacer un nuevo dibujo del ave heráldica. No recordaba muy bien su verdadero aspecto; sabía que muchos detalles ya no se reconocían, porque el escudo era viejo y había sido pintado varias veces. El pájaro estaba posado sobre algo: una flor, un cesto, un nido o una copa de árbol. No me importaba demasiado y comencé a pintar lo que recordaba claramente. Por un impulso indeterminado comencé en seguida con colores fuertes. La cabeza era en mi dibujo amarilla. Fui pintando según el humor que tuviera y acabé al cabo de unos días.

Resultó un ave de rapiña con una afilada y audaz cabeza de gavilán, con medio cuerpo dentro de una bola del mundo oscura, de la que surgía como de un huevo gigantesco, sobre un fondo azul. Mientras más miraba mi obra, más me parecía que era el escudo coloreado que había visto en mi sueño.

No me hubiera sido posible escribir una carta a Demian, aunque hubiese sabido su dirección. Pero, guiado por la vaga intuición que determinaba todos mis actos, decidí mandarle el dibujo del gavilán, llegara o no a sus manos. No puse nada encima, ni siquiera mi nombre; recorté cuidadosamente los bordes, compré un sobre grande y escribí sobre él la antigua dirección de mi amigo. Luego, lo eché al correo.

Se aproximaba un examen y yo tenía que estudiar más que de costumbre, para el colegio. Desde que había abandonado aquella conducta despreciable, los profesores me habían acogido otra vez con benevolencia. Tampoco era ahora un buen alumno; pero ni yo ni nadie se acordaba ya de que medio año antes todos habían dado como probable mi expulsión del colegio.

Mi padre volvió a escribirme en el tono de antes, sin reproches ni amenazas. Pero yo no sentía la necesidad de explicarle a él o a quien fuera cómo se había producido aquel cambio. Era pura casualidad que hubiera coincidido con los deseos de mis padres y profesores. El cambio

no me acercó más a los compañeros; no me acerco a nadie: sólo me hizo más solitario. Pero me impulsaba hacia Demian, hacia un destino lejano. Yo mismo no lo sabia, pues me encontraba en el centro de la corriente. Todo había comenzado con Beatrice; pero desde hacía tiempo vivía con mis dibujos y mis pensamientos sobre Demian en un mundo tan irreal que la había perdido totalmente de vista, incluso en mis pensamientos. No hubiera podido contar a nadie una palabra de mis sueños, esperanzas y transformaciones interiores, aunque hubiera querido.

Pero ¿cómo lo iba a querer?

5. EL PÁJARO ROMPE EL CASCARÓN

El pájaro de mi sueño se puso en camino, en busca de mi amigo. Del modo más extraño me llegó su respuesta.

Un día, después del recreo, encontré en clase, sobre mi pupitre, un papel metido en mi libro. Estaba doblado como era costumbre entre nosotros cuando los compañeros se enviaban recados secretos durante la clase. A mí me sorprendió que alguien me mandara uno, pues yo no mantenía esta clase de comunicación con ningún compañero. Pensé que sería una invitación a participar en alguna broma escolar en la que yo no tomaría parte, y dejé el papel —sin haberlo leído— en el libro. Durante la clase, por casualidad, volvió a caer en mis manos. Jugué un rato con él, lo desdoblé distraídamente y encontré unas pocas palabras escritas. Eché un vistazo y tropecé con una de ellas; me asusté y seguí leyendo, mientras mi corazón se contraía ante el destino como invadido por un repentino frío.

«El pájaro rompe el cascarón. El cascarón es el mundo. Quien quiera nacer, tiene que destruir un mundo. El pájaro vuela hacia Dios. El dios se llama Abraxas».

Después de haber leído varias veces estas líneas, quedé sumido en hondos pensamientos. No cabía duda, era la respuesta de Demian. Nadie podía saber nada del pájaro, excepto él y yo. ¡Había recibido mi dibujo! Había comprendido y me ayudaba a interpretar. ¡¿Pero qué relación tenía todo aquello?! Y sobre todo, ¿qué significaba Abraxas? Yo no había oído ni leído nunca ese nombre. «El dios es Abraxas».

La clase pasó sin que me enterara de nada. Dio comienzo la siguiente, la última de la mañana. La daba un joven ayudante que acababa de salir de la universidad y que nos gustaba porque era muy joven y no se daba importancia ante nosotros.

Bajo su dirección leímos a Herodoto. Esta lectura pertenecía a las pocas asignaturas que me interesaban, pero esta vez estaba ausente. Había abierto el libro mecánicamente, pero, sumergido en mis reflexiones, no seguía la traducción. Por cierto, había hecho ya varias veces la experiencia y era verdad lo que Demian dijo una vez durante la clase de religión: lo que se desea con bastante fuerza, se consigue. Si durante la clase estaba yo intensamente dedicado a mis propios pensamientos, podía estar tranquilo; el profesor me dejaba en paz. Pero si estaba distraído o adormilado, le tenía de pronto ante mí, como me había pasado ya otras veces. Sin embargo, cuando uno pensaba de verdad y estaba absorto, estaba protegido. También había probado a mirar fijamente a los ojos, y me había dado resultado. En la época de mi amistad con Demian no lo conseguí; mas ahora presentía que con la mirada y los pensamientos se podía hacer mucho.

Estaba yo muy lejos de Herodoto y del colegio cuando de pronto

la voz del doctor Follen me traspasó la conciencia como un rayo y me despertó sobresaltado. Oí su voz: se encontraba muy cerca de mí, y casi creía que había pronunciado mi nombre. Pero no se fijaba en mí. Respiré aliviado.

Entonces volví a oír su voz, que pronunciaba claramente una palabra: «Abraxas».

El profesor prosiguió su explicación, cuyo comienzo se me había escapado: «No debemos imaginarnos que las doctrinas de aquellas sectas y comunidades místicas de la Antigüedad eran tan ingenuas como parecen desde el punto de vista de una interpretación racionalista. La Antigüedad no conocía el concepto de la ciencia, en el sentido actual. En cambio, había una actividad muy desarrollada en el campo de las verdades filosófico-místicas. En parte esto degeneraba en magia y superficialidad, que seguramente condujeron más de una vez a engaños y crímenes. Pero también la magia tenía un origen noble y pensamientos profundos, como la doctrina de Abraxas, que puse antes como ejemplo. Se cita este nombre en relación con fórmulas mágicas griegas y se le considera a menudo el nombre de un hechicero, al estilo de los que hoy tienen los pueblos salvajes. Pero parece que Abraxas significa mucho más. Podemos pensar que es el nombre de un dios que tiene la función simbólica de unir lo divino y lo demoníaco».

El pequeño y sabio profesor siguió hablando, suave e insistentemente, mientras nadie le hacía mucho caso. Como el nombre no volvió a aparecer, mi atención volvió a concentrarse en mis propios pensamientos.

«Unir lo divino y lo demoníaco», resonaba aún en mi mente. Aquí podía yo empalmar mis reflexiones; el tema me resultaba familiar por las conversaciones que había tenido con Demian en el último tiempo de nuestra amistad. Demian había dicho que venerábamos a un Dios que representaba sólo a una mitad del mundo arbitrariamente separada —el mundo oficial, permitido, «claro»—, pero que se debería llegar a poder venerar la totalidad del mundo; por lo tanto, había que tener un dios que fuera a la vez demonio o había que instaurar junto al culto de dios un culto al diablo. Ahora resultaba que Abraxas era el dios que reunía en sí a Dios y al diablo.

Durante un tiempo intenté con mucho empeño seguir la pista, pero no avanzaba nada. Estuve incluso revolviendo toda una biblioteca en busca de Abraxas. Sin embargo, mi carácter no estuvo nunca muy inclinado a este método de búsqueda directa y consciente, en la que uno, de momento, se encuentra solo con verdades que son como piedras en la mano.

La imagen de Beatrice, que tanto y tan intensamente me había ocupado, se fue perdiendo lentamente, alejándose de mí, acercándose más y más al horizonte, haciéndose borrosa, lejana, pálida. Ya no satisfacía a mi alma.

La extraña existencia que yo llevaba, ensimismado como un

sonámbulo, empezó a tomar un rumbo distinto. El deseo de vivir floreció en mí, o más bien el deseo de amor; el instinto sexual, que durante un tiempo se había disuelto en la adoración de Beatrice, reclamaba nuevas imágenes y metas. Seguía sin permitirme ninguna satisfacción; y más que nunca me era imposible engañar mi deseo y esperar algo de las muchachas con las que mis amigos buscaban su felicidad. Empecé a soñar otra vez; y más aun durante el día que durante la noche. Imágenes, ideas, deseos brotaban en mí y me apartaban del mundo exterior, hasta el punto de tener un trato más verdadero y vivo con los sueños, con las imágenes y sombras, que con el mundo verdadero que me rodeaba.

Un sueño determinado, un juego de la fantasía que aparecía una y otra vez, cobró una significación especial. Este sueño, el más importante y perdurable de mi vida, era aproximadamente así: yo regresaba a mi casa, sobre el portal relucía el pájaro amarillo sobre fondo azul y mi madre salía a mi encuentro; pero al entrar y querer abrazarla no era ella sino una persona que yo no había visto nunca, alta y fuerte, parecida a Max Demian y al retrato que yo había dibujado pero algo distinta y, a pesar de su aspecto impresionante, totalmente femenina. Esta figura me atraía hacia sí y me acogía en un abrazo amoroso, profundo y vibrante. El placer y el espanto se mezclaban; el abrazo era culto divino y a la vez crimen. En el ser que me estrechaba anidaban demasiados recuerdos de mi madre, demasiados recuerdos de mi amigo Demian. Su abrazo atentaba contra las leyes del respeto; y, sin embargo, era pura bienaventuranza. Muchas veces me despertaba con un profundo sentimiento de felicidad; otras, con miedo mortal y conciencia atormentada, como si despertara de un terrible pecado.

Poco a poco, y de manera inconsciente, se fue estableciendo una relación entre estas imágenes íntimas y la indicación que me había llegado del exterior sobre el dios que debía buscar. La relación se fue haciendo cada vez más estrecha y más profunda y comencé a darme cuenta de que en mi sueño invocaba a Abraxas. Placer mezclado con espanto, hombre y mujer entrelazados, lo más sagrado junto a lo más horrible, la culpa más negra palpitando bajo la más tierna inocencia: así era mi sueño de amor, así era también Abraxas. El amor ya no era un oscuro instinto animal, como, aterrado, lo había sentido yo al principio: ni tampoco era la piadosa adoración que había ofrendado a la figura de Beatrice. Eran las dos cosas, esas dos cosas y muchas más: ángel y demonio, hombre y mujer, hombre y animal, bien supremo y hondo mal. Pensé que estaba predestinado a vivir aquello, que mi destino era probarlo. Sentía deseos y miedo; pero siempre lo tenía presente, dominante.

En la primavera siguiente iba a dejar el colegio para ir a la universidad, aunque todavía no sabía a cuál ni tampoco a qué facultad. Sobre mi labio superior crecía un pequeño bigote; ya era un hombre hecho y derecho y, sin embargo, estaba completamente desorientado.

Sólo había una cosa segura en mí: la voz de mi interior, mi sueño. Sentía el deber de seguir ciegamente sus imperativos, aunque me costaba mucho esfuerzo y me revelaba a diario contra ellos «¿Quizás estoy loco? —pensaba muy a menudo—, ¿quizá no soy como los demás hombres?». Sin embargo, era capaz de hacer todo lo que hacían los demás. Con un poco de aplicación y trabajo podía leer a Platón, resolver problemas de trigonometría o seguir un análisis químico. Pero había una cosa de la que no era capaz: arrancar la meta vital que se ocultaba oscuramente en mi interior y plasmarla ante mis ojos, como lo hacían todos aquellos que sabían perfectamente que iban a ser profesor o juez, médico o artista, cuánto tardarían en llegar y qué ventajas tendrían. Yo no podía. Quizá también llegaría yo un día a algo; pero ¿cómo iba a saberlo? Quizá tuviese que buscar y buscar durante años, sin llegar a nada, sin alcanzar ninguna meta. Quizá llegase a una meta, pero a una meta horrible, peligrosa y mala. Yo sólo intentaba vivir lo que pugnaba por salir de mí mismo; ¿por qué resultaba tan difícil?

Muchas veces intenté pintar la poderosa imagen amorosa de mi sueño, pero nunca lo conseguí. De haberlo logrado, se la hubiera enviado a Demian. ¿Dónde estaba? No lo sabía. Sólo sabía que estaba unido a mí. ¿Cuándo volvería a verle?

La paz amable de las semanas y meses bajo la influencia de Beatrice se había esfumado. Entonces creí que había encontrado una isla y una paz. Así solía sucederme: cuando una situación me resultaba agradable, cuando un sueño me hacía bien, empezaba a secarse y a perder su fuerza. Era inútil añorarlos. Ahora vivía en un fuego de deseos insatisfechos y en una tensa espera que a veces me volvían loco por completo. La imagen de la amada de mis sueños surgía a menudo ante mis ojos con diáfana claridad, más viva que mi propia mano. Yo le hablaba, lloraba ante ella, renegaba de ella. La llamaba madre y me arrodillaba entre lágrimas; la llamaba amada y presentía su beso, que todo lo colmaba; la llamaba demonio y prostituta, vampiro y asesino. Me inspiraba los sueños más tiernos y las más salvajes obscenidades; para ella nada era demasiado bueno o demasiado agradable, demasiado malo o demasiado bajo.

Pasé todo aquel invierno sacudido por una tormenta interior, difícil de describir. Estaba acostumbrado a la soledad; no me molestaba. Vivía con Demian, con el gavilán, con la imagen de mi sueño que era mi destino y mi amada. Aquello me bastaba para vivir, porque estaba dirigido hacia la grandeza y la lejanía y me conducía a Abraxas. Pero ninguno de estos sueños, ninguno de mis pensamientos me obedecía; no podía hacerles surgir o darles color cuando yo quería. Ellos venían y me asaltaban; me dominaban y determinaban mi vida.

Hacia fuera estaba protegido. No tenía miedo de los hombres; y mis compañeros, que lo habían descubierto ya, me mostraban un secreto respeto que me hacía sonreír. Si me lo proponía, podía poner al descubierto los pensamientos de la mayoría de ellos, dejándoles en

algunas ocasiones admirados; pero me lo proponía muy pocas veces, casi nunca. Estaba siempre muy preocupado conmigo mismo. Deseaba desesperadamente vivir de una vez algo de la vida, dar algo de mi persona al mundo, entrar en relación y lucha con él. A veces, cuando caminaba por las calles al anochecer y no podía regresar a casa hasta media noche, creía que en aquellos momentos encontraría a mi amada, que aparecería tras la próxima esquina, que me llamaría desde la próxima ventana. Todo esto solía parecerme angustioso e insoportable y pensaba que algún día acabaría quitándome la vida.

En aquella época encontré un extraño refugio. Por «casualidad», como suele decirse. Pero esas casualidades no existen. Cuando alguien necesita algo con mucha urgencia y lo encuentra, no es la casualidad la que se lo proporciona, sino él mismo. El propio deseo y la propia necesidad conducen a ello.

En mis paseos por la ciudad había oído una o dos veces música de órgano en una pequeña iglesia de las afueras, pero nunca me había detenido a escucharla. Al volver a pasar por allí, me paré a oír aquella música y reconocí que era de Bach. Me acerqué a la puerta, que encontré cerrada; y como la calleja estaba casi desierta, me senté en un poyo junto a la iglesia, me subí el cuello del abrigo y me puse a escuchar. El órgano no era grande pero sonaba bien y alguien tocaba de una manera muy especial, con una expresión muy personal de voluntad e insistencia que sonaba como una oración. Tuve la sensación de que quien tocaba sabía que la música guardaba un tesoro y se esforzaba, afanaba y preocupaba por él como si se tratara de su propia vida. Técnicamente no entiendo mucho de música; pero desde muy niño he comprendido instintivamente esta expresión del alma y he sentido siempre la música como la cosa más natural en mí.

El músico tocó después algo más moderno; podía ser de Reger. La iglesia estaba casi oscura y sólo salía un suave fulgor a través de la ventana más cercana. Esperé a que la música terminara y paseé un rato de arriba abajo hasta que vi salir al organista. Era un hombre aún joven pero mayor que yo, fuerte y achaparrado. Echó a andar con pasos rápidos, enérgicos, un poco violentos, y desapareció.

Desde aquel día me pasé más de un atardecer sentado delante de la iglesia o paseando de arriba abajo. Una vez encontré la puerta abierta y estuve media hora sentado en un banco, tiritando de frío pero muy feliz, mientras el organista tocaba arriba, alumbrado por una pálida luz de gas. En su música no sólo le oía a él; me parecía que todo lo que tocaba estaba relacionado entre sí, que formaba un conjunto misterioso. Reflejaba fe, entrega y piedad; pero no la de los beatos y los curas, sino la de los peregrinos y mendigos del Medievo; piedad unida a una entrega absoluta a un sentimiento de la vida que sobrepasa a todas las confesiones. Los maestros anteriores a Bach y los antiguos italianos eran interpretados con devoción. Y todos decían lo mismo, todos expresaban lo que el músico llevaba en el alma: nostalgia, profunda

comprensión del mundo y vehemente separación de él, ardiente preocupación por la propia alma oscura, exaltación de la entrega y profunda curiosidad por lo maravilloso.

Un día seguí disimuladamente al organista a la salida de la iglesia y le vi entrar en una pequeña taberna, muy lejos ya, en las afueras de la ciudad. No pude resistir la tentación y entré tras él. Le vi por primera vez claramente. Estaba sentado en un rincón del pequeño local, con un sombrero negro en la cabeza y una jarra de vino delante. Su rostro era como yo me había imaginado. Era feo y un poco salvaje, inquieto e intenso, terco y voluntarioso; alrededor de la boca, sin embargo, tenía un gesto blando e infantil. La virilidad y la fuerza se hallaban concentradas en los ojos y la frente; la parte inferior del rostro era suave e inacabada, incontrolada y hasta blanda; la barbilla, llena de indecisión, formaba un contraste adolescente con la frente y la mirada. Me gustaban mucho los ojos castaños, llenos de orgullo y hostilidad. Sin decir nada me senté frente a él. No había nadie más en la taberna. Me lanzó una mirada fulminante como si quisiera echarme. Yo no me inmuté y seguí mirándole hasta que masculló irritado:

—¿Por qué me mira tan fijamente? ¿Quiere algo de mí?

—No quiero nada de usted —respondí—, ya me ha dado usted mucho. Arrugó la frente.

—¿Es usted melómano? La melomanía me parece estúpida. No me dejé intimidar.

—Le he estado escuchando muchas veces, en la iglesia de las afueras —dije—. Desde luego, no quiero molestarle. Pensé que encontraría en usted algo, algo especial, no sé bien qué. Pero no me haga caso. Puedo seguir escuchándole en la iglesia.

—Siempre cierro con llave.

—El otro día se olvidó de hacerlo y estuve dentro. Otras veces suelo quedarme fuera, sentado en el poyo.

—¿Ah sí? La próxima vez puede entrar; hace más calor dentro. No tiene más que llamar a la puerta. Pero con fuerza, y no mientras yo esté tocando. Y ahora, ¿qué es lo que me quería decir? Es usted joven, probablemente un colegial o estudiante. ¿Es usted músico?

—No. Me gusta la música, pero sólo como la que usted toca; música absoluta, en la que se siente que el hombre golpea las puertas del cielo y del infierno. Creo que me gusta tanto la música porque es poco moral. Todo lo demás lo es; y yo busco algo que no lo sea, la moral hace sufrir. No sé explicarme bien. ¿Sabe usted que tiene que haber un Dios que sea Dios y demonio a un tiempo? He oído decir que existe uno.

El músico echó hacia atrás el sombrero de ala ancha y se sacudió el pelo oscuro de la amplia frente. Me miró atentamente por encima de la mesa con el rostro inclinado hacia mí.

En voz baja y tensa preguntó:

—¿Cómo se llama ese dios que usted dice?

—Por desgracia no sé apenas nada de él; en realidad, sólo el

nombre. Se llama Abraxas.

El músico miró en torno suyo con desconfianza, como si alguien pudiera oírnos. Luego se acercó más a mí y murmuro:

—Ya me lo imaginaba. ¿Quién es usted?

—Soy alumno del Instituto.

—¿Cómo ha sabido usted de Abraxas?

—Por casualidad.

Dio tal golpazo sobre la mesa que su vaso de vino se derramó.

—¡Casualidad! ¡No diga estupideces, muchacho! ¡No se llega por casualidad a conocer a Abraxas, para que se entere! Yo le contaré más cosas sobre él. Yo sé algo de él.

Calló y corrió hacia atrás su silla. Yo le miraba expectante, pero él hizo una mueca.

—Aquí no. Otro día. ¡Tome!

Metió la mano en el bolso de su abrigo, que no se había quitado, y sacó unas castañas asadas que echó sobre la mesa.

Yo no dije nada, las tomé y empecé a comerlas muy satisfecho.

—Bien —murmuró al cabo de un rato—. ¿Cómo ha sabido usted de... él? Yo no dudé en contárselo.

—Estaba solo y desorientado —dije—; entonces recordé a un amigo de otros tiempos, que sabe muchas cosas. Yo había pintado un pájaro, saliendo de una bola del mundo. Y se lo envié. Después de algún tiempo, cuando había perdido casi las esperanzas, cayó en mis manos un papel en el que se decía: «El pájaro rompe el cascarón. El cascarón es el mundo. Quien quiera nacer tiene que destruir un mundo. El pájaro vuela hacia Dios. El dios se llama Abraxas».

No contestó nada. Seguíamos pelando nuestras castañas y comiéndolas con el vino.

—¿Tomamos otra jarra?

—Gracias. No me gusta beber.

Él se rió un poco decepcionado.

—¡Como quiera! A mí me pasa todo lo contrario. Me quedo todavía un rato. ¡Váyase, si quiere!

Cuando le acompañé la vez siguiente después de ensayar, no estuvo muy comunicativo. Me condujo por una calle antigua hasta un viejo e imponente caserón. Subimos a una habitación grande, un poco oscura y descuidada, donde nada, excepto un piano, recordaba la música, en tanto que un gran estante de libros y un escritorio daban un aire de sabiduría a la estancia.

—¡Cuántos libros tiene usted! —exclamé admirado.

—Una parte es de la biblioteca de mi padre, con el que vivo. Sí, vivo con mis padres; pero no puedo presentárselos porque mis amistades gozan en esta casa de poca estimación. Soy un hijo perdido, ¿sabe? Mi padre es un hombre tremendamente honrado, un insigne pastor y predicador de nuestra ciudad. Y yo, para que esté claro, soy su hijo, que tenía talento y prometía mucho pero que se ha descarriado y

se ha vuelto bastante loco. He estudiado teología, pero abandoné esa horrible facultad antes de la licenciatura. Aunque, bien mirado, sigo dentro de mi carrera en lo que se refiere a mis estudios particulares. Aún siguen pareciéndome muy importantes e interesantes los dioses que la gente se ha inventado en cada época. Ahora soy músico y parece que me van a dar pronto un puesto de organista. Entonces estaré otra vez en el seno de la Iglesia…

Miré hacia las librerías; y, al débil resplandor de la lámpara de la mesa, encontré títulos griegos, latinos, hebreos. Mientras tanto mi amigo se había tumbado en el suyo, junto a la pared, y manipulaba allí en la oscuridad.

—Venga acá —dijo al cabo de un rato—, vamos a filosofar un poco; es decir, vamos a cerrar el pico y a pensar tumbados.

Encendió una cerilla y prendió fuego al papel y la leña que había en la chimenea, delante de la que estaba echado. Las llamas se elevaron mientras él azuzaba y alimentaba cuidadosamente el fuego. Me tumbé junto a él sobre la alfombra descolorida. Sus ojos estaban clavados en el fuego, que también a mí me atraía; y los dos permanecimos durante más de una hora callados, boca abajo frente al fuego crepitante, observando cómo llameaba y ardía, cómo se achicaba y se retorcía, oscilaba y chisporroteaba hasta convertirse en un silencioso y perdido montón de brasas.

—La adoración del fuego no ha sido la mayor tontería que se ha inventado —murmuró una vez mi acompañante.

Excepto esto, ninguno de los dos dijo una palabra. Yo estaba pendiente del fuego con ojos fijos; me sumergía en sueños y silencio, y vi figuras en el humo e imágenes en la ceniza. De pronto me sobresalté. Mi compañero había echado un trozo de resma al fuego; de repente brotó una pequeña y delgada llama, en la que vi el pájaro con la cabeza amarilla de gavilán. En las brasas agonizantes refulgían hilos dorados y ardientes formando redes, aparecían letras y dibujos, recuerdos de rostros, animales, plantas, gusanos y culebras. Cuando me desperté y miré a mi amigo, lo vi con la barbilla apoyada sobre los puños, concentrado en la ceniza, con mirada fanática y fervorosa.

—Tengo que irme —dije muy bajito.

—Pues váyase. Adiós.

No se levantó; y como la lámpara estaba apagada, tuve que buscar a tientas el camino de salida de aquella casa embrujada, a través del cuarto oscuro, y de pasillos y escaleras, en la oscuridad. Ya en la calle, me volví a mirar la fachada del viejo caserón. En ninguna ventana había luz. Una pequeña placa dorada relucía en la puerta a la luz del farol de gas. «Pistorius, Párroco», leí en ella.

Una vez en casa, al encontrarme en mi cuarto después de cenar, me di cuenta de que no había averiguado nada sobre Abraxas ni sobre Pistorius y que apenas habíamos intercambiado diez palabras. A pesar de ello, estaba muy satisfecho de la visita. Para la próxima vez mi nuevo

amigo me había prometido una pieza exquisita de música de órgano antigua: un pasacalle de Buxtehude.

Sin darme cuenta, había recibido del organista Pistorius la primera lección mientras permanecí tumbado con él delante de la chimenea en su sombría celda de ermitaño. La contemplación del fuego me había reconfortado; había consolidado y ratificado inclinaciones que siempre había sentido, pero que nunca había cultivado. Poco a poco fui viendo claro, al menos parcialmente; ya desde niño me había gustado contemplar las formas extrañas de la naturaleza, no observándolas simplemente sino entregándome a su propia magia, a su profundo y barroco lenguaje. Las raíces largas y fosilizadas de los árboles, las vetas coloreadas de la piedra, las manchas de aceite flotando sobre el agua, las grietas en el cristal: todas estas cosas habían ejercido antaño una gran fascinación sobre mí, sobre todo el agua y el fuego, el humo, las nubes, el polvo y, especialmente, las manchas de colores que veía girar al cerrar los ojos. En los días posteriores a mi visita a Pistorius, empecé a acordarme de esto. Porque noté que una cierta fuerza y alegría, y la intensificación de la conciencia de mí mismo que sentía desde aquel día, se debían simplemente a la larga contemplación del fuego. ¡Qué sedante y reconfortante era!

Entre las pocas experiencias que he realizado en el camino hacia mi verdadera meta vital se cuenta la contemplación de esas imágenes. La entrega a las formas irracionales, barrocas y extravagantes de la naturaleza produce en nosotros un sentimiento de concordancia entre nuestro interior y la voluntad que las ha producido. Nos sentimos tentados a creerlas caprichos nuestros, creaciones propias; vemos vacilar y disolverse la frontera entre nosotros y la naturaleza, y adquirimos conciencia de un estado de ánimo en el que no sabemos si las imágenes en nuestra retina provienen de impresiones exteriores o interiores. En ningún otro momento descubrimos con tanta facilidad la medida en que somos creadores, en que nuestra alma participa constantemente en la recreación de la vida. Una misma divinidad indivisible actúa en nosotros y en la naturaleza; y si el mundo exterior desapareciera, cualquiera de nosotros seria capaz de reconstruirlo, porque los montes y los ríos, los árboles y las hojas, las raíces y las flores, todo lo creado en la naturaleza, está ya prefigurado en nosotros: proviene del alma, cuya esencia es eterna, y escapa a nuestro conocimiento, pero que se nos hace patente como fuerza amorosa y creadora.

Algunos años después encontré confirmada esta observación en un libro de Leonardo de Vinci, en el que se comentaba lo sugestivo e interesante que era contemplar un muro en el que había escupido mucha gente. Delante de aquellas manchas sobre el muro húmedo, Leonardo había sentido lo mismo que Pistorius y yo delante del fuego.

En nuestro siguiente encuentro, el organista me dio una explicación.

—Acostumbramos a trazar límites demasiado estrechos a nuestra personalidad. Consideramos que solamente pertenece a nuestra persona lo que reconocemos como individual y diferenciador. Pero cada uno de nosotros está constituido por la totalidad del mundo; y así como llevamos en nuestro cuerpo la trayectoria de la evolución hasta el pez y aun más allá, así llevamos en el alma todo lo que desde un principio ha vivido en las almas humanas. Todos los dioses y demonios que han existido, ya sea entre los griegos, chinos o cafres, existen en nosotros como posibilidades, deseos y soluciones. Si el género humano se extinguiera con la sola excepción de un niño medianamente inteligente, sin ninguna educación, este niño volvería a descubrir el curso de todas las cosas y sabría producir de nuevo dioses, demonios, y paraísos, prohibiciones, mandamientos y Viejos y Nuevos Testamentos.

—Bien —objeté yo—, ¿dónde queda entonces el valor del individuo? ¿Para qué nos esforzamos si ya llevamos todo acabado en nosotros mismos?

¡Alto! —exclamó violentamente Pistorius—. Hay una gran diferencia entre llevar el mundo en sí mismo y saberlo. Un loco puede tener ideas que recuerden a Platón, y un pequeño y devoto colegial del Instituto de Herrnhut puede recrear las profundas conexiones mitológicas que aparecen en los gnósticos o en Zoroastro. ¡Pero él no lo sabe! Mientras no lo sepa es como un árbol o una piedra; en el mejor de los casos, como un animal. En el momento en que tenga la primera chispa de conciencia, se convertirá en un hombre. ¿No irá usted a creer que todos esos bípedos que andan por la calle son hombres sólo porque anden derechos y lleven a sus crías nueve meses dentro de sí? Muchos de ellos son peces u ovejas, gusanos o ángeles; otros son hormigas, y otros abejas. En cada uno existen las posibilidades de ser hombre; pero sólo cuando las vislumbra, cuando aprende a hacerlas conscientes, por lo menos en parte, estas posibilidades le pertenecen.

De este género solían ser nuestras conversaciones. Raras veces me proporcionaban algo totalmente nuevo, algo sorprendente. Todas, sin embargo, hasta la más banal, daban suave pero insistentemente, en el mismo punto; todas me ayudaban a formarme, todas me ayudaban a quitarme una piel, romper el cascarón; y de cada conversación sacaba la cabeza más alta, más libre, hasta que mi pájaro amarillo sacó su hermosa cabeza de ave de rapiña del destruido cascarón del mundo. A menudo nos contábamos nuestros sueños, a los que Pistorius sabía dar una interpretación. Ahora recuerdo un caso curioso. Tuve una vez un sueño en el que volaba; pero de manera tal que me sentía lanzado por los aires con un gran impulso, que no controlaba. La sensación de aquel vuelo era grandiosa, pero pronto se convertía en angustia al verme arrebatado hacia alturas peligrosas sin poder evitarlo. Entonces descubrí que podía regular mis subidas y bajadas conteniendo o soltando el aire de los pulmones.

A esto Pistorius dijo:

—El impulso que le hace a usted volar es nuestro patrimonio humano, que todos poseemos. Es el sentimiento de unión con las raíces de toda fuerza. Pero pronto nos asalta el miedo. ¡Es tan peligroso! Por eso la mayoría renuncia gustosamente a volar y prefiere caminar de la mano de los preceptos legales o por la acera. Usted no. Usted sigue volando, como debe ser. Y entonces descubre lo maravilloso; descubre que lentamente se hace dueño de la situación, que a la gran fuerza general que le arrastra corresponde una pequeña fuerza propia, un órgano, un timón. ¡Esto es estupendo! Sin él, uno se perdería sin voluntad por los aires, como hacen por ejemplo los locos. Los locos tienen unas intuiciones más profundas que la gente de la acera, pero no tienen la clave ni el timón y se despeñan en el abismo. Usted, sin embargo, Sinclair, logra bandearse. ¿Y cómo? ¿No lo sabe acaso? Lo hace con un nuevo órgano, con un regulador de la respiración. Y ahora puede usted ver lo poco «personal» que es su alma en el fondo. ¿Por qué no se inventa ese regulador? ¡No es nuevo! Es algo prestado, existe desde hace siglos. Es el órgano del equilibrio en los peces, la vesícula natatoria.

En efecto, existen todavía hoy unas pocas especies raras de peces que usan como pulmón la vesícula natatoria, que en ciertas ocasiones les sirve de verdad para respirar. ¡Justo, pues, el pulmón que usted utilizaba en su sueño!

Pistorius incluso me trajo un tomo de zoología y me enseñó el nombre y dibujos de aquellos peces tan primitivos. Con un curioso escalofrío, sentí viva en mí una función de primarias épocas evolutivas.

6. LA LUCHA DE JACOB

No puedo resumir en pocas palabras lo que el extraño músico Pistorius me enseñó sobre Abraxas. Lo más importante que aprendí de él fue a dar un nuevo paso en el camino hacia mí mismo. Yo era entonces, con mis dieciocho años, un chico poco corriente, precoz en unos sectores y muy retrasado y desorientado en otros. Cuando me comparaba con los demás, me sentía unas veces orgulloso y satisfecho de mí mismo pero otras deprimido y humillado. Unas veces me consideraba un genio, otras un loco. No conseguía compartir las alegrías y la vida de mis compañeros, y me hacía reproches y cábalas como si estuviera irremediablemente separado de ellos y se me negara la vida.

Pistorius, que era un extravagante declarado, me enseñó a tener valor y respeto de mí mismo. Él me dio ejemplo encontrando siempre algo valioso en mis palabras, sueños, fantasías y pensamientos, que tomaba siempre en serio y discutía con interés.

—Me ha dicho usted que le gusta la música porque no es moral. De acuerdo. ¡Entonces, no tiene usted que empeñarse en ser moralista! No debe compararse con los demás; y si la naturaleza le ha creado como murciélago, no pretenda ser un avestruz. A veces se considera raro, se acusa de andar por otros caminos que la mayoría. Eso tiene que olvidarlo. Mire al fuego, observe las nubes; y cuando surjan los presagios y comiencen a hablar las voces de su alma, entréguese usted a ellas sin preguntarse primero si le parece bien o le gusta al señor profesor, al señor padre o a no sé qué buen Dios. Así uno se estropea, desciende a la acera y se convierte en fósil. Querido Sinclair, nuestro dios se llama Abraxas, y es dios y diablo; abarca el mundo oscuro y el claro. Abraxas no tiene nada que objetar a ninguno de sus pensamientos, a ninguno de sus sueños. No lo olvide. Le abandonará el día en que sea normal e intachable.

Le olvidará y se buscará una nueva olla donde cocer sus ideas. El extraño sueño de amor era el más fiel de entre todos mis sueños. ¡Cuántas veces se repitió! Soñaba que entraba en nuestra vieja casa por el portal, bajo el escudo, y que quería abrazar a mi madre; y que en su lugar encontraba entre mis brazos a una mujer grande, medio hombre, medio madre, que me inspiraba miedo pero hacia la que me sentía ardientemente atraído. Me sentía incapaz de contar este sueño a un amigo. Me lo guardaba, aunque le hubiera revelado todo lo demás. Era mi rincón, mi secreto, mi refugio.

Cuando estaba deprimido, rogaba a Pistorius que me tocara el pasacalle del viejo Buxtehude. Entonces me sentaba en la iglesia oscura, al anochecer, absorto en aquella extraña y ferviente música que se perdía en sí misma y se escuchaba a sí misma, que me hacía bien y

me disponía aún más a dar la razón a las voces del alma.

A veces nos quedábamos un rato en la iglesia cuando la música del órgano había callado, contemplando cómo la tenue luz entraba y se perdía por las altas ventanas ojivales.

—Parece absurdo —dijo Pistorius— que yo haya sido estudiante de teología y hasta haya estado a punto de hacerme cura. Pero el error que cometí sólo fue de forma. Mi vocación y mi meta es ser sacerdote. Unicamente me contenté demasiado pronto y me puse a disposición de Jehová antes de haber conocido a Abraxas. ¡Ah, cada religión tiene su belleza! La religión es alma pura, y da lo mismo que uno comulgue como los cristianos o que peregrine a la Meca.

—Entonces —opiné yo— podía usted haber sido sacerdote.

—No, Sinclair, no. Hubiera tenido que mentir. Nuestra religión se practica hoy como si no lo fuera. Simula que es obra de la razón. En último caso hubiera podido ser sacerdote católico; pero protestante, ¡nunca! Los pocos creyentes verdaderos —conozco algunos— se atienen generalmente a la letra; a ellos no les podría decir, por ejemplo, que Cristo para mí no es un hombre, sino un héroe, un mito, una gigantesca sombra en la que la humanidad se ve proyectada a sí misma contra muro de la eternidad. Y a los demás, a los que van a la iglesia a oír palabras sensatas, para cumplir un deber, para no perderse algo y por otras razones parecidas, a ésos, ¿qué les podría haber dicho? ¿Convertirlos? ¿Usted cree? Pero a mí eso no me interesa. El sacerdote no quiere convertir a nadie; quiere únicamente vivir entre creyentes, entre sus iguales, y quiere ser portador y expresión del sentimiento que forja a nuestros dioses.

Se interrumpió y luego siguió:

—Nuestra nueva fe, para la que hemos elegido el nombre de Abraxas, es hermosa, querido amigo. Es lo mejor que tenemos. ¡Pero está aún en mantillas! Aún no le han crecido las alas. ¡Ah!, una religión solitaria no es verdadera. Tiene que convertirse en comunitaria; tiene que tener sus cultos, sus bacanales, sus fiestas y sus misterios…

Se quedó pensativo y abstraído.

—¿No se pueden celebrar los misterios a solas o en un círculo muy pequeño? —pregunté vacilante.

—Se puede —asintió—. Yo los celebro desde hace mucho tiempo. He celebrado cultos que me acarrearían años de cárcel si se descubrieran. Pero sé que esto no es aún el camino verdadero.

De pronto me dio un golpe en el hombro, asustándome.

—Muchacho —dijo con vehemencia—, también usted celebra misterios. Sé que tiene usted sueños de los que nada me dice. No los quiero conocer. Pero le digo una cosa: ¡vívalos todos, viva esos sueños, eríjales altares! No es lo perfecto, pero es un camino. Ya se verá si nosotros, usted y yo y algunos más, somos capaces de renovar el mundo. Pero debemos renovarlo en nosotros mismos, día a día; si no, nada valemos. ¡Piense en ello! Usted tiene dieciocho años, Sinclair, y no

corre detrás de las prostitutas; usted debe tener sueños de amor, deseos de amor. Quizá son de tal especie que le asustan. ¡No los tema! ¡Son lo mejor que posee! Créame. Yo he perdido mucho por haber amordazado mis sueños cuando tenía su edad. Eso no debe hacerse. Cuando se conoce a Abraxas, ya no se debe hacer. No hay que temer rada ni creer ilícito nada de lo que nos pide el alma.

Asustado, objeté:

—¡Pero no se puede hacer todo lo que a uno le apetece! ¡No se puede matar a un hombre porque a uno le resulta desagradable!

Se acercó más a mí:

—En determinadas circunstancias se puede hasta eso. Pero la mayoría de las veces se trata de un error. Yo no digo que usted haga todo lo que le pase por su mente. No. Pero tampoco debe usted envenenar las ideas, reprimiéndolas y moralizando en torno a ellas, porque tienen su sentido. En vez de clavarse a sí mismo o a otro en una cruz, se puede beber vino de una copa con pensamientos elevados, pensando en el misterio del sacrificio. Se puede también, sin estas ceremonias, tratar los propios instintos, las llamadas tentaciones de la carne, con amor y respeto; entonces nos descubren su sentido porque todas tienen sentido. Cuando se le vuelva a ocurrir algo muy aberrante o pecaminoso, Sinclair, cuando desee de pronto matar a alguien o cometer no sé qué monstruosidad inconmensurable, piense un momento que es Abraxas el que está fantaseando en su interior. El hombre a quien quiere matar nunca es fulano o mengano; seguramente es sólo un disfraz. Cuando odiamos a un hombre, odiamos en su imagen algo que se encuentra en nosotros mismos. Lo que no está dentro de nosotros mismos no nos inquieta.

Nunca había dicho Pistorius nada que me llegara tan hondo. No pude contestar nada. Lo que me había impresionado vivamente era la coincidencia de estas palabras con las de Demian, que yo llevaba en mi alma desde hacía años. Los dos no se conocían y los dos me decían lo mismo.

—Las cosas que vemos —dijo Pistorius con voz apagada— son las mismas cosas que llevamos en nosotros. No hay más realidad que la que tenemos dentro. Por eso la mayoría de los seres humanos vive tan irrealmente; porque cree que las imágenes exteriores son la realidad y no permiten a su propio mundo interior manifestarse. Se puede ser muy feliz así, desde luego. Pero cuando se conoce lo otro, ya no se puede elegir el camino de la mayoría. Sinclair, el camino de la mayoría es fácil, el nuestro difícil. Caminemos.

Unos días más tarde, después de haberle esperado dos veces en vano, le encontré por la noche en la calle. Apareció por una esquina solo, empujado por el frío viento nocturno, dando traspiés y completamente borracho. No quise hablarle. Pasó junto a mí sin verme, con ojos alucinados y muy solos, como si siguiera una llamada misteriosa desde lo desconocido. Le seguí hasta el final de una calle.

Pistorius se alejaba, como arrastrado por un hilo invisible, con paso fanático y a la vez descoyuntado como un fantasma. Entristecido, volví a casa, a mis sueños sin remedio.

«¡Así renueva él el mundo en su interior…!», pensé; pero en seguida me di cuenta de que aquel era un pensamiento bajo y moralizante. ¿Qué sabía yo de sus sueños? Quizá caminara en su borrachera por un camino más cierto que yo con mis miedos.

En los recreos entre las clases había advertido que un compañero al que nunca había hecho mucho caso buscaba mi compañía. Era un chico pequeño de aspecto débil, delgado, con pelo fino y rojizo, que tenía algo especial en su mirada y en su comportamiento. Una tarde, cuando yo volvía a casa, me esperó en la calle, me dejó pasar, corrió detrás de mí y se quedó parado delante de la puerta de mi casa.

—¿Quieres algo de mí? —le pregunte.

—Quería solamente hablar contigo —dijo tímidamente—. Por favor, acompáñame un poco.

Le seguí y noté que estaba muy excitado y expectante. Sus manos temblaban.

—¿Eres espiritista? —preguntó de golpe.

—No, Knauer —dije riendo—. Ni por asomo. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—¿Pero eres teósofo, verdad?

—Tampoco.

—¡Oh, no te cierres así! Intuyo que en ti hay algo especial. Se te ve en los ojos. Estoy seguro de que tienes trato con los espíritus. ¡Y no pregunto por curiosidad, Sinclair! Yo mismo estoy buscando, ¿sabes?; ¡y me siento tan solo!

—Anda, cuéntame —le animé—. Desde luego, no sé nada de espíritus; pero vivo en mis sueños y tú lo has notado. El resto de la gente también vive en sueños, pero no en los propios. Ahí está la diferencia.

—Sí, quizá —murmuró—. Lo que importa es qué clase de sueños se vive. ¿Has oído hablar de la magia blanca?

Tuve que responder que no.

—Pues consiste en aprender a dominarse. Así se hace uno inmortal y adquiere poderes mágicos. ¿No has hecho nunca ejercicios de esos?

A mis preguntas interesadas sobre esos ejercicios contestó con evasivas misteriosas, hasta que decidí marcharme. Entonces empezó a hablar.

—Verás, cuando, por ejemplo, quiero dominarme o concentrarme, hago uno de esos ejercicios. Pienso en algo: una palabra, un nombre o una figura geométrica. Pienso intensamente, con todas mis fuerzas, e intento imaginármelo dentro de la cabeza hasta que lo siento dentro. Me lo imagino en la garganta y así sucesivamente, hasta que estoy saturado de ello. Entonces me siento firme y ya nada consigue sacarme

de mi equilibrio.

Comprendí más o menos lo que quería decir. Pero me daba cuenta de que algo más le inquietaba; estaba extraordinariamente agitado y nervioso. Intenté facilitarle las preguntas y pronto me expuso su verdadero problema.

—Tú eres casto, ¿verdad? —me preguntó temeroso.

—¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a lo sexual?

—Sí, sí. Yo hace dos años que lo soy, desde que conozco algo de esa magia. Antes me dedicaba a un vicio... ya sabes. ¿Tú nunca has estado con una mujer?

—No —dije—. Aún no he encontrado la que busco.

—Pero si la encontraras y creyeras que era la verdadera, ¿te acostarías con ella?

—Pues claro. Suponiendo que ella no tuviera nada en contra —dije con algo de sarcasmo.

—¡Oh, estás completamente equivocado! Sólo se pueden desarrollar las fuerzas interiores si uno es completamente casto. Yo lo soy desde hace dos años. Dos años y algo más de un mes. ¡Es tan difícil! ¡A veces no puedo casi soportarlo!

—Oye, Knauer, yo no creo que la castidad sea tan importante.

—Ya sé —protestó—, eso es lo que dicen todos. Pero no lo hubiera esperado de ti. El que quiera andar por el camino superior de la espiritualidad, tiene que mantenerse puro. ¡No cabe duda!

—Bueno, pues hazlo. Pero no entiendo por qué un hombre que reprime su sexo va a ser más «puro» que cualquier otro. ¿O es que tú puedes eliminar lo sexual de todos tus pensamientos y sueños?

Me miró desesperado.

—¡No, claro que no! ¡Pero, Dios mío, debiera ser así! Por la noche tengo sueños que no podría contármelos ni a mí mismo. ¡Sueños horribles, créeme!

Me acordé de lo que me había dicho Pistorius. Pero, aunque consideraba válidos sus consejos, no podía transmitirlos; no sabía dar un consejo que no proviniera de mi propia experiencia y que yo mismo no me atreviera a seguir consecuentemente. Me quedé callado y me sentí humillado por no saber dárselo a alguien que venía a pedírmelo.

—¡Lo he intentado todo! —lloriqueaba Knauer junto a mí—. He hecho todo lo que se puede hacer, con agua fría, con nieve, con gimnasia, con carreras. Pero no sirve de nada. Todas las noches me despierto sobresaltado por sueños en los que no debo pensar. Y lo peor es que lentamente voy perdiendo todo lo que he aprendido intelectualmente. Ya casi no consigo concentrarme o dominarme; a veces me paso la noche entera en vela. No voy a poder aguantarlo mucho tiempo. Si al final no puedo luchar, si cedo y me ensucio otra vez, voy a ser más miserable que los que nunca han luchado siquiera. Lo comprendes, ¿verdad?

Asentí, pero no tenía nada que añadir a eso. Empezaba a

aburrirme. Me asusté de mí mismo porque su miseria y su desesperación, tan patentes, no lograban hacerme una impresión más profunda. Sólo sentía que no podía ayudarle.

—Entonces ¿tú no sabes decirme nada? —dijo por fin, agotado y triste—. ¿Nada en absoluto? Tiene que haber un camino. ¿Cómo lo solucionas tú?

—Yo no sé decirte nada, Knauer. En este caso, uno no puede ayudar a los demás. A mí tampoco me ha ayudado nadie. Tienes que recapacitar sobre ti mismo y hacer lo que brote verdaderamente de tu ser. No hay otra solución. Si no te encuentras a ti mismo, creo que no encontrarás tampoco a ningún espíritu.

El pobre chico me miró desilusionado y súbitamente mudo. Luego su mirada refulgió con odio, me hizo una mueca y gritó:

—¡Ah, menudo hipócrita estás tú hecho! ¡También tú tienes tu vicio, ya lo sé! Te haces el sabio y en secreto estás en la misma basura que yo y que todos. ¡Eres un cerdo! ¡Un cerdo como yo! ¡Todos somos cerdos!

Eché a andar y le dejé. Me siguió aún dos o tres pasos; luego se quedó atrás, se volvió y se alejó corriendo. Me invadió un sentimiento mezcla de compasión y asco y no me pude librar de él hasta que llegué a casa y pude rodearme en mi cuarto de mis dibujos, entregándome con ardiente fervor a mis propios sueños. En seguida surgió el del portal y el escudo, el de mi madre y el de la mujer desconocida; y vi tan claros los rasgos de la mujer que comencé a dibujar su retrato aquella misma noche.

Cuando a los pocos días estuvo terminado, lo colgué al anochecer en la pared de mi cuarto, puse la lámpara delante y me quedé delante de él como ante un espíritu con el que tenía que luchar hasta conseguir una solución definitiva. Era un rostro parecido a Demian, y en algunos rasgos parecido a mí. Uno de los ojos estaba más alto que el otro; su mirada flotaba sobre mí con fijeza pensativa, llena de fatalidad.

Permanecí delante de él; y del esfuerzo interior me fui quedando helado hasta el corazón. Interrogaba al retrato, le acusaba, le acariciaba, le adoraba; llamándole madre, amada, prostituta y perdida, Abraxas. Recordé las palabras de Pistorius. ¿O eran las de Demian? No podía recordar cuándo fueron pronunciadas pero creí estar oyéndolas de nuevo. Eran palabras sobre la lucha de Jacob con el ángel de Dios y aquella frase: «No te dejaré hasta que me hayas bendecido».

El rostro, iluminado por la lámpara, se transformaba a cada invocación. Se volvía luminoso y claro, y luego oscuro y negro; cerraba los párpados pálidos sobre los ojos muertos y los volvía a abrir lanzando miradas ardientes. Era mujer, hombre, muchacha; era un niño pequeño, un animal; se disolvía en una mancha, volvía a crecer y a aclararse. Por fin cerré los ojos, impulsado por una poderosa voz interior; y entonces vi el retrato dentro de mí, más grandioso y más potente. Quise arrodillarme delante de él; pero estaba tan dentro de mí que no pude

separarlo de mí mismo, como si se hubiera asimilado por completo a mi yo.

Escuché un oscuro y tumultuoso bramido como de vendaval de primavera y me puse a temblar preso de un indescriptible sentimiento nuevo de miedo y vivencia. En mi alma destellaban estrellas y se volvían a apagar; los recuerdos de mi primera y olvidada infancia fluían apretados ante mis ojos. Pero mis recuerdos, que parecían repetir toda mi vida hasta lo más íntimo, no acababan ni ayer ni hoy; seguían, reflejaban un futuro, me arrancaban del día presente hacia nuevas formas de vida cuyas imágenes eran terriblemente claras y cegadoras pero de las que no pude recordar ninguna.

Por la noche me desperté de un profundo sueño. Me encontré aún vestido sobre la cama. Encendí la luz con la sensación de tener que recordar algo muy importante; pero nada sabía ya de las horas anteriores. Al encender la luz aparecieron lentamente los recuerdos. Busqué el retrato, pero ya no estaba en la pared ni tampoco sobre la mesa. Entonces me pareció recordar que lo había quemado. ¿O había soñado que lo había quemado con mis propias manos y me había comido luego las cenizas?

Una terrible inquietud se apoderó de mí. Me puse el sombrero, atravesé la casa y la calle como arrastrado por un impulso; anduve y anduve por calles y plazas como arrastrado por un torbellino; escuché delante de la iglesia de mi amigo, sumida en la oscuridad, buscando y buscando sin saber qué, llevado por un oscuro instinto. Pasé por un arrabal, donde estaban los prostíbulos; aquí y allá brillaba alguna luz. Más allá se alzaban edificios en construcción y montones de ladrillos, cubiertos en parte por nieve grisácea. Errando como un sonámbulo por aquel desierto, me acordé de la casa en construcción de mi ciudad natal a la que Kromer, mi verdugo, me había arrastrado para ajustar cuentas por primera vez. En la noche gris se levantaba ante mis ojos una casa en construcción parecida a aquella, esperándome con su negro portal. Una fuerza me obligaba a entrar; quise alejarme, tropezando con la arena y los escombros, pero la fuerza era irresistible: tuve que entrar.

Dando traspiés sobre vigas y ladrillos rotos entré tambaleándome en el desolado recinto. Olía vagamente a humedad fría y a piedra. Había un montón de arena, un manchón blanquecino; el resto estaba a oscuras. Me llamó una voz espantada:

—¡Sinclair! ¡Por Dios! ¿De dónde sales?

Junto a mí emergió de la oscuridad una silueta humana, un chico pequeño y delgado como un fantasma y con cabellos erizados; reconocí a mi compañero Knauer.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —me preguntó enloquecido de excitación—. ¿Cómo has podido encontrarme?

No comprendí lo que quería decir.

—No te he buscado —dije aturdido; cada palabra me costaba esfuerzo y salía trabajosamente entre mis labios torpes y helados.

Me miró desconcertado.

—¿No me has buscado?

—No. Algo tiraba de mí. ¿Me has llamado tú? ¡Seguro que me has llamado! ¿Qué haces aquí? ¡Si es de noche!

Me rodeó desesperadamente con sus brazos delgados.

—Sí, de noche. Pronto amanecerá. ¡Oh Sinclair, tú no me has olvidado! ¿Podrás perdonarme?

—¿Perdonarte, qué?

—¡Oh, me porté tan mal contigo!

En aquel momento me vino a la memoria nuestra conversación. ¿Cuántos días habían transcurrido desde entonces? ¿Cuatro, cinco? Me daba la impresión de que había pasado una eternidad. De pronto me di cuenta de todo. No sólo de lo ocurrido entre nosotros, sino también de por qué había venido yo a aquel lugar y de lo que Knauer había querido hacer.

—¿Querías suicidarte, Knauer?

Se estremeció de frío y de miedo.

—Sí, quería. No sé si hubiera podido. Quería esperar hasta el amanecer.

Le conduje afuera. Los primeros rayos de luz de la mañana, horizontales y fríos, brillaban mortecinos en el aire gris.

Le llevé un trecho cogido del brazo.

—Ahora te vas a casa y no dices a nadie nada. Te has equivocado de camino, ¿comprendes? No somos cerdos como tú crees. Somos seres humanos. Creamos dioses y luchamos con ellos; y ellos nos bendicen.

Seguimos caminando en silencio y nos separamos. Cuando llegué a casa era de día.

Lo mejor que me ofreció aquel tiempo en St. fueron las horas que pasé con Pistorius junto al órgano o frente al fuego de la chimenea. Leímos juntos un texto griego sobre Abraxas; él me leyó unos fragmentos de una traducción de los Vedas y me enseñó a recitar la sagrada «Om». Sin embargo, no fueron estas sabidurías las que me impulsaron hacia adelante, sino más bien todo lo contrario. Lo que me hacía bien era avanzar en mi interior, la creciente confianza en mis propios sueños, pensamientos e intuiciones; y también la conciencia creciente del poder que llevaba en mí mismo.

Con Pistorius me entendía en todos los sentidos. No necesitaba más que pensar intensamente en él para que apareciera o me llegara un saludo suyo. Podía preguntarle cualquier cosa como a Demian, sin necesidad de que estuviera delante: no necesitaba más que imaginármelo y dirigirle mis preguntas en forma de intensos pensamientos. Toda la fuerza psíquica vertida en la pregunta me volvía convertida en respuesta. Pero no era la persona de Pistorius la que me imaginaba ni la de Max Demian, sino el retrato soñado y dibujado por mí; era esta imagen andrógina de mi demonio, mitad hombre, mitad mujer, a la que tenía que invocar. Ahora no vivía ya solamente en mis

sueños y sobre el papel, sino en mí como una imagen ideal, como potenciación de mí mismo.

Mis relaciones con Knauer, el suicida frustrado, tomaron un matiz curioso y a veces casi cómico. Desde aquella noche en la que yo le había sido enviado, iba detrás de mí como un criado o un perro fiel, intentando unir su vida a la mía y siguiéndome ciegamente. Acudía a mí con las preguntas y los deseos más raros; quería ver espíritus, aprender la cábala; y no me quería creer cuando le aseguraba que yo no sabía nada de esas cosas. Me creía capaz de todo. Era curioso que muchas veces viniera con sus preguntas tontas y raras precisamente cuando yo mismo tenía algún problema que resolver, y que sus caprichosas ocurrencias y preocupaciones me dieran a menudo la clave y el impulso para solucionar las mías. Con frecuencia su presencia me molestaba, y yo le ordenaba que se marchara con tono autoritario; pero al mismo tiempo sentía que también él me había sido enviado, que también él me devolvía doblado lo que yo le daba, que también él era como un guía o más bien un camino para mí. Los libros y escritos absurdos que me traía y en los que él buscaba su salvación me enseñaron más de lo que yo podía imaginar en aquel momento.

Más adelante Knauer desapareció de mi vida sin pena ni gloria. Con él no hubo necesidad de explicaciones; pero con Pistorius, sí. Con Pistorius me sucedió algo muy extraño al final de mi época de colegio en St. Tampoco los hombres bondadosos se libran de entrar a lo largo de su vida una o varias veces en conflicto con las bellas virtudes de la piedad y de la gratitud. Cada hombre tiene que dar una vez el paso que le aleja de su padre, de su maestro; cada cual tiene que probar la dureza de la soledad, aunque la mayoría de los hombres aguanta poco y acaba por claudicar. De mis padres y de su mundo, el mundo «claro» de mi niñez, me había separado sin lucha; lenta y casi imperceptiblemente me había alejado de ellos. Aquello me dolía, y durante las visitas a casa me amargaba las horas; sin embargo, no llegaba hasta el corazón: se podía soportar.

Pero en los casos en los que no ha sido la costumbre sino el más íntimo impulso el que nos ha llevado a ofrecer amor y veneración, cuando hemos sido discípulos y amigos de todo corazón, el momento de reconocer que la corriente dominante en nosotros se aparta de la persona querida es amargo y terrible. Cada pensamiento que rechaza al amigo y al maestro se vuelve con aguijón venenoso contra nuestro propio corazón; cada golpe de defensa nos da en la propia cara. A quien creía actuar según una moral válida se le aparecen las palabras «infidelidad» e «ingratitud» como vergonzosos reproches y estigmas; el corazón aterrado huye temeroso a refugiarse en los amados valles de las virtudes infantiles. Me costaba trabajo comprender que también esta ruptura ha de ser llevada a cabo, que también hay que cortar este lazo.

Poco a poco un sentimiento fue negándose en mi a reconocer a mi

amigo Pistorius incondicionalmente como guía. Su amistad, su consejo, su consuelo y su presencia había sido lo mejor que yo había tenido en los meses más difíciles de mi adolescencia. A través de él Dios me había hablado. De su boca habían salido mis sueños, clarificados e interpretados. Él me había dado el valor de aceptarme a mí mismo. Y ahora sentía una creciente resistencia contra Pistorius. Creí oír demasiadas enseñanzas en sus palabras, y sentí que captaba solamente una parte de mi ser.

No hubo riña, ni discusión entre nosotros, ni ruptura, ni siquiera una explicación. Le dije una sola palabra, en el fondo inocente, pero que precisamente en aquel momento rompió toda nuestra ilusión en mil pedazos multicolores.

El presentimiento de que esto sucedería me venía obsesionando desde hacía tiempo, y se transformó en certidumbre un domingo en su vieja habitación de sabio. Estábamos tumbados en el suelo frente al fuego; él hablaba sobre los misterios y formas de religión que estudiaba y en los que meditaba y cuyo posible futuro le preocupaba. Sin embargo, a mí todo ello me parecía más curioso e interesante que esencialmente vital. Me sonaba a erudición, a búsqueda fatigosa entre las ruinas de mundos pretéritos. Y, de pronto, sentí aversión contra esta manera de ser, contra este culto a la mitología, contra este rompecabezas de viejas doctrinas religiosas.

—Pistorius —dije súbitamente, con una explosión de maldad que a mí mismo me asustó y sorprendió—, debiera usted contarme algún sueño, un sueño verdadero que haya tenido por la noche. Sabe, eso que me está ahora contando es… ¡tan arqueológico!

Nunca me había oído hablar así; en seguida me di cuenta, con vergüenza y angustia, de que la flecha que le había disparado, hiriéndole en el corazón, provenía de su propio arsenal, de que los reproches que a menudo le había oído hacerse irónicamente a sí mismo se los lanzaba yo ahora afilados con malicia.

Pistorius se percató de mi intención inmediatamente y se quedó callado. Le observé con el corazón en un puño y vi cómo se ponía profundamente pálido.

Después de un largo silencio, colocó un leño en el fuego y dijo muy tranquilo:

—Tiene usted razón, Sinclair, es usted muy inteligente. Procuraré no molestarle con arqueologías.

Habló muy sereno pero yo percibí perfectamente el dolor de la herida. ¿Qué había hecho?

Estuve a punto de echarme a llorar; quise volverme hacia él con cariño, pedirle perdón, confirmarle mi amistad, mi profunda gratitud. Me acudieron a la mente palabras llenas de emoción; pero no pude pronunciarlas. Me quedé tumbado, mirando al fuego y callado. Él tampoco habló. Y así permanecimos los dos, mientras el fuego se consumía y se desmoronaba; y con cada llama que se extinguía sentí

que algo hermoso y profundo que nunca más volvería se apagaba y volatilizaba.

—Creo que me ha comprendido mal —dije por fin entre dientes con voz seca y ronca—. Estas estúpidas palabras sin sentido salieron mecánicamente de mi boca, como si las estuviera leyendo en un serial del periódico.

—Le comprendo perfectamente —dijo Pistorius—. Tiene usted razón. —Se interrumpió, luego siguió lentamente. —En la medida que un hombre puede tener razón contra otro hombre.

«¡No, no! —clamaba algo en mí—, no tengo razón». Pero no pude decir nada. Sabía que con mi corta frase había puesto al descubierto su debilidad esencial, su problema y su herida. Había tocado el punto, en que él desconfiaba de sí mismo. Su ideal era «arqueológico»; Pistorius buscaba mirando hacia atrás, era un romántico. Y de pronto comprendí que lo que Pistorius había sido para mí no podía serlo para él mismo, y que tampoco podía darse a sí mismo lo que él me había dado. Me había enseñado un camino que le sobrepasaba y dejaba atrás, también a él, al guía. ¡Dios sabe cómo surgen semejantes palabras! Yo no me había propuesto nada, ni había tenido ni idea de la catástrofe que iba a provocar. Había dicho algo cuyo alcance no conocía en el momento de expresarlo; había cedido a una pequeña ocurrencia, un poco maliciosa, y ésta se había convertido en fatalidad. Había cometido una pequeña y desconsiderada grosería que se había convertido para él en una sentencia.

¡Cómo deseé aquel día que Pistorius se hubiera enfadado o defendido, que me hubiera gritado! Pero no lo hizo; yo lo tuve que resolver todo solo conmigo mismo. Pistorius hubiera sonreído si hubiese podido; pero no pudo, y por eso me di cuenta de lo hondo que le había herido.

Pistorius, al recibir en silencio el golpe que yo, su indiscreto e ingrato discípulo, le asestaba, al darme la razón y reconocer mis palabras como su destino, me obligó a odiarme a mí mismo, al mismo tiempo que centuplicaba las proporciones de mi imprudencia. Al descargar el golpe había creído dar a un hombre fuerte y alerta; pero se trataba de un hombre callado y paciente, indefenso, que se rendía en silencio.

Estuvimos aún un largo rato tumbados ante el fuego que se extinguía; cada figura en las cenizas ardientes, cada brasa que se rompía, me traía a la memoria horas felices, hermosas y fecundas, aumentando más y más mi culpa y mi deuda frente a Pistorius. Finalmente, no pude resistir más; me levanté y me fui. Permanecí mucho tiempo delante de su puerta, en la escalera oscura, delante de la casa, esperando que quizá viniera detrás de mí. Por fin me marché y anduve horas y horas por la ciudad y las afueras, el parque y el bosque, hasta que se hizo de noche. Aquella noche sentí por primera vez el estigma de Caín sobre mi frente.

Lentamente comencé a reflexionar. Mis pensamientos empezaban acusándome y defendiendo a Pistorius; pero acababan siempre en lo contrario. Mil veces estuve a punto de arrepentirme y retirar mis precipitadas palabras; pero éstas habían sido verdad. Entonces conseguí comprender a Pistorius y reconstruir ante mis ojos su sueño: el de ser sacerdote, predicar la nueva religión, instaurar nuevas formas de fervor, de amor y adoración, crear nuevos mitos. Pero esto no era su fuerza ni su misión. Le gustaba demasiado permanecer en el pasado; conocía demasiado bien lo pretérito, sabía demasiadas cosas de Egipto, India, Mitra y Abraxas. Su amor estaba atado a imágenes que el mundo ya conocía y él sabia, en el fondo mejor que nadie, que lo nuevo debía ser diferente, que debía brotar de suelo virgen y no de los museos y de las bibliotecas. Su misión era quizás ayudar a los hombres a encontrarse a sí mismos, como me había ayudado a mí, pero no era darles lo insólito: los dioses nuevos.

En estos momentos tuve una certeza fulminante: cada uno tenía una «misión», pero ésta no podía ser elegida, definida, administrada a voluntad. Era un error desear nuevos dioses, y completamente falso querer dar algo al mundo. No existía ningún deber, ninguno, para un hombre consciente, excepto el de buscarse a sí mismo, afirmarse en su interior, tantear un camino hacia adelante sin preocuparse de la meta a que pudiera conducir. Aquel descubrimiento me conmovió profundamente; éste fue el fruto de aquella experiencia. Yo había jugado a menudo con imágenes del futuro y soñado con papeles que me pudieran estar destinados, de poeta quizá, de profeta, de pintor o de cualquier otra cosa. Aquellas imágenes no valían nada. Yo no estaba en el mundo para escribir, predicar o pintar; ni yo ni nadie estaba para eso. Tales cosas sólo podían surgir marginalmente. La misión verdadera de cada uno era llegar a sí mismo. Se podía llegar a poeta o a loco, a profeta o a criminal; eso no era asunto de uno: a fin de cuentas, carecía de toda importancia. Lo que importaba era encontrar su propio destino, no un destino cualquiera, y vivirlo por completo. Todo lo demás eran medianías, un intento de evasión, de buscar refugio en el ideal de la masa; era amoldarse; era miedo ante la propia individualidad. La nueva imagen surgió terrible y sagrada ante mis ojos, presentida múltiples veces, quizá pronunciada ya otras tantas, pero nunca vivida hasta ahora. Yo era un proyecto de la naturaleza, un proyecto hacia lo desconocido, quizás hacia lo nuevo, quizás hacia la nada; y mi misión, mi única misión, era dejar realizarse este proyecto que brotaba de las profundidades, sentir en mí su voluntad e identificarme con él por completo.

Había probado mucha soledad. Pero ahora presentí que había una soledad más profunda, y que ésta era inevitable.

No hice ningún intento por reconciliarme con Pistorius. Seguimos siendo amigos pero la relación había cambiado. Hablamos una sola vez del asunto; mejor dicho, habló él. Dijo:

—Yo quise ser sacerdote, como usted sabrá. Hubiera querido ser sacerdote de la nueva religión que presentimos. No podré serlo jamás, lo sé; y lo sé desde hace mucho tiempo sin atreverme a reconocerlo. Tendré que servir a Dios de otra manera, quizá mediante el órgano o quién sabe cómo. Pero tengo que sentirme rodeado de algo que considere bello y sagrado: música de órgano, misterio, símbolo y mito; lo necesito y no pienso renunciar a ello. Eso es mi punto débil. Porque a veces, Sinclair, sé que no debía tener esos deseos, que son un lujo y una debilidad. Sería más grande y más justo si me ofreciera al destino sin ambiciones. Pero soy incapaz; es lo único que no puedo hacer. Quizás usted pueda hacerlo un día. Es muy difícil; es lo único verdaderamente difícil que existe, muchacho. He soñado muchas veces con ello, pero no puedo, me da miedo: no puedo existir tan desnudo y solo; también yo soy un pobre perro débil que necesita un poco de calor y comida y sentir de vez en cuando la proximidad de sus semejantes. El que no tiene ningún deseo excepto su destino, ése no tiene ya semejantes, está solo en medio del universo frío que le rodea. ¿Comprende usted?, como Jesús en Getsemani. Ha habido mártires que se han dejado crucificar a gusto; pero tampoco ellos eran héroes, no estaban liberados; también ellos deseaban algo que les resultara amable y familiar, y tenían modelos e ideales. Quien desee solamente cumplir su destino, no tiene modelo, ni ideales, nada querido y consolador. Este es el camino que habría que seguir. La gente como usted y como yo está muy sola; pero, al fin y al cabo, nosotros tenemos nuestra amistad, tenemos la satisfacción secreta de rebelarnos, de desear lo extraordinario. También hay que renunciar a eso cuando se quiere seguir el camino consecuentemente. Tampoco se puede querer ser revolucionario, ni mártir, ni dar ejemplo. Sería inimaginable.

Sí, era inimaginable; pero se podía soñar, presentir, intuir. Algunas veces, en momentos tranquilos, sentía algo de aquello. Y concentraba la mirada en mí mismo, contemplando mi destino en los ojos abiertos y fijos. Que estuvieran llenos de sabiduría o de locura, que irradiaran amor o profunda maldad, daba lo mismo. No había posibilidad de elección o deseo. Sólo existía la posibilidad de desearse a sí mismo, de desear el propio destino. Hasta este punto me había servido Pistorius de guía durante un trecho.

En aquellos días anduve como loco, con la tempestad desatada en mi interior; cada paso significaba un peligro; no veía nada más que la oscuridad abismal que se abría ante mis ojos y a la que conducían, perdiéndose en ella, todos los caminos que había conocido hasta entonces. En mi mente vislumbraba la imagen de un guía que se parecía a Demian y en cuyos ojos estaba escrito mi destino.

Escribí sobre un papel: «Mi guía me ha abandonado. Estoy en plena oscuridad. No puedo andar solo. ¡Ayúdame!».

Quería mandárselo a Demian, pero no lo hice. Cada vez que lo iba a hacer me parecía una estupidez carente de sentido. Pero me aprendí

de memoria la pequeña oración y la repetía a menudo en mi mente; me acompañaba siempre. Y empecé a intuir lo que era rezar.

La época escolar tocaba a su fin. Mi padre había planeado que hiciera un viaje de vacaciones antes de mandarme a la Universidad. A qué Facultad, no lo sabía aún. Decidieron que estudiara un semestre de filosofía. Hubiera estado también de acuerdo con cualquier otro estudio.

7. FRAU EVA

Durante las vacaciones fui un día a la casa en que había vivido hacía años Max Demian con su madre. Por el jardín paseaba una anciana; me dirigí a ella y averigüé que la casa le pertenecía. Pregunté por la familia Demian y, aunque la recordaba muy bien, no sabía dónde vivía ahora. Al ver mi interés, me invitó a entrar; sacó un álbum encuadernado en cuero y me enseñó una fotografía de la madre de Demian. Yo apenas la recordaba. Al ver la pequeña fotografía, mi corazón casi dejó de latir. ¡Era la imagen de mi sueño! Era ella, la gran silueta de mujer, un poco masculina, parecida a su hijo, con rasgos maternales, rasgos de sinceridad, rasgos de profunda pasión, bella y atractiva, bella e inasequible, demonio y madre, destino y amada. ¡Era ella!

Me sentí traspasado por un asombro salvaje al descubrir que mi imagen soñada vivía sobre la tierra. ¡Aquella mujer que llevaba los rasgos de mi destino existía! ¿Dónde estaba? ¿Dónde? Era la madre de Demian.

Poco después emprendí mi viaje. ¡Un extraño viaje! Iba desasosegado de un lugar a otro, siguiendo mis impulsos, siempre en busca de aquella mujer. Había días en los que encontraba personas que me la recordaban, que se le parecían, que me arrastraban tras de sí por calles, por ciudades desconocidas, por estaciones, por trenes, como en un sueño enmarañado. Había otros días en los que me daba cuenta de lo inútil que era mi búsqueda; entonces me sentaba apático en un parque, en el jardín de un hotel, en una sala de espera, concentrado en mí mismo e intentando revivir en mi interior la imagen amada. Pero la imagen se había hecho ya borrosa y huidiza. No podía dormir; únicamente en el tren, atravesando paisajes desconocidos, lograba dormirme a ratos. Una vez, en Zurich, me siguió una mujer, guapa y un poco descarada. Yo apenas la miré y seguí adelante como si no existiera. Hubiera preferido morir instantáneamente antes que dedicarle a otra mujer ni un minuto de interés.

Yo notaba que mi destino tiraba de mí; sentía que la consumación estaba ya próxima y me enloquecía de impaciencia viendo que no podía precipitarla. Una vez en una estación —creo que fue en Innsbruck— vi pasar en la ventanilla de un tren que salía una figura que me recordó a ella y durante varios días me sentí profundamente desdichado. Otro día volvió a aparecer la imagen en un sueño; desperté con una sensación de vergüenza y vacío ante la insensatez de mi búsqueda y volví directamente a casa.

Un par de semanas más tarde me matriculé en la Universidad de H. Todo me desilusionó. Las clases de historia de la filosofía a las que yo asistía me parecían tan insulsas y mecánicas como la vida que

llevaban los jóvenes estudiantes. Todo estaba cortado por el mismo patrón; todos hacían las mismas cosas. La acalorada alegría en los rostros juveniles tenía un aspecto vacío e impersonal. Pero yo era libre, disponía de todo el día y vivía tranquila y cómodamente en una casa antigua fuera de la ciudad. Sobre mi mesa tenía unos tomos de Nietzsche. Con él vivía, sintiendo la soledad de su alma, presintiendo el destino que le empujaba inexorablemente; sufría con él y era feliz de que hubiera existido un hombre que había seguido tan consecuentemente su camino.

Una noche paseaba yo por la ciudad barrida por el viento otoñal, escuchando cantar a los estudiantes en las tabernas. Por las ventanas abiertas salía en densas nubes el humo del tabaco, así como canciones ruidosas y rítmicas pero desangeladas y uniformes.

Parado en una esquina, escuchaba; en dos tabernas resonaba en la noche a un tiempo la alegría ensayada de la juventud. Por todas partes aquel compañerismo, aquellas pandillas sentadas en las tabernas, aquel eludir el destino, la evasión al calor del rebaño. Dos hombres pasaron lentamente a mi espalda y oí un jirón de su conversación.

—¿Verdad que es igual que la cabaña de adolescentes en un pueblo de negros? Y todo igual, hasta los tatuajes, siguen de moda. ¿Ve usted?: esto es la joven Europa.

La voz me sonó conocida y como una singular advertencia. Seguí a los dos hombres por la calle oscura. Uno de ellos era japonés, pequeño y elegante. A la luz de la farola pude ver el brillo de su cara amarilla y sonriente. Volvió a hablar el otro.

—Bueno, tampoco en Japón, en su país, estarán mejor. Las gentes que no siguen a la manada son muy pocas en todas partes. Aquí también hay algunos.

Cada palabra me hizo estremecer de sobresalto gozoso. Conocía al hombre que hablaba. Era Demian.

En el viento de la noche les seguí por las callejas oscuras, escuchando sus conversaciones y disfrutando del sonido de la voz de Demian. Tenía el antiguo sonido, la antigua y hermosa seguridad, la misma tranquilidad; y seguía teniendo poder sobre mí. Ahora todo marchaba bien. Le había encontrado.

Al final de una calle de las afueras, el japonés se despidió y abrió un portal. Demian volvió sobre sus pasos. Yo me había parado y le esperaba en medio de la calle. Con el corazón palpitante le vi venir a mi encuentro, erguido y elástico, con un impermeable oscuro y un bastón colgado del brazo. Llegó hasta mí sin alterar su caminar acompasado, se quitó el sombrero y mostró su rostro despejado tan familiar, con la boca decidida y aquella luz peculiar de su ancha frente.

—¡Demian! —exclamé.

Me tendió la mano.

—¡Por fin, Sinclair! ¡Te esperaba!

—¿Sabías que estaba aquí?

—No, no lo sabia exactamente, pero te esperaba con toda seguridad. Hasta esta noche no te he visto; nos has venido siguiendo todo el tiempo.

—Entonces ¿me has reconocido inmediatamente?

—Naturalmente. Has cambiado, pero llevas la señal.

—¿La señal? ¿Qué señal?

—Antes lo llamábamos el estigma de Caín; supongo que lo recordarás. Es nuestro estigma. Tú siempre lo has llevado; por eso me hice tu amigo. Pero ahora se ha acentuado.

—No lo sabia. O sí, sí lo sabía. Una vez dibujé un retrato tuyo, Demian, y me quedé asombrado porque se parecía también a mí. ¿Era eso el estigma?

—Sí, eso es el estigma. Me alegro de que estés por fin aquí. También mi madre se alegrará.

Me sobresalté.

—¿Tu madre? ¿Está contigo? Ella no me conoce.

—¡Oh!, sabe algo de ti. Te reconocerá aunque yo no le diga quién eres. Hace tiempo que no sabemos nada de ti.

—Quise escribir muchas veces, pero no podía. Desde hace un tiempo presentí que te iba a encontrar pronto. Lo esperaba cada día.

Me cogió del brazo y echó a andar a mi lado. La tranquilidad que emanaba de su persona fue inundándome lentamente. Empezamos a charlar como antes. Recordamos la época del colegio, las clases de religión, y también aquel encuentro aciago durante las vacaciones; pero tampoco en esa ocasión hablamos del lazo más antiguo y estrecho que existía entre nosotros: la aventura con Franz Kromer.

Sin darnos cuenta nos encontramos en medio de un diálogo extraño y lleno de presagios. Siguiendo la conversación de Demian con el japonés, hablamos de la vida estudiantil; y de este tema pasamos a otro que parecía muy lejano. Sin embargo, en las palabras de Demian se fundían ambos íntimamente.

Habló del espíritu de Europa y del signo de nuestra época. Por todas partes —dijo— se extienden el grupo y la manada, por ningún lado la libertad y el amor. El espíritu de corporación, desde las asociaciones estudiantiles y los coros hasta las naciones, no es más que un producto de la necesidad. Es una solidaridad por miedo, temor y falta de imaginación; en su fondo está carcomida y vieja, a punto de desintegrarse.

—La solidaridad —dijo Demian— es algo hermoso. Pero lo que vemos florecer por ahí no es solidaridad. Volverá a renacer del conocimiento del individuo por los individuos y durante algún tiempo transformará el mundo. La que hoy existe no es más que espíritu gregario. Los hombres se unen porque tienen miedo los unos de los otros; los señores se asocian, los trabajadores se asocian, los sabios se asocian. ¿Y por qué tienen miedo? Sólo se tiene miedo cuando se está

en disensión consigo mismo. Tienen miedo porque nunca se han reconocido a sí mismos. ¡Una sociedad de hombres que tienen miedo de lo desconocido que anida en ellos! Todos se percatan de que sus leyes de vida no funcionan ya, de que viven según los viejos códigos y que ni su religión ni su moral corresponden a lo que necesitamos. Durante cien años y más, Europa no ha hecho más que estudiar y construir fábricas. Todos saben con exactitud cuántos gramos de pólvora se necesitan para matar a un hombre; pero no saben cómo se reza a Dios, no saben siquiera cómo se pasa un rato divertido. ¡Mira las tabernas de los estudiantes! O un lugar de diversión donde se reúne gente rica. ¡Desesperante! Querido Sinclair, de esto no puede salir nada alegre. Los hombres que se apiñan acobardados están llenos de miedo y de maldad; ninguno se fía del otro. Son fieles a unos ideales que han dejado de serlo y apedrean a todo el que crea otros nuevos. Presiento graves conflictos. Vendrán, créeme, vendrán pronto. Naturalmente, no «mejorarán» el mundo. Que los obreros maten a los empresarios, o que Rusia y Alemania disparen una sobre otra, nada altera la situación; sólo cambian los dueños. Pero no será completamente en vano. Hará patente la miseria de los ideales actuales; se saldarán las cuentas con los dioses de la Edad de Piedra. Este mundo, tal como es ahora, quiere morir, quiere sucumbir y lo conseguirá.

—¿Y nosotros? —pregunté.

—¿Nosotros? ¡Oh!, quizá sucumbamos con él. También nos pueden matar. Sólo que con eso no acabarán con nosotros. En torno a lo que quede de nosotros, o en torno a los que sobrevivan entre nosotros, se agrupará la voluntad del futuro. Y se mostrará la voluntad de la humanidad, que nuestra Europa ahogó con su feria de técnica y ciencia. Entonces se demostrará que la voluntad de la humanidad no se identifica nunca, en ningún lado, con las sociedades actuales, los Estados, las naciones, las asociaciones y las Iglesias. Porque lo que la naturaleza quiere hacer del hombre, está escrito en cada individuo, en ti y en mí. Estaba escrito en Jesucristo y está escrito en Nietzsche. Cuando las sociedades actuales se derrumben, habrá sitio para estas corrientes, las únicas importantes, que naturalmente pueden variar cada día.

Llegamos ya muy tarde a un jardín junto al río.

—Vivimos aquí —dijo Demian—, ven pronto a vernos. Te esperamos.

Feliz emprendí mi largo camino a casa en la noche fresca. Aquí y allá regresaban a sus casas estudiantes ruidosos y tambaleantes. Con frecuencia había sentido la discrepancia entre su absurda alegría y mi vida solitaria, a veces con una sensación de envidia y otras con sarcasmo. Pero nunca había sentido con tanta tranquilidad e intensidad lo poco que aquello me importaba, lo lejano y remoto que me resultaba aquel mundo. Me acordé de algunos funcionarios de mi ciudad natal, señores de edad, honorables, que evocaban las juergas de sus años

estudiantiles como si se tratara de un paraíso perdido y veneraban la «libertad» de aquellos años como pudieran hacer los poetas u otros románticos con su infancia. ¡Por todas partes lo mismo! Por todas partes buscaban la «libertad» y la «felicidad» en el pasado, de puro miedo a verse confrontados con su propia responsabilidad y con su propio camino. Pasaban unos años entre borracheras y juergas; luego se sometían y convertían en señores muy serios al servicio del Estado. Sí, nuestra sociedad estaba corrupta; y esta estupidez estudiantil aún era menos estúpida y peligrosa que otras muchas más.

Cuando llegué a mi apartada casa y me metí en la cama estas ideas desaparecieron y todo mi pensamiento se concentró en la gran promesa que aquel día me había deparado. Cuando yo quisiera, mañana mismo, vería a la madre de Demian. ¡Que los estudiantes siguieran emborrachándose y tatuándose las caras, que el mundo estuviera corrupto y a punto de hundirse! ¡A mi qué me importaba! Yo sólo esperaba que mi destino viniera al encuentro en una nueva imagen.

Dormí profundamente hasta muy entrada la mañana. El nuevo día amaneció para mí como uno de esos días festivos y solemnes que no había vivido yo desde las Navidades en la infancia. Estaba lleno de profunda intranquilidad pero sin ningún miedo. Había comenzado un día muy importante para mí; y veía y sentía el mundo que me rodeaba como transformado, expectante, lleno de ideas y festivo. Hasta la suave lluvia de otoño era bella, silenciosa y festiva, llena de música serena y alegre. Por primera vez en mi vida el mundo exterior coincidía perfectamente con mi mundo interior. Cuando esto sucede es fiesta para el alma y merece la pena vivir. Ninguna casa, ningún escaparate, ningún rostro en la calle me molestaba; todo era como tenía que ser, pero sin el aspecto vacío de lo cotidiano y acostumbrado: era naturaleza expectante, preparada respetuosamente a recibir al destino. Así había visto yo de niño el mundo en las mañanas de las grandes fiestas, en Navidad y en Pascua. No creía que el mundo pudiera ser aún tan hermoso. Me había acostumbrado a vivir replegado en mí mismo y me había hecho a la idea de que había perdido el sentido por lo que pasaba fuera, de que la pérdida de los colores luminosos estaba inevitablemente unida a la pérdida de la infancia y que había que pagar la libertad y madurez del alma con la renuncia a ese suave resplandor. Ahora descubría emocionado que todo aquello había estado sólo tapado y oscurecido y que era posible también, como hombre libre que ha renunciado a la felicidad de la infancia, ver refulgir el mundo y disfrutar de la visión infantil.

Llegó el momento en que me encontré de nuevo ante el jardín, en cuya puerta me había despedido de Max Demian la noche anterior. Detrás de los altos y grises árboles estaba escondida una casita, clara y acogedora; detrás de una cristalera crecían plantas y flores, y por las ventanas se distinguían paredes oscuras con cuadros y librerías. La puerta se abría directamente a un pequeño y cálido saloncito. Una vieja

criada con delantal blanco me introdujo y me quitó el abrigo.

Me dejó solo en el saloncito. Miré en torno mío y en seguida me sentí trasladado a mi sueño. Arriba, en la pared de madera oscura, sobre una puerta, colgado en un marco negro y protegido por un cristal un cuadro muy conocido para mí: el pájaro con la cabeza amarilla de gavilán, saliendo del cascarón del mundo. Emocionado, permanecí inmóvil; sentí una extraña alegría mezclada con dolor, como si en ese momento todo lo que había hecho y vivido hasta ahora volviera a mí en forma de respuesta o consumación. Como un relámpago pasó ante mis ojos una multitud de imágenes: la casa paterna con el viejo escudo de piedra sobre el portal; Demian, aún un chiquillo, dibujando el escudo: yo mismo, también un niño, bajo la nefasta influencia de mi enemigo Kromer; yo de joven, en mi cuarto de colegial, dibujando en mi mesa el pájaro de mis sueños con el alma enredada en la red de sus propios hilos. Y todo lo vivido hasta este momento resonaba en mi interior, era aceptado, afirmado y aprobado.

Con los ojos llenos de lágrimas contemplé mi dibujo y me encontré leyendo en mi propia alma. Bajé la mirada: bajo el dibujo del pájaro, en el marco de la puerta abierta había aparecido una mujer alta, vestida de oscuro. Era ella.

No fui capaz de articular ni una palabra. La hermosa y respetable dama me sonrió con un rostro que, como el de su hijo, no tenía edad e irradiaba una viva voluntad. Su mirada era la máxima realización, su saludo significaba el retorno al hogar. En silencio le tendí las manos. Ella las tomó con manos firmes y cálidas.

—Usted es Sinclair. En seguida le he reconocido. ¡Bienvenido!

Su voz era grave y cálida. Yo la bebí como un vino dulce y, levantando los ojos, los dejé descansar en sus rasgos serenos, en los negros y profundos ojos, sobre la boca fresca y madura, sobre la frente aristocrática y despejada que llevaba el estigma.

—¡Qué dichoso soy! —le dije, y besé sus manos—. Me parece haber estado toda mi vida de viaje y llegar ahora a mi patria.

Ella sonrió maternal.

—A la patria nunca se llega —dijo amablemente—. Pero cuando los caminos amigos se cruzan, todo el universo parece por un momento la patria anhelada.

Expresaba así lo que yo había sentido en mi camino hacia ella. Su voz y también sus palabras eran muy parecidas a las de su hijo y, sin embargo, diferentes. Todo en ella era más maduro, más cálido y más natural. Pero lo mismo que Max nunca dio la impresión de ser un chico, tampoco ella parecía madre de un hijo mayor: tan joven y dulce era el resplandor de su rostro y de su pelo, tan tersa y lisa era su piel dorada, tan floreciente su boca. Se erguía ante mi más grandiosa que en mi sueño; y en su proximidad era la felicidad, su mirada el cumplimiento de todas las promesas.

Esta era, pues, la nueva imagen en la que se mostraba mi destino;

no severa o desoladora, sino madura y sensual. No tomé ninguna decisión, no hice ninguna promesa; había llegado a la meta, a un mirador desde el que el camino se mostraba amplio y maravilloso, dirigido hacia países de promisión, sombreado por los árboles de la felicidad próxima, refrescado por cercanos jardines del placer. Ya podía sucederme lo que fuera; era feliz de saber que esta mujer existía en el mundo, feliz de beber su voz y respirar su proximidad. Que se convirtiera en madre, amada o diosa, no importaba, con tal de que existiera, con tal de que mi camino condujera cerca del suyo.

Hizo un gesto hacia mi cuadro.

—Nunca le ha dado a nuestro Max una alegría mayor que cuando le envió este cuadro —dijo pensativa—. También a mí me alegró. Le esperábamos; y cuando llegó el cuadro, supimos que estaba ya de camino hacia nosotros. Cuando usted era un niño, Sinclair, vino mi hijo un día del colegio y me dijo: hay un chico que lleva el estigma sobre la frente. Tiene que ser mi amigo. Era usted. No ha tenido un camino fácil, pero nosotros confiábamos en usted. Una vez, durante las vacaciones en casa, tuvo un encuentro con Max. Entonces tendría usted unos dieciséis años. Max me lo contó.

Yo la interrumpí:

—¡Oh! ¿Por qué se lo ha dicho a usted? ¡Yo pasaba entonces el peor momento de mi vida!

—Sí. Max me dijo: Sinclair tiene ahora que superar lo más difícil. Está intentando refugiarse en la masa; hasta se ha convertido en cliente asiduo de las tabernas. Pero no lo conseguirá. Su estigma está escondido pero arde en secreto. ¿No fue así?

—¡Oh, sí! Así fue exactamente. Entonces encontré a Beatrice y por fin apareció un guía. Se llamaba Pistorius. Me di cuenta de por qué mi infancia había estado tan ligada a Max, de por qué no podía liberarme de él. Querida señora, querida madre, en aquellos días creí muchas veces que tenía que quitarme la vida. ¿Es el camino tan difícil para todos?

Me pasó la mano por el pelo, suavemente como el aire.

—Siempre es difícil nacer. Usted lo sabe; el pájaro tiene que luchar por salir del cascarón. Reflexione otra vez y pregúntese: ¿fue tan difícil el camino? ¿Fue sólo difícil? ¿No fue también hermoso? ¿Hubiera usted conocido uno más hermoso y más fácil?

Negué con la cabeza.

—Fue difícil —dije como en sueños—, fue difícil hasta que apareció el sueño. Ella asintió y me miró intensamente.

—Sí, hay que encontrar el sueño de cada uno, entonces el camino se hace fácil. Pero no hay ningún sueño eterno; a cada sueño le sustituye uno nuevo y no se debe intentar retener ninguno.

Me sobrecogí profundamente. ¿Era aquello un aviso? ¿Era ya una advertencia? Pero no me importaba; estaba dispuesto a dejarme conducir por ella y no preguntar por la meta.

—No sé —dije— lo que ha de durar mi sueño. Quisiera que fuera eterno. Bajo la imagen del pájaro me ha salido a recibir el destino, como una madre, como una amada. A él le pertenezco y a nadie más.

—Mientras su sueño sea su destino, debe serle fiel —concluyó ella gravemente.

Se apoderó de mí la tristeza y el deseo ardiente de morir en aquella hora mágica. Sentí brotar las lágrimas incontenibles y arrasadoras: ¡cuánto tiempo hacía que no lloraba! Bruscamente me aparté de ella, me acerqué a la ventana y miré con ojos ciegos por encima de las flores. A mi espalda oí su voz, tranquila y sin embargo tan llena de ternura, como un vaso de vino colmado hasta el borde.

—Sinclair, es usted un niño. Su destino le quiere. Un día le pertenecerá por completo, como usted lo sueña, si usted le es fiel.

Me había serenado y volví de nuevo el rostro hacia ella. Me tendió la mano.

—Tengo unos pocos amigos —dijo sonriendo—, muy pocos amigos íntimos que me llaman Frau Eva. Usted también me llamará así, si quiere.

Me condujo a la puerta, abrió e hizo un gesto hacia el jardín.

—Ahí encontrará a Max.

Bajo los altos árboles permanecí aturdido y emocionado, no sé si más despierto o más sumergido que nunca en mis sueños. La lluvia goteaba suavemente de las ramas. Entré lentamente en el jardín, que se extendía a lo largo de la orilla del río. Por fin encontré a Demian. Estaba en un pequeño cobertizo abierto, con el pecho descubierto, boxeando contra un saco de arena. Me detuve asombrado. Demian tenía un aspecto magnifico. El amplio pecho, la cabeza masculina y firme; los brazos levantados, con sus músculos tensos, eran fuertes y potentes; los movimientos surgían de la cintura, los hombros y los brazos como fuentes.

—¡Demian! —exclamé—. ¿Qué estás haciendo?

Él rió alegremente.

—Me estoy entrenando. He prometido al pequeño japonés una pelea, y él es ágil como los gatos y naturalmente tan astuto como ellos. Pero no podrá conmigo. Es una pequeña, muy pequeña, humillación que le debo.

Se puso la camisa y la chaqueta.

—¿Has visto ya a mi madre?

—Sí. Demian ¡qué madre más maravillosa tienes! ¡Frau Eva! El nombre le va perfectamente; ¡es como la madre de todas las criaturas!

Me miró un momento a la cara, muy pensativo.

—¿Ya conoces su nombre? Puedes estar orgulloso. Eres el primero a quien se lo ha dicho en el primer momento.

Desde aquel día empecé a entrar y salir en la casa como un hijo y un hermano, pero también como un enamorado. Cuando cerraba la verja detrás de mí, cuando veía aparecer a lo lejos los altos árboles del

jardín, me sentía rico y dichoso. Fuera quedaba la «realidad»: las calles y las casas, los hombres y las instituciones, las bibliotecas y las aulas; dentro, sin embargo, reinaba el amor y el alma, el cuento maravilloso y el sueño. Pero no vivíamos en absoluto cerrados al mundo; a menudo vivíamos en nuestros pensamientos y conversaciones en medio de él, sólo que en otro campo: no estábamos separados de la mayoría por barreras, sino por una manera diferente de ver las cosas. Nuestra labor era formar una isla dentro del mundo, quizá dar ejemplo, en todo caso vivir la anunciación de otra posibilidad de vida. Yo, solitario tanto tiempo, conocí la comunión que es posible entre seres que han conocido la completa soledad. Nunca más me sentí atraído a los banquetes de los dichosos, ni a las fiestas de los alegres; nunca más tuve envidia o nostalgia de la amistad de los demás. Y, lentamente, fui iniciado en el misterio de los que llevan «el estigma».

Nosotros, los marcados, parecíamos con razón extraños, incluso locos y peligrosos. Habíamos despertado, o estábamos despertando, y nuestro empeño estaba dirigido a una mayor conciencia; mientras que el empeño y la búsqueda de los demás iba a subordinar, cada vez con más fuerza, sus opiniones, ideales y deberes, su vida y su felicidad, a los del rebaño. También entre aquellos había empeño, y fuerza y grandeza. Pero mientras nosotros, los marcados, creíamos representar la voluntad de la naturaleza hacia lo nuevo, individual y futuro, los demás vivían en una voluntad de permanencia. Para ellos la humanidad —a la que querían con la misma fuerza que nosotros— era algo acabado que había que conservar y proteger. Para nosotros, en cambio, la humanidad era un futuro lejano hacia el que todos nos movíamos, cuya imagen nadie conocía, cuyas leyes no estaban escritas en ninguna parte.

Además de Frau Eva, Max y yo, pertenecían a nuestro círculo, más o menos íntimamente, otros que también buscaban. Algunos iban por caminos determinados y tenían metas especiales. Entre ellos había astrólogos y cabalistas, también un discípulo de Tolstoi, y toda clase de seres sensibles, tímidos y vulnerables, adeptos a nuevas sectas, practicantes de ejercicios indios y vegetarianos. Con ellos no teníamos espiritualmente nada en común, excepto el respeto que cada uno tributaba al sueño vital de su semejante. Estaban más cerca de nosotros los que investigaban en el pasado el afán de la humanidad en busca de dioses y nuevos ideales. Estos traían libros, nos traducían textos antiguos, nos enseñaban reproducciones de viejos símbolos y mitos, y también cómo todo el patrimonio ideal de la humanidad hasta nuestros días había consistido en sueños subconscientes, en sueños en los que la humanidad seguía a tientas las intuiciones de sus posibilidades futuras. Así recorrimos el maravilloso y multiforme laberinto de dioses de la antigüedad hasta los albores del amanecer cristiano. Conocimos las confesiones de los solitarios y las transformaciones de las religiones en la transmisión de un pueblo a otro. De todo lo que fuimos reuniendo resultó una crítica de nuestro tiempo y de la Europa actual, que con un

esfuerzo tremendo había dado al hombre nuevas y poderosas armas pero que había caído por fin en una profunda y estremecedora desolación del espíritu. Había ganado el mundo pero había perdido su alma en la empresa.

También había defensores y adeptos de determinadas creencias y doctrinas. Había budistas que querían convertir a Europa, discípulos de Tolstoi y de otras confesiones. Nosotros, en nuestro círculo más íntimo, escuchábamos todo y aceptábamos estas doctrinas simplemente como símbolos. Nosotros, los marcados, no debíamos preocuparnos por la estructuración del porvenir. Cada confesión, cada doctrina salvadora, nos parecía de antemano muerta y sin sentido. Sólo concebíamos como deber y destino el que cada cual llegara a ser él mismo, que viviera entregado tan por completo a la fuerza de la naturaleza en él activa que el destino incierto le encontrara preparado para todo, trajera lo que trajera.

Presentíamos, claramente expresado o no, que se aproximaba ya una nueva aurora y un derrumbamiento de lo presente. Demian me decía a veces:

—Lo que se avecina es inimaginable. El alma de Europa es un animal que ha estado atado demasiado tiempo. Cuando esté libre, sus primeros movimientos no serán los más amables. Pero los caminos y los rodeos carecen de importancia con tal de que salga a la luz del día la verdadera miseria del alma que ha sido negada y ha estado adormecida durante tanto y tanto tiempo. Ese será nuestro momento; entonces nos necesitarán no como guías o nuevos legisladores —porque nosotros no viviremos las nuevas leyes— sino como seres dispuestos a seguir y a acudir donde el destino nos reclame. Mira, todos los hombres son capaces de hacer lo increíble cuando están amenazados sus ideales. Pero ninguno está dispuesto cuando se presenta un nuevo ideal, un nuevo movimiento de expansión quizá peligroso y misterioso. Los pocos que estaremos preparados seremos nosotros. Por eso estamos marcados, como estaba marcado Cain, para despertar miedo y odio y sacar a la humanidad de su idílica estrechez hacia lejanías de peligro. Todos los hombres que han influido en el curso de la humanidad fueron, sin excepción, capaces y eficaces porque estaban dispuestos a aceptar el destino. Lo mismo Moisés que Buda, Napoleón o Bismarck. Nadie puede elegir la corriente a la que sirve ni el centro desde el que es gobernado. Si Bismarck hubiera comprendido a los socialdemócratas y se hubiera amoldado a ellos, hubiese sido un hombre sabio, pero no un hombre del destino. Así pasó con Napoleón, César, Loyola, ¡con todos! Hay que imaginarse todo esto desde un punto de vista ideológico e histórico. Cuando las transformaciones de la corteza terrestre arrojaron a los animales acuáticos a la tierra y a los animales terrestres a las aguas, fueron los ejemplares preparados a aceptar el destino los que pudieron amoldarse a lo nuevo e inesperado y salvar así su especie. No sabemos si tales ejemplares eran los que antes habían destacado como

conservadores o, por el contrario, como originales y revolucionarios. Estaban preparados y por eso salvaron su especie para nuevas evoluciones. Eso es lo que sabemos. Por eso queremos estar preparados.

Frau Eva asistía con frecuencia a estas conversaciones pero nunca hablaba de esta forma. Era para cada uno de nosotros, cuando exteriorizábamos nuestros pensamientos, un oyente atento, un eco lleno de confianza, de comprensión; parecía que todos los pensamientos manaban de ella y volvían a ella. Estar a su lado, oír de vez en cuando su voz y participar en la atmósfera de madurez y espiritualidad que la rodeaba era para mí la felicidad.

Ella notaba en seguida cuándo se producía en mi un cambio, una confusión o una renovación. Me parecía que los sueños que yo tenía al dormir eran inspiraciones suyas. Muchas veces se los contaba y le resultaban comprensibles y naturales; no había dificultades que ella no siguiera con su clara intuición. Durante un tiempo tuve sueños que eran como reproducciones de nuestras conversaciones del día. Soñaba que todo el mundo estaba revolucionado y que yo, solo o con Demian, esperaba tenso el gran destino. Este permanecía oculto pero llevaba los rasgos de Frau Eva: ser elegido o rechazado por ella era el destino.

A veces me decía sonriente:

—Su sueño no está completo, Sinclair, ha olvidado usted lo mejor.

Y podía suceder que yo volviera a recordar nuevos fragmentos y no pudiera comprender cómo antes los había olvidado.

De vez en cuando me sentía inquieto y los deseos me atormentaban. Creía no poder resistir verla junto a mí sin estrecharla entre mis brazos. También esto lo notaba en seguida. Una vez estuve varios días sin aparecer; por fin volví confuso y ella me condujo a un lado y me dijo:

—No debe usted entregarse a deseos en los que no cree. Sé lo que desea. Pero tiene que saber renunciar a esos deseos o desearlos de verdad. Cuando llegue a pedir con la plena seguridad de que su deseo va a ser cumplido, éste será satisfecho. Sin embargo, usted desea y al mismo tiempo se arrepiente de ello con miedo. Hay que superar eso. Voy a contarle una historia.

Y me contó la historia de un muchacho enamorado de una estrella. Adoraba a su estrella junto al mar, tendía sus brazos hacia ella, soñaba con ella y le dirigía todos sus pensamientos. Pero sabía, o creía saber, que una estrella no puede ser abrazada por un ser humano. Creía que su destino era amar a una estrella sin esperanza; y sobre esta idea construyó todo un poema vital de renuncia y de sufrimiento silencioso y fiel que habría de purificarle y perfeccionarle. Todos sus sueños se concentraban en la estrella. Una noche estaba de nuevo junto al mar, sobre un acantilado, contemplando la estrella y ardiendo de amor hacia ella. En el momento de mayor pasión dio unos pasos hacia adelante y se lanzó al vacío, a su encuentro. Pero en el instante de

tirarse pensó que era imposible y cayó a la playa destrozado. No había sabido amar. Si en el momento de lanzarse hubiera tenido la fuerza de creer firmemente en la realización de su amor, hubiese volado hacia arriba a reunirse con su estrella.

—El amor no debe pedir —dijo—, ni tampoco exigir. Ha de tener la fuerza de encontrar en sí mismo la certeza. En ese momento ya no se siente atraído, sino que atrae él mismo. Sinclair: su amor se siente atraído por mí. El día que me atraiga a sí, acudiré. No quiero hacer regalos. Quiero ser ganada.

Un tiempo después me contó otra historia. Se trataba de un enamorado que amaba sin esperanza. Se refugió por completo en su corazón y creyó que se abrasaba de amor. El mundo a su alrededor desapareció; ya no veía el azul del cielo ni el bosque verde; el arroyo ya no murmuraba, su arpa no sonaba; todo se había hundido, quedando él pobre y desdichado. Su amor, sin embargo, crecía; y prefirió morir y perecer a renunciar a la hermosa mujer que amaba. Entonces se dio cuenta de que su amor había quemado todo lo demás, de que tomaba fuerza y empezaba a ejercer su poderosa atracción sobre la hermosa mujer, que tuvo que acudir a su lado. Cuando estuvo ante él, que la esperaba con los brazos abiertos, vio que estaba transformada por completo; y, sobrecogido, sintió y vio que había atraído hacia sí a todo el mundo perdido. Ella se acercó y se entregó a él: el cielo, el bosque, el arroyo, todo le salió al encuentro con nuevos colores frescos y maravillosos; ahora le pertenecía, hablaba su lenguaje. Y en vez de haber ganado solamente una mujer, tenía el mundo entero entre sus brazos y cada estrella del firmamento ardía en él y refulgía gozosamente en su alma. Había amado y, a través del amor, se había encontrado a sí mismo. La mayoría ama para perderse.

Mi amor hacia Frau Eva era el único sentido de mi vida. Pero ella cambiaba cada día. A veces creía sentir con seguridad que no era su persona por la que se sentía atraída mi alma, sino que ella era un símbolo de mi propio interior que me conducía más y más hacia mí mismo. A menudo oía palabras de ella que me parecían respuestas de mi subconsciente a preguntas acuciantes que me atormentaban. Había momentos en los que me devoraba el deseo y besaba los objetos que habían tocado sus manos. Y lentamente fueron superponiéndose el amor sensual y el amor espiritual, la realidad y el símbolo. Podía suceder que en mi habitación pensara en ella con tranquila intensidad y sintiera su mano en mi mano y sus labios en los míos. Otras veces estaba con ella, miraba su rostro, le hablaba, escuchaba su voz y no sabía si era realidad o sueño. Comencé a intuir de qué modo se puede poseer un amor eternamente. A veces, leyendo un libro, descubría una nueva idea; era como un beso de Frau Eva. Me acariciaba el pelo y me dedicaba una sonrisa cálida y perfumada, y yo tenía la misma sensación de haber dado en mí un paso adelante. Todo lo que me era importante y definitivo, adquiría su figura. Ella podía transformarse en cada uno de

mis pensamientos, y cada uno de mis pensamientos en ella.

Había temido las vacaciones de Navidad, que pasé en casa de mis padres, porque creía que iba a ser un tormento vivir dos semanas enteras lejos de Frau Eva. Pero no lo fue. Era una delicia estar en casa y pensar en ella. Cuando volví a H. pasé aún dos días sin ir a su casa para disfrutar de aquella seguridad e independencia de su presencia física. También tenía sueños en los que mi unión con ella se realizaba en nuevas formas simbólicas. Ella era un mar en el que yo desembocaba. Era una estrella y yo otra que caminaba hacia ella; y nos encontrábamos, nos sentíamos atraídos mutuamente, permanecíamos juntos, girando dichosamente el uno en torno al otro en órbitas próximas y armónicas.

Cuando volví a verla, le relaté este sueño.

—El sueño es hermoso —dijo tranquilamente—, hágalo realidad.

Ya casi en la primavera hubo un día que nunca olvidaré. Entré en el salón; una ventana estaba abierta y en el aire tibio flotaba el pesado perfume de los jacintos. Como no vi a nadie, subí por la escalera a la habitación de Max Demian. Llamé suavemente a la puerta y entré sin esperar respuesta, como acostumbraba a hacer. La habitación estaba oscura, las cortinas cerradas. La puerta del cuartito en el que Max Demian había instalado un laboratorio químico estaba abierta. Desde allí llegaba la luz clara y blanca del sol primaveral a través de las nubes. Yo creí que no había nadie y corrí las cortinas.

Vi a Max Demian sentado en un taburete, cerca de la ventana tapada, acurrucado y extrañamente transformado. Como un rayo me traspasó la idea de que ya lo había visto otra vez. Sus brazos pendían inmóviles, las manos descansaban sobre su regazo; su rostro, echado ligeramente hacia adelante, con los ojos fijos, estaba vacío y muerto; en sus pupilas brillaba un pequeño y duro reflejo, como un pedazo de cristal. La cara pálida estaba ensimismada y sin otra expresión que la de una tremenda rigidez. Parecía la máscara milenaria de un animal en el portal de un templo. No parecía respirar.

Los recuerdos me inundaron; así, exactamente así, le había visto ya una vez, hacía muchos años, cuando yo aún era un chico. Como ahora, sus ojos estaban vueltos hacia dentro, sus manos inmóviles, una junto a otra, una mosca le había paseado por la cara. Y entonces, hacía quizá seis años, había tenido el mismo aspecto, tan joven y tan intemporal; ni un rasgo de su cara era hoy diferente.

Sobrecogido por un repentino miedo, salí de la habitación y bajé las escaleras. En el salón encontré a Frau Eva. Estaba pálida y parecía cansada; nunca la había visto así. Una sombra pasó por la ventana, y el sol blanquecino e hiriente desapareció de pronto.

—Estuve en la habitación de Max —musité agitado—, ¿ha sucedido algo? Está dormido o ensimismado, no lo sé. Ya le he visto una vez así.

—No le habrá despertado, ¿verdad? —preguntó inquieta.

—No, no me ha oído. Volví a salir en seguida. Frau Eva, dígame, ¿qué le pasa? Ella se pasó la mano por la frente.

—Esté tranquilo, Sinclair, no le pasa nada. Se ha retirado. No tardará en volver.

Se puso en pie y salió al jardín, a pesar de que empezaba a llover. Intuí que no debía acompañarla. Permanecí en el salón, dando paseos de arriba abajo en medio del perfume embriagador de los jacintos, contemplando el dibujo de mi pájaro sobre la puerta y respirando con angustia la siniestra sombra que llenaba esta mañana toda la casa. ¿Qué era? ¿Qué había pasado?

Frau Eva volvió pronto. Las gotas de lluvia brillaban en su pelo negro. Se sentó en su sillón. El cansancio la inundaba. Me acerqué a ella; me incliné y besé las gotas que temblaban en su pelo. Sus ojos estaban claros y serenos, pero las gotas me supieron a lágrimas.

—¿Quiere que vaya a ver cómo está? —murmuré.

Ella sonrió débilmente.

—No sea usted niño, Sinclair —me amonestó en voz alta, como para romper el sortilegio—. Váyase ahora y vuelva más tarde. Ahora no puedo hablar con usted.

Me fui hacia las montañas, alejándome de la casa y de la ciudad. La lluvia fina y oblicua me daba en la cara; las nubes pasaban muy bajas y pesadas, como bajo la presión del miedo. En el valle no se movía el aire; en las alturas parecía que estaba desatada la tormenta. De vez en cuando, el sol rompía descolorido y cegador entre las nubes grises.

Entonces apareció sobre el cielo una nube ligera y amarilla; se agolpó contra el muro de nubarrones grises; y en pocos momentos el viento formó con el amarillo y el azul una imagen, un gigantesco pájaro, que se despegaba del caos azul y desaparecía con amplios aletazos en el cielo. En ese momento se desencadenó la tormenta y la lluvia cayó a torrentes mezclada con granizo. Un trueno breve, inverosímil y terrible, crepitó sobre el paisaje azotado; un poco más tarde volvió a romper el sol y sobre las cercanas montañas, más allá del bosque marrón, brilló mortecina e irreal la pálida nieve.

Cuando volví al cabo de unas horas a casa, mojado y despeinado, el mismo Demian me abrió la puerta. Me condujo a su habitación; en el laboratorio ardía una llama de gas; había papeles en desorden. Parecía haber trabajado.

—Siéntate —me invitó—, estarás cansado. Ha hecho un tiempo horrible. Se ve que has dado un buen paseo. Ahora traen el té.

—Hoy sucede algo —comenté vacilante—, no puede ser sólo la pequeña tormenta. Me miró inquisitivamente:

—¿Has visto algo?

—Sí. Vi durante un instante claramente una imagen en las nubes.

—¿Qué imagen?

—Era un pájaro.

—¿El gavilán? ¿Seguro? ¿El pájaro de los sueños?

—Sí. Era mi gavilán. Era amarillo y gigantesco y desapareció volando en el cielo azul. Demian respiró hondamente.

Llamaron a la puerta. La vieja criada trajo el té.

—Sírvete, Sinclair, por favor. No has visto el pájaro por casualidad, ¿verdad?

—¿Por casualidad? ¿Se ven acaso esas cosas por casualidad?

—No. Significa algo. ¿Sabes qué?

—No. Presiento que significa conmoción, un paso adelante en el destino. Creo que nos atañe a todos.

Demian paseaba agitado de un lado a otro.

—Un paso en el destino —exclamó—. Lo mismo he soñado yo esta noche; y mi madre tuvo ayer un presentimiento que le decía lo mismo. Yo he soñado que subía por una escalera, a lo largo de un tronco o de una torre. Al llegar arriba vi el país en llamas; era una gran llanura con ciudades y pueblos. Aún no te lo puedo explicar del todo, no lo veo muy claro.

—¿Y ese sueño lo refieres a ti? —pregunté.

—¿A mí? Pues claro. Nadie sueña cosas que no se refieren a él. Pero no me atañe a mí solo, tienes razón. Yo distingo bien los sueños que me anuncian movimientos de mi alma y los otros, muy raros, en los que se presagia el destino de toda la humanidad. He tenido pocas veces sueños de éstos, y nunca uno del que pudiera decir que ha sido una profecía y que se haya cumplido. Las interpretaciones son demasiado vagas. Pero de una cosa sí estoy seguro. He soñado algo que no sólo me atañe a mí. Porque es semejante a otros sueños antiguos que he tenido y de los que es continuación. De éstos, Sinclair, brotan los presentimientos, de que ya te he hablado. Que nuestro mundo está corrupto, ya lo sabemos; esto no sería un motivo suficiente para profetizarle su destrucción o algo parecido. Pero desde hace varios años he tenido sueños de los que he sacado la conclusión o el presentimiento —o como quieras llamarlo— que me hacen intuir que se acerca la destrucción de un mundo viejo. Primero fueron atisbos imprecisos y lejanos; pero cada vez se han ido haciendo más concisos y potentes. Aún no sé más que se avecina algo grande y terrible que me concierne. Sinclair, vamos a vivir lo que hemos discutido más de una vez. El mundo quiere renovarse. Huele a muerte. No hay nada nuevo sin la muerte. Es más terrible de lo que yo había pensado.

Le miré aterrado.

—¿No me puedes contar el final de tu sueño? —pregunté tímidamente. Sacudió la cabeza.

—No.

La puerta se abrió y entró Frau Eva.

—¿Qué hacéis ahí? ¡No iréis a estar tristes!

Tenía un aspecto fresco y nada fatigado. Demian le sonrió y ella se acercó a nosotros como la madre a los niños asustados.

—Tristes, no, madre; sólo hemos meditado un poco sobre los

nuevos signos. Pero no tienen que preocuparnos. Lo que tenga que venir, vendrá de pronto; y entonces sabremos lo que necesitamos saber.

Me sentía muy mal; y cuando me despedí y atravesé solo el salón, el perfume de los jacintos me pareció marchito, insípido y fúnebre. Una sombra se había cernido sobre nosotros.

8. EL PRINCIPIO DEL FIN

Conseguí quedarme aún durante el verano en H. En vez de permanecer en la casa, pasábamos el día en el jardín, junto al río. El japonés, que por cierto había perdido la pelea con Demian, se había marchado; también el discípulo de Tolstoi faltaba. Demian tenía ahora un caballo y salía a montar todos los días con asiduidad. Yo estaba a menudo con su madre, a solas.

A veces me asombraba la paz de mi vida. Estaba tan acostumbrado a estar solo, a renunciar, a debatirme trabajosamente con mis penas, que estos meses en H. me parecían una isla de ensueño en la que me estaba permitido vivir tranquilo y como hechizado entre cosas y sentimientos bellos y agradables. Sentía que aquello era el preludio de la nueva comunidad superior en que nosotros pensábamos. Pero poco a poco me fue invadiendo la tristeza ante tanta felicidad, pues comprendía que no podía ser duradera. No me estaba concedido vivir en la abundancia y el placer; mi destino, era la pena y la inquietud. Sabía que un día despertaría de aquellos hermosos sueños de amor y volvería a estar solo, completamente solo en el mundo frío de los demás, donde me esperaba la soledad y la lucha, y no la paz y la concordia.

Entonces me acercaba con ternura redoblada a Frau Eva, dichoso de que mi destino aún tuviera aquellos hermosos y serenos rasgos. Las semanas de verano pasaron rápida y ligeramente. El semestre se aproximaba a su fin. La despedida era inminente; no debía pensar en ella y tampoco lo hacía, disfrutando, por el contrario, de los maravillosos días como la mariposa de la flor. Aquello había sido mi época de felicidad, la primera realización plena de mi vida y mi acogida en aquella unión; ¿qué vendría después? Tendría que volver a luchar, a sufrir nostalgias, a estar solo.

En uno de aquellos días sentí con tanta fuerza este presentimiento que mi amor a Frau Eva ardió, de pronto, en llamas dolorosas. ¡Dios mío, qué pronto dejaría de verla, de oír su paso firme y bueno por la casa, de encontrar sus flores sobre mi mesa! ¿Qué había conseguido? ¡Había soñado y me había mecido en aquel bienestar, en vez de luchar por ella y atraerla a mí para siempre! Todo lo que ella me había dicho hasta aquel momento sobre el verdadero amor me vino a la memoria: mil palabras sutiles levemente amonestadoras, mil llamadas veladas, quizá promesas. ¿Qué había hecho yo con ellas? ¡Nada! ¡Nada!

Me planté en medio de mi habitación, concentré toda mi conciencia y pensé en Frau Eva. Quería concentrar las fuerzas de mi alma para hacerle sentir mi amor, para atraerla hacia mí. Tenía que venir y desear mi abrazo; mi beso tenía que explorar insaciable sus labios maduros de amor.

Permanecí en tensión hasta que empecé a quedarme frío desde las puntas de los dedos. Sentía que irradiaba fuerza. Por un momento algo se contrajo fuerte e intensamente en mi interior, algo claro y frío. Tuve por un momento la sensación de llevar un cristal en el corazón y supe que aquello era mi yo. El frío me inundó el pecho.

Al despertar del tremendo esfuerzo, noté que algo se acercaba. Estaba muy fatigado, pero dispuesto a ver entrar a Frau Eva en la habitación, ardiente y radiante.

Se oyó el galope de un caballo a lo largo de la calle, sonó cercano y duro, cesó de pronto. Me precipité a la ventana. Abajo Demian bajaba de su caballo. Bajé corriendo:

—¿Qué sucede, Demian? ¿No le habrá pasado nada a tu madre?

No escuchó mis palabras. Estaba muy pálido y el sudor le corría a ambos lados de la frente, sobre las mejillas. Ató las riendas de su caballo sudoroso a la verja del jardín, me cogió del brazo y echó a andar conmigo calle abajo.

—¿Sabes ya lo que ha pasado?

Yo no sabía nada.

Demian me apretó el brazo y volvió el rostro hacia mí con una extraña mirada, oscura y compasiva.

—Sí, amigo, la cosa va a estallar. Ya sabes que hay graves tensiones con Rusia…

—¡Qué! ¿Hay guerra? Nunca creí que fuera a ocurrir.

Demian hablaba muy bajo, aunque no había nadie en los alrededores.

—Aún no se ha declarado. Pero hay guerra. Seguro. Desde aquel día no te he vuelto a molestar con mis visiones, pero ya he tenido tres nuevos avisos. Así que no será el fin del mundo, ni un terremoto, ni una revolución. Será la guerra. ¡Ya verás qué impacto! La gente estará entusiasmada, todos están deseando empezar a matar. Tan insípida les resulta la vida. Pero verás, Sinclair, cómo esto es sólo el principio. Seguramente será una gran guerra, una guerra monstruosa. Pero también será sólo el principio. Lo nuevo empieza, y lo nuevo será terrible para los que están apegados a lo viejo. ¿Qué vas a hacer?

Yo estaba consternado; todo aquello me sonaba extraño e inverosímil.

—No sé. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—En cuanto movilicen, me incorporaré. Soy oficial.

—¿Tú? ¡No lo sabía!

—Sí. Fue una de mis adaptaciones. Ya sabes que nunca me gustó llamar la atención y que siempre me he esforzado en ser correcto. Creo que dentro de ocho días estaré en el frente.

—¡¡Dios mío!!

—No tienes que tomarlo por la tremenda. En el fondo no me va a hacer ninguna gracia ordenar que disparen sobre seres vivos, pero eso

no tiene importancia. Ahora todos entraremos en la gran rueda. Tú también. Te llamarán a filas.

—¿Y tu madre, Demian?

Ahora volví a acordarme de lo que había pasado un cuarto de hora antes. ¡Cómo se había transformado el mundo! Había concentrado todas mis fuerzas para conjurar la imagen más dulce; y ahora, de pronto, el destino me salía al encuentro tras una máscara amenazadora y terrible.

—¿Mi madre? ¡Ah! Por ella no tenemos que preocuparnos. Está segura, más segura que nadie en este momento sobre el planeta. ¿Tanto la quieres?

—¿Lo sabías, Demian?

Se rió alegre y abiertamente.

—¡Eres un niño! Claro que lo sabía. Nadie ha llamado aún a mi madre Frau Eva sin quererla. A todo esto, ¿qué ha sucedido? Nos has llamado a ella o a mí, ¿verdad?

—Sí, he llamado... he llamado a Frau Eva.

—Ella lo ha notado. De pronto me mandó marchar, me dijo que tenía que venir a verte. Acababa de contarle las noticias de Rusia.

Volvimos y ya no hablamos más. Demian soltó su caballo y montó.

En mi cuarto me di cuenta de lo agotado que estaba por las noticias de Demian, pero aún más por el esfuerzo anterior; ¡Frau Eva me había oído! ¡La había alcanzado con mis pensamientos en medio del corazón! Hubiera venido ella misma... si no... ¡Qué extraño y qué hermoso era todo en el fondo! Y ahora vendría la guerra. Ahora sucedería lo que habíamos discutido tantas y tantas veces. Y Demian había intuido lo que estaba pasando. ¡Qué extraño! El raudal de la vida ya no pasaría delante de nosotros, sino por nuestros corazones. Aventuras y violencias nos llamarían; y ahora o muy pronto llegaría el momento en que el mundo que quería transformarse nos necesitaba. Demian tenía razón; no se podían tomar las cosas por la tremenda. Lo único que resultaba curioso era que yo iba a compartir con los demás un asunto tan individual como el destino. ¡Pero, adelante! Estaba preparado. Por la noche, al pasear por la ciudad, la excitación bullía por todos los rincones. Por todas partes una palabra: «¡Guerra!». Fui a casa de Frau Eva y cenamos en el jardín. Yo era el único invitado. Nadie habló ni una palabra sobre la guerra. Más tarde, antes de despedirme, Frau Eva me dijo:

—Querido Sinclair, me ha llamado usted hoy. Ya sabe por qué no he acudido. Pero no lo olvide; ahora conoce usted la llamada y siempre que necesite usted a alguien que lleve el estigma, llame usted.

Se levantó y echó a andar delante de nosotros por la oscuridad del jardín. Alta y majestuosa caminaba, enigmática, entre los árboles silenciosos, mientras brillaban sobre su cabeza, pequeñas y delicadas, millares de estrellas.

Llegó el final. Las cosas siguieron un curso rápido. Pronto estalló

la guerra y Demian partió hacia el frente, muy extraño con su uniforme y su capote gris. Yo acompañé a su madre a casa. Pronto me despedí también yo de ella. Me besó en los labios y me apretó un momento contra su pecho, mientras sus grandes ojos refulgían cercanos y firmes en los míos.

Todos los hombres estaban hermanados. Hablaban de la patria y el honor; pero era el destino al que por un instante todos miraban al rostro desnudo. Hombres jóvenes salían de los cuarteles y subían a los trenes; y en muchos rostros vi el estigma, no el nuestro, una señal hermosa y honorable que significaba amor y muerte. También a mí me abrazaron gentes a las que no había visto nunca; yo lo comprendía y les correspondía gustoso. Era una embriaguez la que les impulsaba, no una aceptación del destino; pero era una embriaguez sagrada y provenía de la breve y definitiva confrontación con el destino.

Era ya casi invierno cuando llegué al frente.

Al principio, a pesar de la impresión que me causaron los tiroteos, estaba decepcionado. Siempre me había preguntado por qué tan pocos hombres vivían por un ideal. Ahora descubrí que muchos, casi todos los hombres, eran capaces de morir por un ideal; pero tenía que ser un ideal colectivo y transmitido, y no personal, y libremente elegido.

Con el tiempo vi que había subestimado a los hombres. A pesar de que el servicio y el peligro compartido les igualaba, vi a muchos, vivos y moribundos, acercarse gallardamente al destino. Muchos tenían, no sólo durante el ataque sino siempre, esa mirada firme, lejana y un poco obsesionada que nada sabe de metas y que significa la entrega total a lo monstruoso. Creyeran u opinaran lo que fuera, estaban dispuestos, eran utilizables, de ellos se podría formar el futuro. No importaba que el mundo se obstinara rígidamente en los viejos ideales de la guerra, en el heroísmo y el honor, ni que las voces de aparente humanidad sonaran tan lejanas e inverosímiles: todo ello se quedaba en la superficie, al igual que la cuestión de los fines exteriores y políticos de la guerra. En el fondo había algo en gestación. Algo como una nueva humanidad. Porque había muchos —más de uno murió a mi lado— que habían comprendido que el odio, la ira, el matar y aniquilar no estaban unidos al objeto de la guerra. No, el objeto y los objetivos eran completamente casuales. Los sentimientos primitivos, hasta los más salvajes, no estaban dirigidos al enemigo; su acción sangrienta era sólo reflejo del interior, del alma dividida, que necesitaba desfogarse, matar, aniquilar y morir para poder nacer. Un pájaro gigantesco luchaba por salir del cascarón; el cascarón era el mundo y el mundo tenía que caer hecho pedazos.

Una noche de primavera yo hacía guardia delante de una granja que habíamos ocupado. Un viento flojo soplaba en ráfagas caprichosas; por el alto cielo de Flandes corrían ejércitos de nubes entre las que se asomaba la luna. Había estado muy inquieto todo el día por algo que me preocupaba. Ahora, en mi puesto oscuro, pensaba intensamente en las

imágenes gigantescas y oscilantes, pensaba con fervor en las imágenes que constituían mi vida, en Frau Eva, en Demian. Apoyado contra un álamo contemplaba el cielo inquieto en el que las manchas claras, misteriosamente dinámicas, se transformaban en grandes y palpitantes secuencias de imágenes. Sentía, por la extraña intermitencia de mi pulso, por la insensibilidad de mi piel al viento y a la lluvia, por la luminosa claridad interior, que cerca de mí había un guía.

En las nubes se veía una gran ciudad de la que salían millones de hombres que se extendían en enjambres por el amplio paisaje. En medio de ellos apareció una poderosa figura divina, con estrellas luminosas en el pelo, alta como una montaña, con los rasgos de Frau Eva. En ella desaparecían las columnas de hombres como en una gigantesca caverna. La diosa se acurrucó en el suelo; el estigma relucía sobre su frente. Un sueño parecía ejercer poder sobre ella; cerró los ojos y su gran rostro se contrajo por el dolor. De pronto lanzó un grito agudo y de su frente saltaron estrellas, miles de estrellas relucientes que surcaron en fantásticos arcos y semicírculos el cielo negro.

Una de las estrellas vino vibrante hacia mí; parecía buscarme. Explotó rugiendo en mil chispas, me levantó del suelo y volvió a estamparme contra él. El mundo se desmoronó con ruido atronador en torno mío. Me hallaron junto al álamo, cubierto de tierra y con muchas heridas.

Estaba tendido en una cueva, mientras los cañones retumbaban sobre mí. Me encontré luego en un carro, dando tumbos por campos desiertos. La mayor parte del tiempo dormía o estaba inconsciente. Pero mientras más profundamente dormía, más vivamente sentía que algo me atraía, que una fuerza me dominaba. Estaba tumbado en una cuadra sobre paja. Todo estaba a oscuras.

Alguien me pisó la mano. Pero mi alma quería proseguir su camino, que la atraía con fuerza cada vez mayor. Volví a encontrarme en un carro y más tarde sobre una camilla o una escalera, y cada vez me sentía más imperiosamente llamado; no sentía más que el ansia de llegar por fin.

Llegué a mi destino. Era de noche, estaba completamente consciente; unos momentos antes había sentido poderosamente el deseo y la atracción. Ahora me encontraba en una sala tumbado en el suelo, y pensé que era allí de donde me habían llamado. Miré a mi alrededor; junto a mi colchoneta había otra y un hombre sobre ella.

Se irguió un poco y me miró. Llevaba el estigma en la frente. Era Max Demian.

No pude hablar; tampoco él pudo, o quizá no quiso. Sólo me miraba atentamente. Sobre su rostro daba la luz de un farol que pendía en la pared sobre su cabeza. Me sonrío.

Estuvo un largo rato mirándome con fijeza a los ojos. Lentamente acercó su rostro al mío, hasta que casi nos tocamos.

—¡Sinclair! —dijo con un hilo de voz.

Le hice un gesto con los ojos, para darle a entender que le oía. Sonrió otra vez, casi con compasión.

—¡Sinclair, pequeño! —dijo sonriendo.

Su boca estaba ahora muy cerca de la mía. Continuó hablando muy bajo.

—¿Te acuerdas todavía de Franz Kromer? —preguntó.

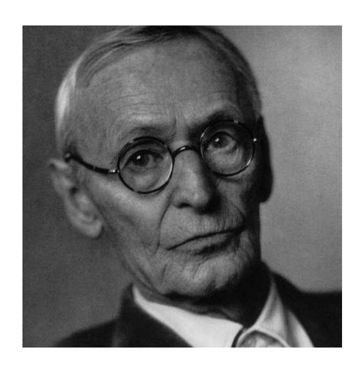
Le hice una señal, sonriendo también.

—¡Pequeño Sinclair, escucha! Voy a tener que marcharme. Quizá vuelvas a necesitarme un día, contra Kromer o contra otro. Si me llamas, ya no acudiré tan toscamente a caballo o en tren. Tendrás que escuchar en tu interior y notarás que estoy dentro de ti, ¿comprendes? ¡Otra cosa! Frau Eva me dijo que si alguna vez te iba mal, te diera el beso que ella me dio para ti… ¡Cierra los ojos, Sinclair!

Cerré obediente los ojos y sentí un beso leve sobre mis labios, en los que seguía teniendo un poco de sangre, que parecía no querer desaparecer nunca. Entonces me dormí.

Por la mañana me despertaron para curarme. Cuando estuve despierto del todo, me volví rápidamente hacia el colchón vecino. Sobre él yacía un hombre extraño al que nunca había visto.

La cura fue muy dolorosa. Todo lo que me sucedió desde aquel día fue doloroso. Pero, a veces, cuando encuentro la clave y desciendo a mi interior, donde descansan, en un oscuro espejo, las imágenes del destino, no tengo más que inclinarme sobre el negro espejo para ver mi propia imagen, que ahora se asemeja totalmente a él, mi amigo y guía.



HERMANN HESSE, novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo oriental y la búsqueda del propio yo.

Hesse nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania. Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela Bajo las ruedas (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. *Demian* (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre Demian, el personaje de sueño, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. *Siddharta* (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo oriental —el resultado de un viaje a la India—; es una lírica novela corta de la relación entre un padre y un hijo, basada en la vida del joven Buda. *El lobo estepario* (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad

rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior *Narciso y Goldmundo* (1930). La última novela de Hesse, *El juego de abalorios* (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946, murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.